

Olivia Kiss



14

reglas

para

encontrar

un

príncipe

azul

14 Reglas para encontrar un príncipe azul

Olivia Kiss

Sinopsis

Laila está desesperada. Debe conseguir un novio ficticio en tiempo récord.

Meses atrás, tan solo para que la dejaran tranquila, mintió a sus amigas diciéndoles que estaba saliendo con un chico. En ese momento no imaginó que una de ellas decidiría casarse por sorpresa en un idílico pueblo de la costa de Maine y que se vería obligada a encontrar a un acompañante para ese fin de semana.

Por suerte, cuenta con la ayuda de Evan, su vecino. Él es todo lo que Laila no quiere en un hombre: un seductor incorregible, despreocupado y alérgico al compromiso. Sin embargo, dada la situación y que él parece dispuesto a echarle una mano, sabe que es su mejor opción. A fin de cuentas, ¿qué puede salir mal? Solo tienen que fingir durante apenas tres días y, después, su vida volverá a ser como siempre, calmada y controlada. ¿O no?

14 Reglas para encontrar un príncipe azul

Regla 1: las mentiras solo pueden traer problemas.

Regla 2: elige bien a tu candidato ideal.

Regla 3: los detalles marcan la diferencia.

Regla 4: la teoría es importante, pero la química más.

Regla 5: no juzgues a la ligera.

Regla 6: un poco de manoseo no hace daño.

Regla 7: elige qué lado de la cama prefieres.

Regla 8: un poco de vino puede ser peligroso.

Regla 9: déjate llevar.

Regla 10: no te pongas nerviosa cuando te toque.

Regla 11: sigue el instinto de tus amigas.

Regla 12: recuerda que no todo es lo que parece.

Regla 12: la cobardía no sirve para nada.

Regla 13: en el amor hay que arriesgar.

Regla 14: todo vale, da igual lo ridículo que sea.

EPÍLOGO

Regla 1: las mentiras solo pueden traer problemas.

Había conseguido escaparme del trabajo a la hora de la comida casi de chiripa. O a base de ignorar todo lo que tenía pendiente, como la pila de papeles que ocupaba mi escritorio o las interminables tareas que mi jefa me había mandado hacer esa misma mañana. A ella le importaba bien poco que fuese el último viernes antes de que casi toda la plantilla se cogiese vacaciones. Yo había accedido a ellas tan solo porque el departamento de recursos humanos me había obligado a hacerlo, pero estaba segura de que me pasaría esas semanas trabajando desde casa, adelantando todo lo que encontraría sobre mi mesa a la vuelta.

Por eso había hecho un gran esfuerzo para acudir a la comida de aquel día, principalmente porque no me quedó otra alternativa: cada viernes a finales de mes me reunía con mis amigas de la facultad para ponernos al día sobre nuestras ajetreadas vidas en la ciudad de Boston. Una de ellas, Caroline, incluso recorría dos horas en coche para asistir a cada encuentro. Yo había sido la única de todas que había tenido que cancelar su asistencia las dos últimas ocasiones y sabía que si fallaba una tercera probablemente dejarían de hablarme.

Pero es que ellas no me entendían, pensé mientras lanzaba a un lado el pintalabios cuando el coche de atrás me pitó al ver que el teléfono se había puesto en verde. *No, no me entendían*, me repetí de camino hacia el restaurante. La diferencia entre Caroline, Faith, Susie y yo residía en nuestras carreras laborales. Todas habíamos estudiado derecho, sí, pero tanto Caroline como Faith habían dejado su trabajo en el momento en el que se quedaron embarazadas y ahora ambas se encargaban de cuidar diariamente a sus retoños; algo que, por lo que hablaban cada vez que nos reuníamos, era peor que una tortura. Y Susie seguía ejerciendo como abogada, pero lo hacía en la empresa de la familia, con un horario flexible que le dejaba tiempo libre para salir los fines de semana, relajarse en un spa de vez en cuando o darse algún que otro capricho por las

tardés. Yo, en cambio, tenía una jornada intensiva y mi jefa era más temible que un tiranosaurio, algo que solía justificar como los efectos secundarios de trabajar en una de las empresas más competitivas, fuertes e importantes de la ciudad.

Esperaba que esa línea de mi currículum me abriese las puertas en un futuro próximo. O que el sacrificio se viese recompensado con un ascenso. Por eso seguía esforzándome cada día y usando la pelotita antiestrés de mi cajón cada vez que mi jefa me gritaba alguna gilipollez, como preguntarme si había terminado las tareas que me había mandado exactamente seis minutos después de indicarme lo que debía hacer.

Tras conseguir aparcar, entré en el restaurante apresurada, como de costumbre. Llevaba unos tacones de diez centímetros muy incómodos, una camisa impoluta y una falda de tubo tan estrecha que tenía que caminar con pasitos cortos para avanzar.

—¡Aquí está Laila! ¡Menos mal! —exclamó Faith.

—¡Ya pensábamos que volvías a escaquearte!

Las abracé a las tres algo acalorada y luego me senté en el reservado. Cuando el camarero se acercó, estaba abanicándome con la carta. Había llegado hasta allí en un tiempo récord, me había retocado el maquillaje entre semáforo y semáforo y le había dictado a mi móvil mientras tanto todas las tareas que debía hacer ese fin de semana...

—¿Y usted qué desea beber, señorita?

El camarero me estaba mirando atento.

—Agua. Fría. Muy fría —especifiqué.

—¿Agua? —Susie negó—. De eso nada.

—Traiga una botella de vino —dijo Faith.

—Chicas, tengo que conducir ahora luego —me quejé, todavía agitada—. Y, además, tampoco puedo quedarme mucho tiempo esta vez porque...

—Oh, vamos, ¡no me vengas con esas! —protestó Caroline—. Es un día especial. Susie tiene una noticia que darte. Y si nosotras podemos estar aquí a sabiendas de que a estas alturas nuestros hijos habrán maniatado a la niñera y

empezado a pintar las paredes del salón con cera, tú seguro que puedes relegar lo que sea que tengas que hacer.

—Supongo que sí —admití al final, porque me sentía culpable por ser la que siempre llegaba más tarde o se marchaba antes. Y porque Susie me miraba algo decepcionada desde el otro lado del reservado. Así que hice un esfuerzo por sonreír cuando nos sirvieron la botella de vino y alcé mi copa mirando a mis amigas, esas con las que había compartido cinco años en la residencia de la universidad y que ahora seguían caminos tan distintos—. ¿Y bien? ¿Cuál se supone que es esa noticia que tienes que darme, Susie?

—Caroline y Faith ya lo saben desde el mes pasado, pero como no viniste a la comida y quería decírtelo en persona... —Alzó una mano en alto y el destello del bonito anillo que llevaba me deslumbró por un momento—. ¡Me caso, Laila! ¡Me caso!

—¡Dios mío! Pero es eso es... eso es... ¡estupendo!

Caroline aplaudió emocionada y Faith levantó su copa de vino para brindar, de modo que imité el gesto cogiendo la mía, que tintineó al chocar con las demás. Bebí un trago largo, mientras pensaba en cuánto tiempo hacía que Susie conocía a Richard, el chico con el que iba a casarse. ¿Seis meses? ¿Siete meses? Desde luego, todo había sido muy rápido. Y eso me convertía en, oficialmente, la única soltera del grupo. Más o menos.

—Estoy muy feliz por ti —dije sonriendo.

—Gracias. Espero que asistas con tu chico misterioso. Ya os he colocado en la mesa principal. Cuéntanos, ¿cómo te va con él? Hace dos meses que nos tienes abandonadas. Deberías ponernos al corriente —me pidió Susie tras dar otro trago.

—Pues me va... me va bien...

O todo lo bien que me podía ir con alguien que no existía. No es que fuese *misterioso*, es que era más bien *imaginario*. Antes de que me juzguéis a la ligera, tenía buenas razones para mentirles a mis mejores amigas. Durante la última comida que disfrutamos juntas, me sentí tan acorralada cuando

empezaron a hablar de bebés, citas y planes de pensiones que, como respuesta a uno de los certeros comentarios de Caroline sobre que *el trabajo me ocupaba demasiado tiempo como para tener vida social*, se me ocurrió la genial idea de contestarle que no se preocupase por mí, que había empezado a salir con un chico estupendo que conocí un día inesperado en la oficina.

Gran error. Tremendísimo error.

—No me digas que ha salido rana...

—No, no, por supuesto que no.

Agradecí la pausa mientras nos servían el menú de degustación. Eran platos pequeños y sofisticados que nos encantaba probar cuando íbamos a ese restaurante.

—Estamos deseando conocerlo —fijo Faith.

—Lo cierto es que no sé si podrá venir...

—Si ni siquiera te he dicho cuándo es la boda. —Susie me miró sin comprender y yo quise que se me tragase la tierra. Inspiré profundamente.

—Es que es un hombre muy ocupado.

—Mira, tenéis eso en común. —Caroline sonrió.

—Y, a propósito, la boda es... ¡en una semana!

—¿Perdona? ¿Cómo has dicho? —Parpadeé incrédula, con una patata mojada en salsa aún pinchada en mi tenedor, intentando asimilar sus palabras.

—¡Sí! Será algo sencillo, familiar. Pasaremos el fin de semana en un hostel de Maine que está frente al mar y celebraremos la boda ahí mismo, en el jardín. ¿Te he dicho ya que voy a casarme con el vestido de mi abuela? ¿No? Pues así es. Hemos tenido que arreglarlo sin mucho tiempo, pero ha quedado precioso, con las mangas de encaje...

—¿No crees que es un poco precipitado? —pregunté.

—El lugar tenía reservados todos los fines de semana hasta mediados de octubre. Y no quería casarme en invierno, con el frío que hace allí...

—¿Y por qué tiene que ser allí? —inquirí.

Noté que Caroline me daba una patadita por debajo de la mesa. Era

cierto que estaba siendo algo tirante, con tantas preguntas y trabas, pero es que aquello me había pillado por sorpresa. Ni siquiera tenía un *novio misterioso* al que llevar a la boda. Ni vestido. Ni nada. Maldije interiormente por no haber asistido a las comidas de los dos últimos meses, quizá así Susie no se habría empeñado en decírmelo en persona y hubiese tenido más tiempo para prepararlo todo... buscar una salida... o inventarme la excusa perfecta...

—La familia de Richard es de allí. Sus padres se casaron en ese mismo lugar y pensamos que sería algo bonito seguir con la tradición.

—Es una idea preciosa —corroboró Faith.

—Seguro que la boda será perfecta.

—Vaya, es todo... sorprendente...

Eso fue lo único que conseguí decir.

Susie alargó la mano por encima de la mesa y la posó sobre la mía con cariño. Era una chica dulce, de grandes ojos azules y mirada angelical. Siempre había estado a mi lado cuando la había necesitado, desde aquel primer día en el que nos pusieron juntas para hacer un trabajo de una de las asignaturas que más odiábamos, pero que terminó siendo una de las mejores cosas que nos ocurrieron en la vida. Y poco después, conocimos a Caroline y Faith.

—¿Necesitas ayuda para organizar algo o...?

—Laila siempre buscando más trabajo —bromeó ella con cariño—. No te preocupes por nada. Ya tengo reservadas las habitaciones, el catering y todo está preparado.

Sonreí, aunque seguía notando los labios tirantes.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a conseguir conocer a un chico en una semana y convencerlo para que me acompañase a una boda? Era casi más imposible que conseguir ponerme al día de todo el trabajo que mi jefa me había mandado para las vacaciones.

Supongo que por eso me pasé toda la comida ausente, con el estómago cerrado por los nervios y la angustia. Y no me encontré mejor cuando llegué a casa y encajé la llave en el portal del viejo edificio donde vivía de alquiler desde

hacía más de un año.

Estaba oficialmente en un callejón sin salida.

Regla 2: elige bien a tu candidato ideal.

La mesa de mi salón estaba llena de papeles del trabajo y carpetas con los últimos casos del despacho que mi jefa me había mandado archivar en la base de datos. Una tarea terrible y odiosa que ahora combinaba con otra aún peor: encontrar un posible novio exprés. Por eso también tenía abierto el portátil mientras navegaba por una página de contactos.

Me levanté cuando llamaron al timbre.

Al abrir, dejé escapar un suspiro.

Era Evan, mi vecino. Me dedicó una de sus sonrisas canallas y recostó la cadera en el dintel de la puerta mientras me miraba con su habitual descarado. Porque así era él: descarado. No se parecía en nada a mí, pero, a decir verdad, exceptuando a las chicas, era la única otra persona del mundo a la que consideraba un amigo. O algo así, porque tampoco tenía demasiado tiempo para sociabilizar; me marchaba de casa de buena mañana y llegaba a las tantas de la noche. Además, Evan siempre tenía alguna cita en casa; veía pasearse a menudo a mujeres de piernas largas y cabello brillante por el rellano de nuestra escalera. En realidad, habíamos empezado a llevarnos bien y a coincidir el día que me pidió si podía ver en mi casa un partido de fútbol, ya que él no tenía ese canal en la televisión por cable. Le dije que sí. No fue incómodo, al revés. Aunque no teníamos nada en común, los silencios junto a él eran agradables, sus bromas me hacían reír y siempre terminábamos los dos en el sofá llamando al servicio de pizzas a domicilio. Yo solía pedir la de cuatro quesos. Él la de pepperoni.

Imaginaba que estaba allí por esa misma razón.

—¿Qué quieres? —pregunté cortante.

—Vaya, alguien no ha ido al baño esta mañana.

—Muy gracioso, Evan. Estoy ocupada —dije.

—Como siempre, claro. La Señorita Ocupada.

—¿Necesitas algo o no? —atajé suspirando.

—Sí. Necesito que mi deslumbrante vecina me deje pasar aquí la tarde del sábado viendo ese partido que no retrasmiten en mi televisión. A cambio, prometo llenar tu nevera de cervezas y pizza y amenizarte el día, ¿qué te parece? Creo que es justo.

Chasquéé la lengua, agobiada.

—Hoy no es un buen día...

—¿Qué ocurre?

—Tengo muchos asuntos pendientes.

—No te molestaré. Ni notarás que estoy ahí. Venga, Laila, es una semifinal, no puedes hacerme esto. ¿Te he dicho ya que ese peinado te favorece?

—No llevo ningún peinado.

—Ya, intentaba que colase.

—Está bien, está bien. Pasa.

Evan sonrió y, antes de que pudiese apartarme, me abrazó con ímpetu, porque él era así. Uno de esos chicos seguros de sí mismos que, a diferencia de mí, no analizaba o pensaba cada gesto antes de hacerlo. Sencillamente vivía dejándose llevar por sus impulsos.

—Iré a por esas cervezas. ¿Quieres ganchitos?

—¿Tengo pinta de comer ganchitos?

—Qué estirada —se burló sonriendo.

—Te dejo la puerta abierta —comenté antes de meterme de nuevo en casa, porque no quería perder más tiempo. Teniendo en cuenta que me quedaban seis días para encontrar un acompañante para la boda de Susie, cada minuto era como una moneda de oro y cada día como un brillante lingote y estaba consumiendo esa ventaja rápidamente.

Me senté de nuevo en el escritorio, intentando ignorar el ruido que Evan hizo cuando entró y se movió a sus anchas por la cocina para dejar las cervezas en la nevera. Luego lo escuché masticar un ganchito tras otro a mi espalda. Suspiré hondo.

—¿Puedes dejar de hacer eso y encender la televisión?

—La pregunta es... ¿qué estás haciendo tú?

—No es asunto tuyo.

Intenté cerrar la pantalla del portátil, pero él me lo impidió sosteniéndola con la mano y colocándose a mi lado mientras le echaba un vistazo a la página que tenía abierta. Luego sonrió muy lentamente, como si aquello fuese la mar de gracioso.

—¿Intentas encontrar una cita por Internet?

—No... Sí... No, no exactamente.

—¿Sí o no? ¿En qué quedamos?

—Es una larga historia, Evan.

—Tengo tiempo —replicó.

—¿No querías ver el partido?

—Sí, pero no empezará hasta dentro de diez minutos y, además, creo que esto empieza a parecerme casi más interesante. Cuéntame, Laila, ¿qué está ocurriendo? —bromeó mientras se sentaba en la silla que estaba al lado y miraba de reojo el portátil.

—Tan solo necesito... un acompañante...

—¿Un acompañante para qué?

Se metió un ganchito en la boca.

Me fijé en sus labios. La primera vez que los vi, un año atrás, cuando nos presentamos en el rellano del edificio, pensé que eran inusualmente seductores. Puede que fuese por la forma de su sonrisa, siempre ligeramente ladeada, o porque realmente conseguía expresar mucho con ellos: burla, deseo, diversión, algo casi sexual.

Yo lo había visto coquetear a menudo con las chicas que frecuentaban su apartamento y sabía que él conocía bien las virtudes de su aspecto físico. Tenía un rostro envidiable, anguloso, de rasgos marcados. Y los ojos un poco rasgados, azules, en contraste con su cabello oscuro que siempre llevaba algo desordenado porque tenía la mala costumbre de sacudírselo o hundir los dedos entre los mechones cuando se ponía nervioso.

Inspiré hondo, armándome de valor.

—Un acompañante para una boda.

—No lo entiendo. —Frunció el ceño.

—Pues es fácil, Evan. Tengo que asistir a una boda dentro de una semana y necesito ir junto a un acompañante. No creo que sea tan difícil —resoplé.

Él entrecerró los ojos mientras me ponía en pie e iba a la cocina para buscar el folleto de la pizzería a la que siempre solíamos llamar. No le pregunté qué quería, porque ya imaginaba que la de pepperoni. Marqué el número e hice el pedido al tiempo que él le echaba un vistazo a algunos de los candidatos que había preseleccionado.

Cuando colgué, ya se había sentado en el sofá con el portátil en el regazo. Aunque estaban emitiendo el partido de fútbol, lo tenía de fondo sin sonido. Me quité los zapatos y me acomodé a su lado. Iba vestida con una camiseta larga de propaganda y unos pantalones tan cortos que casi ni se veían bajo el borde. Eso era lo bueno de estar con Evan: podía relajarme, ir sin maquillar y no preocuparme por si un hilo de queso se me quedaba colgando de la barbilla al morder. Habíamos coincidido tantas veces en el rellano vestidos de andar por casa, que ya no me avergonzaba que me viese así.

—¿Y por qué crees que uno de estos tíos estará dispuesto a acompañarte a esa boda? —preguntó tras darle un sorbo a su botellín de cerveza.

Luego me lo tendió, compartiéndolo, aunque teníamos más en la nevera. Bebí y suspiré con incomodidad. Odiaba aquel asunto. Odiaba lo que esa boda suponía para mí. Odiaba no haber sido lo suficiente valiente como para decirles a mis amigas que todo aquello era una patraña que me había inventado dos meses atrás para sentirme mejor conmigo misma, porque, en resumen, ellas tenían razón: no tenía vida social.

¿Cómo iba a conocer a un hombre si siempre estaba ocupada?

—He pensado en pagarles —susurré bajito sin mirarlo.

—¿Pagarles? ¿Bromeas? —Se echó a reír divertido.

—No te burles, Evan. Esto es serio, ¿vale? No es solo una boda normal, unas horas, no, Susie tenía que casarse en un pueblo de Maine. Todo un fin de semana a las afueras.

—Cuando pensaba que esto no podía ser más interesante...

—¿En serio no quieres ver el partido?

—Ha perdido interés. Lo que realmente quiero saber ahora es cómo terminaste metida en este lío. Venga, Laila, mírame, los dos sabemos que me ocultas algo.

—¿Por qué no puedes ocuparte de tus asuntos?

—Porque soy un cotilla, ya lo sabes.

—Yo no te pregunto por tus ligues.

—Bien, pues hazlo. Pregunta lo que quieras...

Me llevé un dedo a los labios, pensativa, intentando dar con alguna cuestión que supiese que iba a incomodarle. Sonreí cuando se me ocurrió algo.

—¿Por qué eres incapaz de mantener una relación seria? Veo a chicas saliendo y entrando de tu apartamento cada semana, ¿qué problema tienes con el compromiso?

—Bueno... —Bebió un trago de cerveza—. Quizá no tenga ningún problema. Quizá simplemente no he encontrado todavía a la mujer ideal para mí.

—¿Es que acaso existe esa mujer ideal?

Me miró fijamente con sus ojos azules.

—¿Quién sabe? Quiero pensar que sí.

—Qué romántico —repliqué sarcástica.

—Entonces, vayamos al grano...

Por suerte, en ese instante llamaron al timbre de abajo y me apresuré a levantarme con la excusa de ir a por las pizzas. Esperé en el rellano hasta que el repartidor subió y cogí las dos cajas antes de regresar al salón y dejarlas en la mesa baja que había delante del sofá de cuero marrón que había encontrado meses atrás en una tienda de segunda mano.

Evan se apresuró a coger un trozo y yo también.

—¿Quién va ganando? —pregunté mirando la tele.

—No va a funcionar. No intentes distraerme. —Masticó con ganas, sin dejar de sonreír como un lobo hambriento lleno de curiosidad—. Comentaba que ha llegado la hora de ir al grano. Lo que quiero saber, Señorita Ocupada, es por qué debes llevar un acompañante. Si mis dotes detectivescas no me fallan, a alguien le va a crecer la nariz.

—Déjalo ya, Evan —resoplé.

—Así que sí, mis sospechas son ciertas: les mentiste a tus amigas diciéndoles que tenías novio y ahora te han invitado a ti y a él a esa boda...

—A veces te odio —mascullé.

—Y estás desesperada buscando un acompañante. —Sacó la lengua con descaro para cazar un hilo de queso fundido que se había quedado colgando y yo no pude evitar mirar sus labios cuando se cerraron antes de tragar. Aparté la vista, suspirando—. Pues estás de suerte, Laila. Vamos, solo tienes que preguntármelo.

—¿Preguntarte el qué? —No lo entendía.

—Si quiero ser tu novio de pega.

—¿Bromeas? —Me eché a reír.

—¿Y por qué no? Soy mejor que todos esos idiotas —señaló el ordenador con la cabeza—. Además, ya me conoces, así que no será incómodo.

Parpadeé aún sorprendida por el ofrecimiento. O bien era mi día de suerte o estaba soñando. Evan Dallas, el ligón más escurridizo de Boston y dueño de las fantasías de toda mujer que se cruzaba con él, estaba dispuesto a fingir que era mi pareja. Lo miré atentamente. De arriba abajo. Primero fijándome en sus pantalones vaqueros desgastados, esos que resbalaban por sus caderas, y luego en su torso duro y los hombros más anchos hasta subir por la nuez de su garganta e ir a parar a esos famosos labios. Y sus ojos... sus ojos eran tan azules como el cielo de verano. Todo su rostro en sí era tentadoramente perfecto. Por supuesto, lo había tachado de mi radar como un posible candidato a convertirse en el futuro padre de mis hijos la segunda vez que había hablado con

él un año atrás, porque todo él irradiaba individualismo y pocas ganas de comprometerse. Cosa que comprobé con el tiempo, cuando las chicas de rostros desconocidos empezaron a deambular por el rellano.

Él alzó las cejas sin borrar la sonrisa de su cara.

—¿Estás analizando el material, Laila?

—Algo así —admití sonrojándome.

—¿Y te gusta lo que ves?

—No está mal. —Mentira. Estaba muy muy bien. Demasiado bien. No sé si iba a resultar creíble que un chico como Evan que podía estar con cualquier mujer deslumbrante de metro ochenta me eligiese a mí—. Pero no lo entiendo. ¿Qué ganas tú con todo esto?

—Es fácil. Uno, vacaciones pagadas. Y si vamos a Maine, espero que me invites a comer langosta en algún restaurante de la zona. Yo me encargo de elegirlo. Y dos, que a cambio te comprometas a dejarme ver en tu casa todos los partidos de la próxima temporada.

Sonaba bastante... razonable.

Sobre todo, viniendo de alguien como Evan, que vivía al día. Era profesor de música y se limitaba a ganarse la vida dando clases extraescolares de guitarra o piano a niños por las tardes, más dos días a la semana en un colegio de la zona. No creo que le diese para mucho más que el alquiler y los gastos básicos, pero tampoco parecía tener grandes aspiraciones laborales. Éramos como el agua y el aceite en ese aspecto, aunque no siempre fue así.

Hace años, a mí me interesaban otras cosas. Pero cuando el amor de mi vida me rompió el corazón en mil pedazos y todas las citas que vinieron después comenzaron a ser un completo desastre, me rendí. Las relaciones no prosperaban más allá de unos meses y mis amigas iban avanzando, casándose y teniendo hijos, de modo que me volqué en el trabajo, porque, en el fondo, tenía la sensación de que era lo único *firme* que tenía en mi vida y que, a grandes rasgos, dependía solo de mí, de mi capacidad y de mi esfuerzo.

—Bueno, ¿qué me dices? No tengo todo el día.

Lo vi morder un trozo de pizza mientras me miraba.

—Supongo que los dos salimos ganando...

—Chica lista —asintió con la cabeza.

—Aunque habrá que pulir detalles.

—¿Pulir detalles? —Frunció el ceño.

—Claro, tiene que parecer creíble que alguien como tú pueda ser mi novio. Y tenemos que inventarnos una historia sin contradicciones. Y hay que encontrarte algo de ropa apropiada. Y necesitas saber cosas sobre mí, ya sabes, cómo se llamaba mi mascota de pequeña o qué comida es mi favorita o cuál es mi mayor fobia...

—Veo que todo te lo tomas muy en serio.

—¿Entonces estás de acuerdo? ¿Tenemos un trato?

Me miró y me dirigió una de sus brillantes sonrisas antes de extenderme la mano y coger la mía. Me dio un apretón cálido al estrechármela con fuerza.

—Sí, tenemos un trato —concluyó.

Regla 3: los detalles marcan la diferencia.

Por primera vez en mi vida, agradecí estar de vacaciones. Por supuesto, seguía teniendo mucho trabajo acumulado y mi jefa me había llamado *extraoficialmente* dos o tres veces al día, pero estaba tan acostumbrada que no fue algo que me sorprendiese.

Evan, en cambio, no podía creérselo.

—¿De verdad te parece normal que te llame constantemente cuando estás de vacaciones? —insistió mientras nos movíamos entre las hileras de ropa.

Aquel martes, a tres días de poner rumbo a Maine para esa boda que me estaba quitando años de vida, estábamos dentro de un centro comercial, intentando encontrar algo de ropa apropiada para él y, ya de paso, un vestido para mí que estrenar para la ocasión.

—Lo es cuando trabajas en una de las empresas más importantes de la ciudad.

—Vuelves a sonar como una estirada. Y no es una cuestión de importancia o no, es una cuestión de abuso laboral —dijo al tiempo que cogía una camisa llena de dibujos de piñas que le quité de inmediato de las manos—. ¿Qué tiene de malo?

—Demasiado informal, demasiado juvenil.

—Es que soy joven —replicó divertido.

—Tampoco tanto, ¿cuántos años tienes?

Lo miré con curiosidad. Llevábamos un año cruzándonos cada dos por tres, hablando semanalmente o compartiendo pequeños ratos viendo los partidos en mi casa, pero nunca le había preguntado qué edad tenía. Él sonrió como si le hiciese gracia mi interés.

—Tengo treinta y dos —contestó.

—Me llevas ventaja. Yo tengo...

—Veintinueve, lo sé.

Pasó de largo para coger una camiseta.

—¿Cómo lo sabías?

—Soy muy intuitivo. Y observador. Vi las tarjetas de cumpleaños que te llegaron al buzón hace unos meses. Todas terribles, por cierto. ¿Qué es eso de: «tal día como hoy, tu madre, en colaboración con una compañía eléctrica, dio a luz, ¡brilla!»?

—Esa tarjeta era de mi padre. Tiene un humor raro.

—Vale, ¿y cuál se supone que es el plan, Laila?

Evan se cruzó de brazos mientras observaba su alrededor. Me fijé en cómo lo miraba una de las dependientas y... en cómo me miraba después a mí, probablemente intentando deducir si éramos pareja. Al parecer, de repente decidió averiguarlo por sí misma, porque dejó a un lado la prenda de ropa que estaba doblando, se alisó la camisa y vino hacia nosotros.

—Buenos días, ¿puedo ayudarles en algo?

—Gracias, pero no es necesario —dije.

—O sí. Buscamos ropa para una boda.

—Oh, me encantan las bodas. —La dependienta se llevó una mano al pecho de forma exagerada sin apartar sus ojos de Evan—. Con una percha como la tuya será fácil encontrar algo apropiado. En cuanto a ti —me miró—, veré qué puedo hacer.

Parpadeé, todavía conmocionada. ¿Cómo que *vería qué podía hacer?*, ¿por qué no podía ser *fácil* encontrar algo perfecto para mí? Los seguí algo malhumorada. Sabía que no tenía precisamente un cuerpo de medidas perfectas, pero con el paso de los años había aprendido a quererme. Mis caderas eran algo más anchas de lo que dictaban los cánones y tenía unos pechos pequeños (casi inexistentes), pero ¿y qué? En conjunto, entraba dentro de la normalidad. Era una chica de carne y hueso.

No como Evan, que parece de otro planeta, pensé contemplando su espalda y cómo los pantalones vaqueros que llevaba puestos se le caían un poco por las caderas. Dejé de mirar su trasero cuando llegamos a la sección de

caballero y me fijé en la mano de la dependienta que terminó por *casualidad* en el dorso de su brazo masculino y bronceado.

—Una camisa clara en verano es ideal —comenzó a decirle—. Además, mira, el azul celeste conjunta con tus ojos. —Rio tontamente mientras él le sonreía.

—De acuerdo, me la probaré.

—Y también esta. Y esta otra.

Luego le enseñó un traje de corte clásico. Me mantuve apartada a un lado, siendo testigo de cómo tonteaban y preguntándome si así era como Evan conseguía terminar cada fin de semana con una chica diferente cruzando el rellano de nuestro edificio. Supuse que sí. Le bastaba su sonrisa sensual y su mirada encantadora para lograr que la dependienta se derritiese ante sus atenciones. Yo, por el contrario, llevaba tanto tiempo sin tener una cita que ya no recordaba qué era lo que había que hacer. Suspiré hondo al tiempo que nos dirigíamos hacia los probadores y la chica se ausentaba para ir a buscar otra talla al almacén de la tienda. Puede que mis amigas tuviesen razón: apenas sociabilizaba. Porque a dejar que tu jefa te grite todos los días no se le puede llamar *sociabilizar*, ¿cierto?

Esperé sentada en un banco acolchado de los probadores mientras él se cambiaba en el interior de uno de los cubículos. Allí dentro hacía calor. Miré el móvil cuando me llegó una nueva notificación de mi jefa. Estaba a punto de abrirla cuando Evan salió tras la cortina y lo olvidé de inmediato, porque verlo en traje fue como subir a lo alto de la cima de una ciudad que conoces muy bien, pero que de repente resulta nueva ante tus ojos.

—Esto... vaya...

—¿Vaya? ¿Me queda bien o no?

—Sí, sí, no está mal... —mentí.

En realidad, le quedaba terriblemente bien. Si con la ropa informal que solía usar ya conseguía todos sus objetivos, no quería imaginarme qué ocurriría si decidiese salir así a la calle un día cualquiera. El color oscuro del traje

resaltaba sus ojos azules que, en efecto, conjuntaban con el tono de la camisa que se ajustaba a su torso.

Vi cómo se miraba en el espejo con el cejo fruncido mientras intentaba atarse bien la corbata sin demasiados resultados. Me levanté para acercarme a él.

—Déjame a mí —le pedí.

—Esta cosa horrible...

—No es horrible.

—Es incómoda.

Sonreí al escucharlo protestar entre dientes como si fuese un niño pequeño. Le ajusté bien el nudo de la corbata y, al alzar la vista, vi que Evan tenía los ojos clavados en mí. Iba a decir algo agradable y divertido para romper el hielo, como que estaba estupendo con ese traje y que conseguiría que fuese la envidia de todas mis amigas por llevarlo como acompañante, pero me quedé callada porque la intensidad de su mirada me resultó extraña, nada propia de él, que siempre estaba bromeando. Y estábamos muy cerca. Demasiado.

—Lo que imaginaba, ¡la camisa te queda genial!

Aparté las manos de él de golpe al escuchar la voz de la dependienta a mi espalda. La rareza de aquel momento se disipó rápidamente y me pregunté si no habría imaginado esa mirada cargada de algo desconocido que él me había dirigido mientras le anudaba la corbata. A partir de ese instante, me convertí casi en invisible mientras él se probaba algunas camisas más y la chica buscaba nuevas formas de halago aún no inventadas por el hombre para llamar su atención, cosa que pareció conseguir cuando, finalmente, al ir a pagar a la caja, le escribió su número de teléfono detrás del recibo y él lo cogió tras mostrarle una sonrisa ladeada que prometía que, probablemente, pronto la llamaría. Contemplé el espectáculo anonadada.

—¿Seguro que no quieres mirar nada en esta tienda?

—Seguro —repetí al tiempo que nos alejábamos.

Me había negado a probarme modelitos allí para *ver qué se podía hacer*. Prefería gastarme el dinero en otra parte, así que caminamos por el centro

comercial hacia otra boutique en la que vendían vestidos veraniegos para bodas. No quería algo ostentoso, pero ahora que sabía que Evan acapararía las miradas, quería verme bien a su lado.

—Deberías comprarte algo rojo —comentó mientras yo revolvía entre los numerosos vestidos colgados en las perchas de la nueva temporada.

—¿Por qué rojo?

—Te favorece.

—No lo creo. Prefiero algo negro...

—Negro, aburrido, estilo como vas a trabajar.

Me crucé de brazos, mirándolo un poco enfadada.

—¿A qué viene eso? —repliqué airada.

—Es un hecho, ¿no? Sueles vestir así.

—No es cierto. Tengo ropa muy divertida.

—Ah, ¿sí?, ¿cuál? —me retó con una sonrisa.

—Una falda tutú, por ejemplo. —No especificué que era parte de un disfraz que todas nos habíamos puesto cuando celebramos la despedida de soltera de Caroline.

—Mira qué sorpresa. Vale, entonces no te importará ponerte algo así.

Cogió un vestido rojo que había en la percha y lo sacó. Era de tela vaporosa, con un escote tan pronunciado que di por hecho que no se podría llevar sujetador debajo. Las capas suaves de tul caían con gracilidad y se sacudían al son del ventilador del techo.

Era precioso, casi de ensueño... pero no para mí.

—Ese vestido solo es apto si pesas menos de cincuenta kilos.

—¿Bromeas? Venga, no me digas que eres de esas —contestó.

—Soy *de esas* a las que no les gusta hacer el ridículo —dije mientras cogía uno negro y sobrio, de corte recto, lo que venía genial para que mis curvas no fuesen tan pronunciadas.

—Quiero que te lo pruebes —insistió.

—¿Para reírte de mí?

—No. Para demostrarte que te equivocas.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Créeme, he visto a muchas chicas desnudas. —Alzó una ceja con gracia—. Puede que no sea tu caso, pero me hago una idea de lo que te quedaría bien...

Paseó su mirada azul por mi cuerpo, desde los pies a la cabeza, consiguiendo que me sonrojase. Definitivamente tenía que empezar a tener citas de nuevo y a salir con alguien de vez en cuando. Eso o terminaría convirtiéndome en una chica de quince años que se coloraba ante el mínimo halago, incluso a sabiendas de que Evan sería capaz de coquetear con la cajera de una gasolinera a cambio de conseguir tres palitos de regaliz gratis.

—Está bien. —Le quité el vestido de las manos—. Me lo probaré para que te calles. Y luego me dejarás elegir tranquila lo que pienso llevar a la boda.

—Hecho. —Asintió satisfecho.

Diez minutos después, dentro del pequeño cubículo del probador, me miraba algo agobiada desde todos los ángulos. Alisé la tela roja en la zona del vientre, con los ojos aún fijos en el espejo. El tul le daba al vestido un aire de princesa, pero el color rojo rompía con esa dulzura dándole un toque seductor y provocativo, por no hablar del inmenso escote...

—¿Sigues viva? —Oí que preguntaba Evan.

—¡Sí! Y es terrible... terrible... —mentí, porque jamás me atrevería a llevar ese vestido, aunque me daban ganas de comprármelo solo para ponérmelo en casa.

—Déjame verlo.

—No es necesario.

—Está bien, voy a entrar a la de tres. Una, dos...

—En serio, Evan, voy a quitármelo.

—Y tres. —Abrió la cortina y se coló dentro sin ningún tipo de vergüenza. Me miró a través del espejo con los ojos brillantes—. Vaya... estás increíble...

—No digas tonterías.

—No es ninguna tontería.

—Voy a cambiarme —insistí.

—Tampoco digo que no a eso.

Me miró bromeando y yo resoplé, aunque empezaba a ponerme nerviosa la situación. Tenerlo ahí dentro, en un espacio tan reducido y estar tan cerca de él. Por no hablar de todo aquel día de compras, cuando nuestra relación se basaba en conversación fácil en el rellano y algún rato compartido juntos comiendo pizza o viendo el partido. Nada más.

Me di cuenta de que era, de hecho, la primera vez que estaba con Evan fuera de aquel edificio en el que ambos vivíamos. Aparté la vista de él.

—Me hace grande, ancha.

—Te hace preciosa.

—Evan, déjalo ya.

—Lo digo muy en serio. —Suspiró antes de sacudir la cabeza y dejar de mirarme a través del espejo del probador—. Está bien. Es una decisión tuya, así que haz lo que creas que debes hacer, pero... sabes que te queda bien. Otra cosa es que no te atrevas a ponerte algo fuera de tu zona de confort, cosa que entiendo. Aunque por otra parte... yo he accedido a llevar traje y corbata cuando es algo que odio profundamente...

Touché. Le dirigí una mirada airada.

Luego me quedé en silencio cuando él salió del probador con una sonrisa en la boca y contemplé mi reflejo durante unos segundos más. Lo cierto es que estaba sexy y guapa, entonces, ¿por qué me daba tanto miedo innovar un poco y ponerme algo bonito?

Cinco minutos más tarde, abandoné la tienda con un vestido rojo de tul en una bolsa y un chico al lado que sabía demasiado bien cómo conseguir retarme.

Regla 4: la teoría es importante, pero la química más.

El jueves por la noche, apenas unas horas antes de salir de viaje de buena mañana al día siguiente, empecé a ser consciente de lo que pretendía hacer. En serio. Sin medias tintas. ¿Lograr que Evan se hiciese pasar por mi novio? Parecía fácil en teoría, pero era increíblemente difícil en la práctica. Nos habíamos pasado todo el miércoles por la tarde intentando ponernos de acuerdo en los aspectos más simples, pero él no se lo tomaba en serio ni creía que fuese relevante aprenderse cuál era mi sabor favorito de granizado (el de sandía, por supuesto), así que para las últimas horas que nos quedaban juntos (porque esa tarde él había tenido que darle clase de piano a una niña que vivía cerca del centro), me propuse sacarles todo el provecho posible y preparar una especie de clase exprés.

Casi corrí hacia la puerta cuando llamó sobre las ocho.

—Sí que tenías ganas de verme —bromeó.

—Entra. No tenemos tiempo que perder.

Evan puso los ojos en blanco mientras se colaba en mi apartamento. Contempló con el cejo fruncido las dos carpetas que había sobre la mesa del salón junto a sendos vasos de agua y dos pizzas apiladas en medio. Se sentó en una de las sillas.

—¿Qué se supone que es todo esto?

—Los dossiers que he preparado hoy.

—Me da miedo preguntar más...

Apoyé una mano en su brazo antes de que fuese a levantarse y él la miró unos segundos hasta que decidió quedarse en el sitio y escuchar lo que tenía que decirle.

—Accediste a esto, Evan. Y necesito que te lo tomes en serio. Ya sé que para ti solo es algo divertido o una excusa para irte de vacaciones un fin de semana a comer langosta, pero para mí es importante. Todas mis amigas se han

casado. Todas. Lo que hace que me sienta rara, como si no encajase, sobre todo si tenemos en cuenta que no estoy más cerca del altar que hace cinco años, cuando salía con ese idiota llamado Kevin...

—¿Y de verdad es tan importante lo de casarse?

—No, no lo de la boda. No me refiero a eso.

—¿Entonces? —Me miró serio por primera vez.

—Es algo más. Ya sabes, esa sensación de que jamás conoceré a nadie que solo tenga ojos para mí mientras el resto de mis amigas avanzan y se compran casas a las afueras y tienen bebés adorables. Pero, sobre todo, no soporto las miradas de lástima cada vez que hay otra reunión o celebración y yo aparezco sola con el trabajo como único tema de conversación.

Evan me observó fijamente durante tanto tiempo que empecé a sentirme violenta, porque me había abierto a él de verdad, le había confesado por qué era tan importante para mí acudir a esa boda con pareja, la razón por la que había estado dispuesta a mentirles a mis amigas dos meses atrás al asegurar que había empezado a salir con alguien...

—Está bien, de acuerdo. Pues empecemos.

Abrió el dossier por la primera página y cogió un trozo de pizza antes de leerlo por encima. De vez en cuando, juntaba las cejas o torcía los labios con una mueca.

—Así que nos conocimos en tu oficina...

—Eso es. Pero dado que todas mis amigas estudiaron derecho, he pensado que sería mejor evitar preguntas que puedan ponerte en una situación incómoda.

—Así que decidiste que fuese el chico que te sirve el café.

—Exactamente. —Sonreí. Él resopló.

—¡Pero soy músico! —protestó.

—¿Qué más te da? Es algo fingido.

—No, de eso nada. Pensemos algo mejor.

—¿Cómo qué? —Me crucé de brazos.

—Puedo ser amigo de algún compañero tuyo. —Se encogió de hombros —. Un día pasé por allí para almorzar con él y sencillamente te vi y me enamoré.

Me miró fijamente con una sonrisa juguetona.

—Claro, porque eso es muy creíble.

—No te sigo.

—Lo de enamorarte en cuanto me viste.

—Pues sí. ¿Por qué no? Un flechazo.

—Vale, supongamos que acepto esa pequeña licencia en nuestra historia, entonces, ¿cuál sería exactamente tu personaje? Porque los detalles son importantes.

—Mi personaje es un tío de treinta y dos años que vive en Boston, trabaja dando clases de música a niños, adora la pizza —comentó cogiendo otro trozo—, y se enamoró de una chica en cuanto la vio un día que fue a almorzar con un amigo. Ya está.

Inspiré hondo, armándome de paciencia.

—Es decir, que eres tú mismo. Evan.

—Exacto. Antes de que te niegues, admite que es lo más seguro y fácil. Si alguien me pregunta sobre mi trabajo sabré qué contestar y no habrá margen de error.

Eso era cierto... Me mordí el labio inferior.

—Tienes razón. Pues sé tú mismo, vale. Entonces, nos vimos aquel día durante el almuerzo, ¿y qué pasó después? Tenemos que ponernos de acuerdo en eso.

Evan bebió un trago de agua antes de mirarme.

—Empezamos a hablar y fue como si nos conociésemos desde siempre. Ya sabes, esa complicidad que aparece una vez a las mil cuando te cruzas con alguien. Así que me arriesgué y te propuse ir a cenar ese mismo fin de semana y, aunque tú tenías tus dudas, terminaste por aceptar. Tuvimos una primera cita perfecta.

—¿Qué cenamos? ¿Carne o pescado?

—¿En serio, Laila? Nadie preguntará eso.

—No estés tan seguro. Seamos minuciosos.

—Como quieras. —Evan puso los ojos en blanco—. Cenamos carne a la parrilla y estaba deliciosa, en su punto. Después nos tomamos algunas copas mientras hablábamos sin parar, conociéndonos, y acabamos la noche en mi apartamento.

—¡De eso nada! —protesté.

—Claro que sí. Tuviste cuatro orgasmos y en ese momento te diste cuenta de que era el hombre de tu vida y de que no podías dejarme escapar —concluyó satisfecho.

—¡Evan! —Me reí, sacudiendo la cabeza.

—No miento. Es lo que ocurriría en esa realidad paralela.

—¿Cuatro orgasmos? —Arqueé las cejas con incredulidad.

—Oh, pobrecita Laila, ¿desde cuando no te acuestas con alguien? Y no me digas que jamás has tenido una de esas citas en las que te pasas la noche en vela sin dejar de...

—¡Para ya! —protesté sonrojándome.

Si tenía que ser sincera, no, jamás había tenido una de esas citas de las que Evan hablaba sonriente e incomodándome. Solo las había visto en las películas y no creía que fuesen muy realistas. Hacía alrededor de ocho o nueve meses que me había acostado con un hombre por última vez, si no recordaba mal, y ocurrió después de una cita muy aburrida en un restaurante de alta categoría donde degustamos un menú que me dejó con hambre. Se llamaba Marcus y trabajaba como asesor financiero en una oficina que estaba en mi mismo edificio. Cuando subimos en su coche después de la cena y me besó en un semáforo en rojo, me pareció que no estaba tan mal, aunque desde luego no sentí mariposas en el estómago ni nada parecido. Pero me dejé llevar. Así que acabamos en su apartamento, él encima de mí en la típica postura del misionero, durante alrededor de un minuto fugaz en el que apenas tuve tiempo de excitarme. Al terminar, me miró con satisfacción, me dijo que había sido *fantástico* (no para

mí, claro) y que me llamaría pronto (sigo esperando esa llamada).

—Deberías contármelo —insistió Evan—. ¿Y si alguna de tus amigas se pone a hablar conmigo sobre tus últimas relaciones y se da cuenta de que no tengo ni idea de nada sobre tu pasado? ¿Eso no sería uno de tus *cabos sueltos*?

Lo medité unos segundos. Él tenía razón.

—Supongo que sí...

—Entonces, ¿cuánto hace que no te acuestas con nadie? —repitió la pregunta.

—Casi un año —dije a media voz.

—¿He oído mal?

—No.

—Joder.

—¡No es para tanto!

—Si tú lo dices... —Sacudió la cabeza—. ¿Y cuál es la relación más larga que has tenido? ¿Algún ex novio del que tus amigas puedan hablarme?

—En realidad, sí, pero fue hace muchos años. Se llamaba Kevin. Empezamos a salir durante mi primer año en la universidad, así que las chicas lo conocían bien. Estuvimos juntos un montón de tiempo, nos graduamos, luego alquilamos un piso a las afueras mientras terminaba la especialidad y buscaba trabajo...

—¿Y qué pasó? —insistió cuando me quedé callada.

—Nada. No pasó nada. Si a eso se le puede llamar que me pidiese matrimonio cuando llevaba tres meses acostándose con su compañera de trabajo.

Me puse en pie y suspiré mientras iba a por la botella de vino que había dejado abierta en la nevera a medias la noche anterior. Escuché a Evan maldecir por lo bajo.

—Mierda —gruñó entre dientes.

—Ya hace cinco años de eso.

—Entonces, ibas a casarte.

—Sí. Por suerte, me enteré antes de empezar a organizarlo todo... —Le

quité importancia encogiéndome de hombros y le serví una copa de vino también a él antes de sentarme otra vez delante de los dossiers que había preparado.

No le conté que en realidad antes de enterarme del engaño me había pasado semanas visitando tiendas de vestidos de novia ni que, irónicamente, iba a ser la primera de todo mi grupo de amigas en pasar por el altar. Ahora casi sonaba como a chiste. Es fascinante las vueltas que puede dar la vida cuando menos te lo esperas. Yo había amado a Kevin con todo mi corazón, desde que nos conocimos una noche en una fiesta durante mi primer año en la universidad. Él era mi alma gemela: atractivo, inteligente y encantador. A pesar de que teníamos nuestros problemas, como todas las parejas, siempre tenía la sensación de estar flotando en una nube cuando pensaba en él antes de llegar a casa al caer la noche. No me importaba pasarme el día estudiando para sacarme la especialidad o no encontrar trabajo y hacer turnos en un local de comida rápida para conseguir algo de dinero extra. Pero todo se desplomó cuando esa noche en medio del turno me empecé a encontrar mal y mi encargado me aconsejó que me fuese a casa a descansar antes de que terminase echando hasta la última papilla en medio de los pedidos de los clientes. Al llegar, los encontré en el sofá de nuestro salón, ese que no era muy grande ni lujoso pero que había decorado con mimo recorriendo tiendas de segunda mano. Estaban desnudos, jadeantes, con las piernas enredadas...

—Lo siento mucho, Laila.

Evan estaba mirándome fijamente, con su cuerpo un poco inclinado hacia el mío. Contemplé el azul limpio de sus ojos antes de sacudir la cabeza y sonreír forzosamente.

—¡Fue hace una eternidad! Estoy bien. En cuanto a esto que tenemos entre manos, ¿por dónde íbamos? —Evité a propósito su compasión y me concentré en los papeles—. Mi comida favorita son los macarrones con mucho queso gratinado. Y soy alérgica a los cacahuetes, a los gatos y a la picadura de las abejas.

—De acuerdo. Todo almacenado aquí.

Evan se señaló la cabeza con una sonrisa.

—En cuanto a nosotros, creo que estaría bien fijar una fecha del día que nos conocimos, ¿qué te parece hace dos meses y medio? Cuadraría con lo que les dije a mis amigas. Además, resulta ideal para justificar que aún no te las presentase o les hablase demasiado de ti, puesto que no llevamos demasiado tiempo saliendo, pero también es perfecto a la hora de decidir hacerlo ahora e invitarte a la boda.

—No me puedo imaginar lo que debe de ser estar dentro de tu cabeza.

Lo ignoré y pasé a la siguiente página del dossier. Se titulaba “*cosas que tenemos en común*” y había apuntado tan solo que nos gustaba comer pizza y ver los partidos del fin de semana, pero el resto estaba en blanco, aunque esperaba que pudiésemos rellenarlo.

—Ya sé que parece casi imposible, pero deberíamos hacer el esfuerzo por encontrar puntos similares entre nosotros —dije pensativa—. Por ejemplo, ¿qué música te gusta?

—El rock de los ochenta. ¿Y a ti?

—Pop actual.

—¿En serio?

—Pues sí. ¿Películas?

—Indies o de terror.

—Románticas. —Lo miré—. ¿Playa o montaña?

—Playa.

—Montaña.

—Qué divertido esto.

—¿Qué podemos tener tú y yo en común?

Evan frunció entonces el cejo y chasqueó la lengua antes de alargar la mano hacia mí y colocarme tras la oreja un mechón de cabello. No sé por qué tonta razón ese gesto hizo que me estremeciese, pero noté una pequeña sacudida en respuesta.

—¿Acaso hacen falta? El amor no es así. La química. El sexo. A veces

es más importante una sencilla mirada que un montón de teoría vacía. —Lo dijo con la voz ronca, sin apartar sus ojos de los míos—. De hecho, creo que es hora de que nos olvidemos de todo esto y terminemos de cenar antes de descansar. Mañana tenemos que madrugar. Ya iremos improvisando el resto sobre la marcha, tenemos todo el camino en coche...

—Tienes razón —accedí finalmente cogiendo un trozo de pizza.

Regla 5: no juzgues a la ligera.

El viaje comenzó con un atasco en la carretera. Incluso despeinado y adormilado en el asiento de al lado, Evan estaba radiante. El sol de la mañana se reflejaba en sus mejillas justo antes de que rompiese el encanto para bostezar sin taparse la boca.

—Deja de mirarme —me exigió.

—No lo hacía. No es eso...

—Mientes fatal, Laila.

Ignoré su risa sonora mientras él se giraba para buscar en el asiento trasero el termo de café que había previsto preparar junto a unas cuantas galletas con pepitas de chocolate. Por supuesto, él no había traído nada, pero se había comido la mitad de lo mío.

—¿Te importaría no matarme de hambre?

—Pensaba darte un poco —bromeó—. Abre la boca como los bebés.

Obedecí porque en ese instante los coches se pusieron en marcha. Evan sonrió al tiempo que me metía en la boca una galleta y me pidió que mordiese. La engullí sin humor. Casi no había dormido la noche anterior y no solo porque antes de irme de viaje vivía con la sensación de que me estaba olvidando de algo importante, sino porque mi jefa me había estado mandando mensajes de madrugada, aunque no había contestado a ninguno de ellos, y luego, cuando el reloj marcó las cuatro, me quedé tumbada boca arriba en la cama pensando en Kevin y en cómo se suponía que sería mi vida ahora si él no lo hubiese tirado todo por la borda a cambio de retozar en nuestro sofá con una chica que, según dijo en palabras textuales cuando le grité como una histérica, *no le gustaba para nada serio como yo, pero sí para un polvo*.

Probablemente a estas alturas estaría trabajando en algún bufete de abogados más flexible o incluso para alguna institución pública. Tendríamos dos hijos y un perro que me adorarían y que llevaría cada mañana al colegio con sus

almuerzos caseros recién preparados antes de irme a cumplir con mi jornada. Al atardecer, Kevin me ayudaría a bañarlos y él se ocuparía de hacer la cena mientras nuestros hijos terminasen los deberes. Luego los acostaríamos, les leeríamos un cuento y pasaríamos un rato en el sofá bebiendo una copa de vino y poniéndonos al día sobre qué tal nos había ido la semana, justo antes de comenzar por un masaje de pies y terminar haciendo el amor en el dormitorio.

Pero en lugar de eso tenía veintinueve años y me había centrado en el trabajo y en engrosar mi currículum porque tenía la sensación de que era lo único que sabía hacer bien en aquellos momentos de mi vida, mientras mis amigas seguían adelante y tenían todo aquello que un día yo planeé junto a un hombre que en teoría parecía perfecto, pero que en la práctica fue incapaz de mantener su órgano reproductor dentro del pantalón. Así que ahí estaba, saliendo de un atasco inmenso para ir de camino a la boda de Susie con mi vecino canalla, que estaba dispuesto a fingir ser mi acompañante a cambio de comer un poco de langosta y ver partidos de fútbol en la televisión de mi apartamento.

—Siempre arrugas la frente cuando piensas demasiado —me dijo.

—No es verdad —repliqué.

—Sí que lo haces.

Encendí la radio del coche. Sonó una canción de moda.

—¿De verdad vas a torturarme con esto?

—Mientras conduzca yo, sí.

—Vale, entonces baja del coche.

—No digas tonterías.

—En serio, baja.

Aprovechando que volvíamos a estar en pleno atasco, vi cómo Evan abría la puerta del copiloto y salía. Apenas podía parpadear. Estaba completamente loco. Rodeó el coche y abrió mi puerta. Quizá porque me pilló tan desprevenida, terminé saliendo del vehículo y ocupando su lugar mientras él se ponía al frente del volante. Cambió la emisora.

—Así descansas un rato —me dijo.

—Qué considerado —contesté.

—Pues sí. —Ajustó el espejo retrovisor.

Nos quedamos un rato en silencio mientras conseguíamos dejar atrás los coches a la salida de la ciudad y cogíamos la carretera principal. No podía evitar fijarme en cómo cogía el volante, con los brazos en tensión, las manos fuertes y grandes. Por un instante, me imaginé esas manos recorriendo un cuerpo y me estremecí; estaba segura de que Evan debía de ser intenso entre las sábanas, puede que incluso salvaje, porque tenía ese punto seductor e inexplicable que emanaba de él casi sin esfuerzo, como si no lo hiciese a propósito.

—¿En qué estás pensando? —Me miró de reojo.

—En nada. Aunque hay una cosa... —Me mordí el labio inferior—. Yo te he contado lo de Kevin y el tiempo que hace desde que no... ya sabes, desde mi sequía. —Él se echó a reír cuando me escuchó decir aquello—. Creo que sería justo saber algo de ti en ese aspecto. Sobre las relaciones. ¿Y si me preguntan las chicas? ¿Qué debería contestarles?

Evan se mostró pensativo unos segundos.

—Tienes razón. La verdad es que no tengo un largo historial de novias...

—Ya me lo imaginaba —me adelanté.

Era bastante evidente que Evan huía del compromiso, lo que explicaba el desfile de mujeres por nuestro rellano y que tampoco pareciese el tipo de hombre que desea asentarse y construir una familia, sino más bien el que disfruta de los fines de semana libres, de no tener horarios ni responsabilidades y trabajar dando clases sin matarse de ocho a tres.

—Aunque tuve una relación larga.

Me giré hacia él, intrigada, porque ya había dado por hecho que la conversación estaba finiquitada y acababa de apoyar la cabeza en el respaldo del sillón del coche.

—Define *larga* —me burlé porque, conociéndolo, apostarí a que eran tres meses, con suerte; un mes y medio si mi percepción sobre él era todavía

peor de lo que imaginaba.

—Seis años —respondió casi en un susurro.

Parpadeé sorprendida. Tardé en procesarlo.

—¿Cómo has dicho?

—Eso. Estuve seis años con una chica.

—Vaya, ¡guau! —Fue lo primero que me salió.

—¿Por qué pareces tan asombrada?

—¿Sinceramente? No me lo esperaba.

—¿Acaso nunca has oído el dicho de que las apariencias engañan?

—Supongo que sí —admití—. ¿Y qué pasó? ¿Por qué terminó?

Mi desbordante imaginación ya estaba dando por hecho que quizá él la había engañado. Puede que justo como Kevin me hizo a mí. Entonces recordé su mirada compasiva la noche anterior, cuando le había confesado aquello, y descarté esa opción, porque algo en sus ojos me dijo que era sincero, que realmente comprendía mi dolor.

Abrí la boca para insistir al ver que no contestaba, pero entonces me fijé en que sus manos aferraban el volante con más fuerza de la necesaria y decidí esperar callada.

—Tuvimos algunos problemas. Sencillamente no funcionó.

—¿Y ya está? ¿Después de seis años?

Lo vi morderse el labio antes de resoplar.

—¿Te apetece tomar un café de verdad en la próxima estación de servicio?

—¿Qué le pasa al mío?

—Está muy aguado.

Puse los ojos en blanco.

—Está bien. Hagamos una parada.

Aún nos quedaba bastante viaje por delante, pero por culpa del atasco teníamos la sensación de llevar varias horas dentro del coche. Agradecí estirar las piernas cuando bajamos en una gasolinera y que el día fuese soleado, pero no

especialmente caluroso.

Pedimos dos cafés y nos sentamos en una mesa de madera que había fuera, entre unos saucos que rodeaban la estación de servicio. Evan parecía intranquilo. Vi cómo con la punta del dedo repasaba el contorno algo astillado de la madera oscura.

—Lo cierto es que éramos felices.

Me sorprendió aquella confesión. Lo miré intrigada. El sol hacía que el azul de sus ojos brillase esa mañana y que fuese visible la tensión en su mandíbula. Por un instante, mientras esperaba impaciente que me contase algo más de aquella historia del pasado, me di cuenta de que, aunque llevábamos siendo amigos (o vecinos con algún que otro acercamiento cordial), apenas nos conocíamos. En el fondo, lo más preocupante es que tenía la sensación de que Evan sí se había molestado en observarme a mí, pero, por el contrario, no había ocurrido lo mismo al revés. Yo había dado por sentado cómo era él desde el primer instante en el que nos cruzamos en el rellano y vi sus hoyuelos y su sonrisa seductora. Pero puede que quizá detrás de aquella máscara despreocupada hubiese mucho más.

—¿Y entonces por qué rompisteis?

—Se quedó embarazada.

—Pero, no lo entiendo...

—Perdimos al bebé. —No me miraba mientras hablaba, sino que mantenía la mirada fija en la mesa de madera—. Tuvo un aborto a los siete meses de gestación y fue muy duro. Habíamos tardado bastante tiempo en conseguir que se quedase en estado y ella no asimiló bien lo que ocurrió después. Ninguno de los dos lo hicimos, supongo.

—Dios mío, Evan. Lo siento mucho.

—La relación se enfrió. Apenas hablábamos. Ella no quería ni mirarme, como si aquello fuese culpa mía... —Suspiró con impotencia—. Intenté animarla, convencerla de que podríamos seguir adelante, pero imagino que no pudo pasar página. Al final me dejó. Decidió empezar de cero, en todos los

sentidos. Vendimos el piso que acabábamos de comprar porque ninguno de los dos quería quedarse en aquel lugar donde había una habitación cerrada que meses atrás decoramos juntos para el bebé y que no volvimos a abrir.

—Es terrible... —Tragué saliva con fuerza.

—Así que cada cual hizo su vida por su lado.

—¿Fue entonces cuando te mudaste a mi edificio?

—No, no. Eso pasó mucho después. Estuve un par de años sin hacer gran cosa, saliendo y conociendo a gente, ya sabes. —Se encogió de hombros—. Dejé las clases que daba en un colegio a tiempo completo y decidí hacerlo por mi cuenta, a mi manera. Por casualidad, un día cualquiera me enteré de que ella iba a casarse. A decir verdad, me lo dijo mi hermana. Tenían unas amigas en común y, en fin, llegó a sus oídos que se había comprometido con un hombre algunos años más mayor con el que llevaba tiempo saliendo.

—También debió de ser duro para ti.

—Como tú dijiste, fue hace tiempo.

Le mostré una sonrisa triste en respuesta.

—El tiempo a veces no lo cura todo.

—No, pero ayuda. El caso es que, cuando supo que me había enterado, me invitó a la boda. No fui, pero sí quedé con ella para tomar un café. Nos pusimos al día y, aunque suene un poco incomprensible, me alegré de verla feliz. Y unos meses después, me mudé al apartamento en el que vivo ahora. El resto, supongo que es historia. Ah, bueno, y allí conocí a una chica que siempre estaba ocupada y que me rogó que me hiciese pasar por su novio.

—¡Yo no te lo rogué! —Me reí, agradeciendo el cambio de humor—. Fue un trato.

—Si prefieres verlo así...

Nos quedamos callados mientras seguíamos bebiéndonos el café en la tranquilidad de aquel lugar. Cuando pasó un rato, me atreví a hacer la pregunta que me intrigaba.

—Entonces, ¿después de ella no has vuelto a tener ninguna relación

seria?

—No.

—¿Por eso? ¿Porque te rompió el corazón?

Evan resopló negando con la cabeza, burlón.

—O porque no he encontrado a la indicada.

—Me cuesta creerlo.

—¿Por qué?

—Porque dado el historial de conquistas que pasan por tu casa cada mes, cualquiera pensaría que es una cuestión de probabilidad.

—Supongo. Pero a veces el corazón es testarudo.

—¿Qué has querido decir con eso?

—Nada. —Miró su reloj—. Deberíamos irnos ya.

—Es verdad. Susie me matará si llegamos tarde para la recepción de hoy.

Me levanté junto a él y regresamos al coche. El resto del camino, mientras Evan conducía, estuve un poco adormilada y le dejé que pusiese la música que le gustaba no muy alta. Pensé en lo mucho que cambiamos las personas cuando nos dejamos conocer y en cómo habría sido ese Evan joven e ilusionado que quiso formar una familia con la chica con la que llevaba años saliendo. Me sonaba casi utópico, como si se tratase de otra persona o de algún gemelo perdido. *Pero a veces el corazón es testarudo*, recordé esas palabras que había dicho y que no había entendido del todo, aunque estaba casi segura de que se referían a ella, a la chica con la que estaba destinado a tener una vida perfecta que terminó por derrumbarse.

Puede que aún no la hubiese olvidado.

Y que el resto de las mujeres no significasen nada para él.

Tenía mucho sentido visto en perspectiva.

Miré su atractivo perfil una vez más y caí en la cuenta de que resultaba irónico que, al final, síuviésemos eso en común: el pasado. Los dos habíamos trazado unos planes y un futuro que terminó volando por los aires en apenas

unos segundos.

Regla 6: un poco de manoseo no hace daño.

Llegamos por los pelos a la recepción que Susie había preparado. Se trataba de una especie de *brunch* para la familia y los amigos más íntimos. Ni siquiera tuvimos tiempo para ir al alojamiento a dejar nuestro equipaje, así que cuando nos presentamos directamente allí, estaba nerviosa, con las piernas temblándome y el corazón a punto de salirseme del pecho.

Evan pareció notarlo y, mientras atravesábamos la recepción del restaurante que habían elegido en una zona céntrica de aquel pequeño pueblo de Maine, colocó una de sus grandes manos en la parte baja de mi espalda como si desease recordarme que estaba allí conmigo, metido en aquello, y que todo iba a salir bien. Quise creerlo.

—¡Laila! —Susie se levantó de un salto.

—¡Pensábamos que no llegabas!

Caroline y Faith también se pusieron en pie para acercarse hasta nosotros. De repente noté la boca seca. Era incapaz de hablar. Delante de mí estaban mis tres mejores amigas, las que me conocían desde la universidad y que habían pasado junto a mí el duelo tras lo de Kevin y un montón de anécdotas que solíamos recordar en cada comida... y yo estaba a punto de contarles una mentira inmensa tan solo para evitar sentirme como una fracasada en aquel encuentro tan especial. Inspiré profundamente, siendo consciente de que aún estaba a tiempo de dar un paso atrás. Les diría la verdad, pensé mientras la mirada dulce de Susie me atravesaba. Les explicaría que Evan era solo un amigo, mi vecino...

—No sabes las ganas que teníamos de conocerte, te has hecho de rogar —le dijo Faith entusiasmada antes de tenderle una mano—. Así que tú eres...

—Es... solo es... —comencé a decir balbuceando.

—Evan, el novio de Laila —terminó él sonriendo.

Casi pude ver cómo mis tres amigas se derretían al ver sus labios

ladearse de aquel modo tan seductor que Evan parecía tener ensayado, porque no me explicaba de qué otra manera alguien podría sonreír de una forma tan perfecta. Empecé a sentir un poco de vértigo cuando él comenzó a hablar con Susie, interesándose por la inminente boda, mientras caminábamos hacia la mesa en la que se celebraba el *brunch*.

Cuando Evan se sentó, Caroline me miró aguda.

—Ahora que lo recuerdo, me hago pis.

—Yo también —dijo Faith—. ¿Tú no sientes lo mismo, Laila? Seguro que tendrás la vejiga llena después de todo el viaje. Y Susie, deberías retocarte el pintalabios para las fotos.

—Ah, claro, ¡el pintalabios!

Así fue como las cuatro acabamos metidas en el minúsculo baño de aquel restaurante; mis amigas cerniéndose sobre mí de tal manera que no sabía si eso me ponía nerviosa por culpa de la mentira, me angustiaba o me daba la risa.

—¿¡Se puede saber por qué no nos habías dicho nada!?

Caroline se cruzó de brazos, con los ojos muy abiertos.

—¿A qué te refieres? —pregunté en voz baja.

—¿De verdad le estás preguntando eso? —Faith resopló—. Tenías a un bombón escondido en el congelador y no nos has dado ni un mísero detalle hasta ahora.

—No es para tanto...

—¿Que no es para tanto? —Susie se echó a reír—. Pero si al verlo he empezado a replantearme mi boda. Sinceramente, si aún quedan hombres así solteros por el mundo, no sé si me estoy precipitando al casarme con Richard —bromeó.

No pude evitar sonreír al escucharla.

—Cuéntanos algo más sobre él —insistió Faith.

—Lo tenías escondido... —se quejó Caroline.

—No, es solo que todavía nos estamos conociendo y, ya sabéis, después de lo que pasó con Kevin creo que necesito un tiempo antes de abrirme del todo.

Pero es muy simpático. Una de esas personas que esconden más de lo que parecen —añadí al recordar la conversación que habíamos mantenido horas atrás en el merendero, esa misma mañana.

Aún seguía intentando unir las dos versiones de Evan que conocía: la del hombre despreocupado y ligón con la del hombre que un día vio su vida saltar por los aires. Me resultaban tan distintos que no estaba segura de conseguir hacerme una imagen sólida.

—Es guapísimo. —Susie suspiró.

—Y esa sonrisa... —añadió Faith.

—Hacéis muy buena pareja —concluyó Caroline.

Mirándolas a las tres, me sentí durante unos segundos como la farsante que era. ¿Cómo reaccionarían mis amigas si supiesen que entre Evan y yo el máximo contacto que había existido era el de nuestras rodillas rozándose en el sofá antes de ponernos hasta arriba de pizza? Seguramente las decepcionaría o algo todavía peor.

Sacudí la cabeza para alejar ese pensamiento.

—¿No deberíamos volver? —pregunté.

—Sí, ya encontraremos un hueco esta tarde para sonsacarte toda esa información que nos has estado escondiendo —se apresuró a añadir Faith.

Puse los ojos en blanco antes de sonreír y seguir las por el comedor hacia la mesa principal. Saludé a los padres de Susie y a su prometido, Richard, que ya había entablado conversación con Evan y hablaban animadamente, como si no acabasen de conocerse hacía tan solo cinco minutos. Yo me senté a su lado aún un poco nerviosa e incómoda ante aquella situación, pero cuando probé el revuelto de huevos especial de la casa, me olvidé de todo. Incluso de ese vestido rojo atrevido que llevaba en la maleta y que dejaría de entrarme como siguiese comiendo así. Solo me sobresalté al notar el brazo de Evan rodeándome los hombros y atrayéndome hacia él mientras el *brunch* finalizaba con un té de flores.

—¿Qué estás haciendo? —siseé bajito.

—Un poco de manoseo no hace daño.

—Evan... —Había una nota de advertencia en mi voz, pero él no pareció prestarle atención, porque su brazo seguía tras mi espalda y sus dedos en mi hombro se movían con suavidad haciéndome una caricia mientras hablaba con Richard distraídamente como si para él aquello no significase nada. Lo que, en efecto, así era, por supuesto.

Dejé escapar el aire que estaba conteniendo cuando recordé que Evan estaba más que acostumbrado a tener chicas alrededor. Puede que hiciese casi nueve meses desde que a mí un hombre no me ponía la mano encima, literalmente, pero para él eso era un mero juego. Cuando lo entendí, terminé por relajarme y disfrutar del resto del té.

Al acabar el encuentro, pusimos rumbo al alojamiento frente al mar en el que iba a celebrarse también la boda, siguiendo a los demás coches de los invitados que ya se habían acomodado allí esa misma mañana. Era un recinto cerrado y rodeado de árboles entre los que se divisaba una enorme casa de dos plantas y numerosas ventanas que correspondían a cada una de las habitaciones. Colindante a la mansión marítima, se abría paso un inmenso jardín lleno de enredaderas y flores en el que iba a celebrarse la boda y el banquete.

Todo era idílico, como de película.

Respiré hondo al salir del coche porque allí olía a mar. Richard y Susie, que habían bajado del coche que estaba aparcado al lado, se acercaron a nosotros. Ella estaba radiante, con una sonrisa inmensa en su rostro, y él la miraba embobado. Si pensaba que aquella boda podía ser una decisión precipitada o loca después de que solo llevasen saliendo poco más de medio año, me equivocaba. Me di cuenta entonces, al verlos juntos. Una relación podía ser de numerosos años, como la que habíamos vivido Kevin y yo, pero al final romperse en un segundo. O todo lo contrario, de tan solo unos meses y terminar durando para siempre.

—Me hace tan feliz que estéis todas aquí —me dijo Susie abrazándome—. No podía casarme sin vosotras. ¿Recuerdas cuando hablábamos de esto y aún

estábamos en la universidad? Quién iba a decir entonces las vueltas que daría la vida.

—Me alegra verte tan contenta. —Le sonreí.

—Sí, ahora tenemos que irnos para hacer el primer ensayo. —Miró las maletas que nosotros aún teníamos en el coche—. Pero no os preocupéis. Poneos cómodos y descansad un rato esta tarde. Solo tienes que decir tu nombre en la recepción y os darán la llave de la habitación —añadió antes de darme un beso en la mejilla y alejarse junto a Richard.

Permanecí unos segundos paralizada, procesando sus palabras.

Había dicho *la llave*, no *las llaves*. Algo que lo cambiaba todo.

Parpadeé confundida mientras Evan sacaba las maletas de mano y cerraba el maletero del coche. Cuando me miró, frunció el cejo al darse cuenta de mi estado.

—¿Qué te pasa? ¿Has visto un fantasma?

—No, es que no había caído en eso...

—¿En qué? Este lugar es increíble.

Observó su alrededor con satisfacción.

—Ha dicho *la llave* —recalqué—. ¡Tendremos que compartir habitación!

Evan alzó las cejas como si fuese tonta o algo por el estilo.

—Pues claro. Se supone que eres mi novia. ¿Qué esperabas?

—No lo sé, pero no me había parado a pensarlo...

—Deja de morderte las uñas. —Me apartó la mano de la boca cuando vio que empezaba a hacerlo—. ¿No eres un poco mayor para que te preocupe algo así?

—¿Y tú no eres un poco idiota? —repliqué—. No es por lo de dormir contigo, Evan —mentí descaradamente—, sino por la sensación de confianza. Me resulta raro.

—Venga, no seas cría —masculló.

Luego cogió dos bolsas y se dirigió hacia la inmensa casa, dejándome a

mí la maleta de mano más pequeña. La cargué y lo seguí, fijándome en lo seguro que parecía caminando y lo mucho que me costaba aún imaginarlo a punto de ser padre, junto a una chica en una relación estable... ¿cómo sería levantarse cada día con un hombre al lado como Evan? Para bien o para mal, aunque no fuese en un sentido romántico, estaba a punto de descubrirlo.

Regla 7: elige qué lado de la cama prefieres.

Cuando Evan metió la llave que nos habían dado en la recepción en la cerradura y abrió la puerta de la suite, miré maravillada a mi alrededor. Era absolutamente asombrosa. Estaba decorada en tonos blancos y azules que recordaban al mar, el mismo mar que se extendía a lo lejos y que podía verse a través de la ventana, algo que comprobé en cuanto abrí de par en par dejando que el aroma a salitre penetrase en la habitación.

—Es como de película —conseguí decir.

Me giré y vi que Evan sonreía al tiempo que dejaba a los pies de la cama el equipaje. Había una pequeña nevera con varios refrescos y algo de alcohol, también una especie de salón cerca de la ventana que consistía en una mesa de centro, un sillón y un sofá estrecho y moderno. Nada que ver con la amplia cama de sábanas blancas; era tan perfecta que daban ganas de echarse a dormir de inmediato. Y lo mismo ocurría al entrar en el baño y descubrir la bonita bañera de aspecto antiguo y vintage.

—Deberíamos colgar la ropa de la boda antes de que se arrugue más — dije apresurándome a sacar el vestido de la maleta—. Ya pediré en la recepción que nos dejen una plancha para darle un repaso esa mañana... —Mientras lo colocaba en la percha, vi que Evan se dejaba caer sobre la cama impoluta, con un brazo tras la nuca y una sonrisa—. ¿Qué se supone que haces? Ayúdame a buscar sábanas limpias...

—¿Sábanas limpias? —preguntó confuso.

—Para el sofá —recalqué—. Porque dormirás ahí, ¿no?

Se echó a reír de repente como si hubiese dicho algo la mar de gracioso y se le marcaron esos hoyuelos irresistibles en las mejillas. Me miró divertido.

—Claro que no. Ese sofá parece incómodo y duro. Dormiremos los dos aquí. Hay espacio de sobra —añadió pasando la mano por encima de la colcha blanca.

—Pero es demasiado... demasiado...

—No te salen ni las palabras.

—Demasiado íntimo.

Evan puso los ojos en blanco como si le agotase tener que tratar con una cría de quince años. Si era completamente sincera, él tenía razón: éramos adultos, no es que dormir en la misma cama fuese algo revolucionario, pero por alguna razón a mí me ponía nerviosa. No sabía bien qué era, sencillamente lo sentía. Tenía el presentimiento de que no podría pegar ojo teniéndolo al lado y de que, en cambio, él se dormiría como un tronco en menos de lo que canta un gallo. Pero también me molestaba que me viese como una mojjigata, por mucho que en cierto modo sí que lo fuese. A fin de cuentas, no era la típica chica atrevida dispuesta a cometer locuras o hacer cualquier cosa sin pensar, sino todo lo contrario: analizaba cada situación e intentaba anticiparme a lo que iba a ocurrir.

—Que sepas que me muevo mucho —mentí.

—No me importa. Tengo el sueño profundo.

—Podría darte patadas sin querer.

—Me arriesgaré —replicó divertido.

—E incluso tirarte de la cama.

—¿Es que te transformas en Hulk cuando duermes?

—No, pero tengo más fuerza de la que parece.

—No me hagas reír. —Se puso en pie.

Colgó su traje al lado de mi vestido, en el armario, y observé lo bien que quedaba la ropa junta, lo que me hizo sonreír satisfecha. Puede que aquello fuese una farsa, sí, pero dentro del arte de la interpretación, Evan era sin duda el mejor novio de pega que podía desear. No solo porque acaparaba todas las miradas, sino porque, como él mismo había dicho el día que se propuso voluntario, dentro de lo malo a su lado me sentía cómoda y era sencillo. No quería ni imaginarme cómo hubiese sido esa misma situación, la de compartir habitación, si se hubiese dado con un completo desconocido. Probablemente me

hubiese puesto a llorar antes de terminar abortando el plan y confesándole la verdad a mis amigas.

—¿En qué lado duermes tú? —preguntó Evan.

Iba a decir que dormía *en toda la cama* desde hacía años, porque me había acostumbrado a hacerlo sola. Recordé cómo lo hacía cuando vivía con Kevin y noté aún un nudo en la garganta de decepción y tristeza. Sacudí la cabeza para alejar aquello.

—En la derecha —dije por decir algo.

—Perfecto. La izquierda me gusta.

—Bien.

—Vale.

—Entonces...

—Creo que voy a darme una ducha —comentó él.

Sin mediar palabra, cogió algunas prendas de ropa limpia de su mochila y se metió en el cuarto de baño. Yo me quedé allí sin saber qué hacer y escuchando el ruido del agua al encenderse el grifo. Me acerqué a la ventana. El paisaje era increíble. El mar azul se extendía más allá del horizonte y chocaba en la costa contra las rocas de los acantilados.

Comprendía perfectamente que Susie hubiese querido casarse allí. Si algún día llegaba a hacer lo mismo (algo que cada año que pasaba veía más lejano y complicado), deseaba que fuese en un lugar parecido; un sitio tranquilo, alejado del ruido y bonito. Sin muchos invitados, tan solo aquellas personas que eran importantes en mi vida, como mis padres, mis hermanos y sus mujeres, mis amigas de la universidad y algunas del instituto con las que aún tenía algo de trato o hablaba de vez en cuando a través de Facebook.

Seguía dándole vueltas a esa ensoñación cuando de repente la puerta del baño se abrió y yo me giré a tiempo para ver salir del interior una nube de vapor, justo antes de que lo hiciese él. Sin-camiseta. Sin-camiseta-y-solo-con-una-toalla. Me quedé mirándolo anonadada, como una tonta, pero es que, para empezar, no sabía que realmente existiesen tantos músculos abdominales y, para

continuar, ¿cómo se le ocurría abrir así la puerta...?

—Perdona, olvidé la ropa interior —dijo cogiendo unos calzoncillos de la maleta.

—No... no pasa nada... —tartamudeé confundida.

Me sonrió, volviendo a hacer gala de sus hoyuelos, y luego se dirigió de nuevo hacia el baño mientras yo intentaba apartar la vista de su cuerpo, algo terriblemente complicado. La toalla blanca se ajustaba a sus caderas y revelaba aquel torso marcado en su justa medida, porque no era uno de esos hombres musculosos en exceso, algo que tampoco era precisamente mi tipo, pero era delgado y atlético, un equilibrio perfecto.

Me puse a ordenar el resto de la ropa con la excusa de tener las manos ocupadas y dejar de pensar en Evan. Parecía mentira que hubiésemos vivido puerta con puerta durante un año y que ahora me sorprendiese descubrir tantas cosas sobre él; como lo que escondía bajo la ropa o partes de su pasado. Sí, desde el principio había sido evidente para mí su atractivo, pero lo había apartado a un lado al tacharlo de mi lista como *posible alérgico al compromiso*. Y todo lo que estaba averiguando en torno a su persona me ponía nerviosa.

Cuando volvió a salir, ya estaba vestido. Esta vez de una forma más informal, con unos pantalones vaqueros y una camisa de lino blanco de la que había dejado algunos botones superiores desabrochados. Yo me di también una ducha y me puse un vestido cómodo antes de que decidiésemos salir y acercarnos a la zona en la que ya estarían terminando de organizar el ensayo general de la boda. Parecía que estábamos en el culo del mundo, con tanto silencio y el mar cerca, hasta el punto de que era fácil sentir su brisa.

—Entonces, ¿esta noche me invitarás a langosta?

—¿Esta noche? —Me reí mirándolo.

—Claro, lo prometiste. Y mañana es la fiesta antes de la boda.

—Es verdad. De acuerdo...

—Cógeme de la mano —dijo de repente.

—¿Qué? ¿Por qué iba a hacer eso...?

—Nos están mirando —añadió.

Evan tenía razón. A lo lejos, mis amigas y algunos conocidos en común más nos saludaban con una sonrisa mientras nosotros caminábamos hacia ellos a paso lento. Los dedos de Evan se entrelazaron entre los míos con un suave apretón que me calentó por dentro. Fue una sensación extraña volver a caminar cogida de la mano de un hombre. Me di cuenta del tiempo que hacía que no ocurría algo así en mi vida, en apariencia tan cotidiano.

Creo que él debió de notar mi intranquilidad, porque sentí cómo su pulgar me acariciaba al llegar hasta donde se encontraban los demás invitados.

—Siento haberme perdido el ensayo —dije.

—Mejor, así será una sorpresa —opinó Faith.

—Evan, te presento a mi marido, John —los presentó Caroline y ellos se dieron un apretón de manos antes de que John le invitase a tomar algo en la barra de bar que había en la entrada del lugar donde celebraban los banquetes en invierno.

Los miré un poco preocupada mientras se alejaban. Esperaba que no le hiciese ninguna pregunta incómoda a Evan que no supiese responder...

—Puedes quitarle el ojo de encima. —Faith se rio.

—Creo que piensa que es como un enorme pastel de nata y no quiere dejar que nadie disfrute ni de las migajas —bromeó Caroline—. Venga, vamos a sentarnos en esa mesa del jardín hasta que Susie termine de hablar con algunos invitados. Y cuando eso ocurra, tú vas a contarnos todo lo relativo a Evan, ¿cómo se te ha ocurrido tenernos desinformadas?

Nos acomodamos en un rincón de la terraza desde el que podía ver de refilón a Evan hablando con John, junto al marido de Faith y algunos hombres más allí reunidos. Se mostraba sonriente y feliz. Desde luego, era el mejor novio de pega del mundo.

Aparté a un lado el sentimiento de culpabilidad al recordar aquello y pedí junto a mis amigas un *cosmopolitan* para tomar justo cuando Susie llegaba tras despedirse de algunos invitados que iban a irse a descansar un rato. Nos

miramos las cuatro sonrientes.

—Nada como un fin de semana lejos de los niños para rejuvenecer. — Faith suspiró—. No me malinterpretéis, no hay nada que quiera más en este mundo, ¡pero qué bien sientan unos días de descanso sin escuchar la palabra *mamá* cada tres segundos!

Sonreí y bebí un trago. Estaba delicioso.

—Estoy tan contenta de que estemos aquí todas —dijo Susie.

—Va a ser una boda perfecta —le aseguré—. Las vistas desde la habitación son espectaculares, no podía dejar de mirar por la ventana.

—Si tuviese a ese hombre en mi suite, te puedo asegurar que no perdería ni un segundo mirando por la ventana —bromeó Caroline haciendo reír a las demás.

—¡No exageres! —exclamé colorada.

—Es la verdad. Y cuéntanos, ¿cómo va de todo lo demás?

—¿De todo lo demás? ¿Qué quieres decir con eso?

—Ya sabes. De herramienta —apuntó Faith.

Las mejillas me ardieron con más fuerza mientras mis amigas soltaban risitas y bebían de sus copas. Desde luego se lo estaban pasando en grande a mi costa.

—Muy bien. Todo está bien ahí abajo.

Me estremecí tan solo de pensar en ello, en cómo sería ver a Evan completamente desnudo después del escalofrío que ya había sentido horas atrás al verlo sin camiseta. Seguro que sería un espectáculo, uno de esos paisajes que quieres fotografiar...

—¿Y ya está? ¿No piensas entrar en detalles?

—Deja de ponerme nerviosa, Caroline.

—¡No es lo que intento! Compréndeme. Llevo casada con John cinco años, siete desde que empezamos a salir, y necesito nuevo material. Mi vida es muy aburrida entre chupetes y vómitos y un polvo a la semana en la postura del misionero.

—Eso, apiádate de nosotras —insistió Faith.

—¿Y por qué no interrogáis a Susie?

—Ya lo hicisteis cuando os presente a Richard, ¿no lo recuerdas? —contestó la aludida—. Ahora es tu momento. Cuéntanos más cosas sobre Evan.

Justo en ese instante sentí su presencia a mi espalda. Se mostraba relajado, acompañado por los demás hombres que se sentaron a nuestro alrededor pese a las quejas de sus parejas. Evan dejó el vaso que llevaba en la mano en la mesa.

—Le estábamos preguntando a Laila que cómo os conocisteis —dijo Faith.

—¿Y no se lo has contado? —Evan me miró y yo negué con la cabeza, poniéndome nerviosa de repente, porque tuve la incómoda sensación de que nadie iba a creernos. ¿Cómo era posible que mis mejores amigas no se diesen cuenta de que Evan y yo no teníamos absolutamente nada en común? Por sorprendente que pudiese parecer, no les chocaba que *estuviésemos juntos*—. Fue en su oficina. Ya sabéis, siempre está ahí metida.

Eso hizo reír a mis amigas, las traidoras.

—¡Ni que lo digas! Lo sabemos bien.

—La cuestión es que fui a almorzar con un amigo que es compañero suyo y al final acabamos todos sentados en la misma mesa de una cafetería cercana. Y fue un flechazo. Ya sé que mucha gente no cree en eso, pero ocurrió. La vi y me enamoré de ella.

Mientras relataba aquello con la voz ronca, tenía su intensa mirada fija en mí. Me sobresalté al notar su mano posándose de forma *casual* en mi rodilla mientras mis amigas suspiraban rezumando amor hasta por las orejas. No sé cómo Evan podía actuar tan bien. Juro que casi podían verse corazones en sus bonitos y brillantes ojos.

—Es como de película —dijo Faith.

—Sí. Tuve la sensación de conocerla desde hacía mucho tiempo, por eso me arriesgué y le pedí una cita. No fue nada fuera de lo tradicional; fuimos a

cenar a un restaurante que hace la mejor carne a la parrilla que puedo recordar y luego... —me dirigió una mirada juguetona y traviesa mientras su mano ascendía por mi pierna. Ahogué un jadeo, aunque no pude evitar que se me disparasen las pulsaciones de golpe—. Terminamos la velada en mi apartamento. No creo que queráis escuchar el resto —bromeó.

—Oh, ¡sí que queremos! —gritó Susie emocionada.

—¡Susie! —la reprendí. A esas alturas estaba roja como un tomate y se me había erizado la piel ante el contacto de su mano en mi rodilla y un poco más arriba, justo hasta donde el vestido veraniego se me había subido. Estaba casi segura de que Evan se había fijado y se había dado cuenta de que tenía la piel de gallina—. ¿No hace mucho calor aquí?

—No —contestó Caroline, luego miró a Evan—. Sinceramente, estamos muy contentas de que estés aquí. Ya era hora de que nuestra Laila se alejase un poco del trabajo y empezase a vivir sin estar siempre pendiente de esa jefa tan horrible que...

—¡Mierda! —exclamé y me levanté corriendo, lo que cortó de golpe el contacto físico entre Evan y yo—. Me he olvidado el móvil en la habitación. Tengo que volver, seguro que mi jefa me ha llamado y a estas alturas ya estará histérica.

—Venga, Laila, estás de vacaciones. Y es fin de semana —recalcó Faith.

—Eso, cariño, relájate. —Evan tiró de mi mano consiguiendo que volviese a sentarme. Me estremecí cuando me rodeó con los hombros y me dio un beso en la mejilla, tan cerca de mis labios que temí que se le ocurriese la loca idea de besarme allí mismo. Creo que el pudo leer mi pensamiento, porque a continuación dijo—: O te estás aquí quieta disfrutando de la tarde con tus amigas o te daré un beso delante de todos —me susurró.

Sentí un cosquilleo en la oreja ante el contacto de sus labios ahí. Le di un codazo cuando los demás empezaron a hablar de sus cosas y dejaron de prestarnos atención. Él sonrió, porque al parecer la situación de aquel fin de

semana eran eso, unas vacaciones la mar de divertidas y entretenidas para él. Tenía la sensación de que estaba disfrutando cada segundo del día, atormentándome y siendo testigo de mi nerviosismo.

—¿Qué vais a hacer vosotros esta noche? —preguntó Caroline pasado un rato en el que me limité a beberme mi *Cosmopolitan* en sorbitos muy pequeños y a intentar tranquilizarme cada vez que Evan me tocaba a propósito—. Hemos pensado ir todos a un local del centro a cenar. Dicen que hacen unos postres deliciosos.

—Lo siento, pero no podemos —se apresuró a decir Evan—. Laila perdió una apuesta que hicimos hace unas semanas y ahora me debe una langosta, ¿verdad, cariño?

—Cierto —conseguí decir con un nudo en la garganta.

—Hay un restaurante cerca de aquí, enfrente del mar, famoso por la langosta. Es la especialidad de Maine, así que vais a probar la mejor de todo el país —corroboró Richard.

—Enfrente del mar... —Evan sonrió burlón—. Qué romántico. Gracias por la recomendación, creo que iremos allí esta noche. Suena perfecto.

No sé por qué estaba tan alterada ni por qué de repente el hecho de fingir que Evan era mi novio ya no me parecía fácil y cómodo, sino un deporte de alto riesgo. Puede que fuese porque hasta ese momento nunca me había parado a mirar más allá de él, no había indagado en su pasado ni lo había visto sin camiseta. Y en cuanto a sus famosos labios seductores o su mirada intensa... había fingido que no tenían ningún efecto sobre mí, porque la idea de ser como una de esas tantas chicas que pasaba por nuestro rellano no me entusiasmaba y, sobre todo, porque yo no tenía tiempo que perder con tipos como él, especialmente cuando creía que era de los que huía del compromiso.

—¿Y a qué te dedicas, Evan? —preguntó Caroline.

—Doy clases de música extraescolares a niños.

—Qué trabajo más gratificante —dijo Susie.

—Sí. —Él asintió con la cabeza, satisfecho y orgulloso. Nunca me

había parado a valorar lo mucho que le gustaba su trabajo; lo veía tan solo como un empleo poco estable y sin un horario fijo, pero realmente parecía estar contento con ello.

—Entonces, ¿fuiste al conservatorio?

Caroline lo miró curiosa. Mi amiga tenía la capacidad de hacer que cualquier persona se sintiese dentro de un interrogatorio del FBI. Menos mal que Evan adoraba la atención.

—Sí, estudié en Juilliard.

Casi me atraganté con mi bebida. Faith tuvo que darme unos golpecitos suaves en la espalda. Juilliard. ¿Cómo era posible? ¿De verdad mi descarado vecino desvergonzado y despreocupado había estudiado en el mejor conservatorio de música del mundo? Sabía que las pruebas eran durísimas y que conseguir una plaza era un sueño para los que lo lograban. Lo miré impresionada mientras él le explicaba a Caroline que, tras terminar allí, estuvo dando clases durante unos años en una universidad y luego en un colegio, pero que prefería enseñar a aquellos que realmente amaban la música que en un centro donde se impartía por obligación y que, además, eso le permitía tener flexibilidad y más libertad.

Yo me quedé como una tonta escuchándolo, preguntándome quién era ese chico que tenía delante de mí, porque desde luego tenía poco o nada que ver con el Evan que se paseaba por mi piso de vez en cuando para ver el fútbol y que se dedicaba tan solo a poner ojitos, esbozar sonrisas canallas y marcar esos deliciosos hoyuelos que tenía...

¿He dicho *deliciosos* hoyuelos?, sacudí la cabeza.

Llevábamos una semana metidos en aquel lío desde que había aceptado ser mi novio de pega y ya estaba empezando a convertirse en un problema. Inspiré hondo, me terminé la copa y me esforcé por pasar el resto de la tarde hablando con mis amigas sin prestarle a él más atención de la que realmente requería la situación. Eso haría. Fingir que no despertaba mi curiosidad ni que de repente tenía la insana necesidad de conocerlo un poco más...

Regla 8: un poco de vino puede ser peligroso.

No sé qué esperaba de esa noche, pero por alguna razón me sentía ligeramente intranquila. Probablemente fuese por la novedad de todo lo que había ocurrido en mi vida en apenas una semana. Desde luego, no estaban siendo unas vacaciones relajadas, con mi jefa llamándome cada dos por tres, la mentira que les había contado a mis amigas y la tensión que empezaba a apoderarse de mí cada vez que tenía a Evan demasiado cerca, algo que no ayudaba en absoluto puesto que, siendo mi novio de pega, debía de ser así.

—Deberías haber cogido la chaqueta. Te lo advertí. Por la noche refresca —dijo él mientras caminábamos por el paseo de la costa hacia la zona en la que estaban la mayoría de los restaurantes y locales de copas que se alejaban del centro del pueblo.

—Estoy bien, no tengo frío —mentí.

—Tienes la piel de gallina —replicó.

—¿Sí? Pues ni me había dado cuenta...

Evan resopló antes de empezar a quitarse la chaqueta deportiva que se había puesto con esos vaqueros que le quedaban tan bien. Intenté negarme, pero terminé aceptándola y colando los brazos dentro. Estaba caliente tras haberla llevado él encima y olía a su colonia.

—Creo que es ese restaurante de ahí.

—Sí, eso parece. —Asentí con la cabeza.

Se llamaba *La langosta loca*, o eso rezaba el enorme cartel con el dibujo de una langosta con ojos y babero. Nos atendió un camarero que nos acompañó hasta una mesa apartada en una terraza interior; la luz era tan tenue que agradecías la vela que estaba encendida entre las dos cartas del menú. El sitio estaba lleno de encanto marítimo, decorado con mucho acierto con motivos propios del mar y sus productos gastronómicos.

—Esto promete —dijo Evan abriendo la carta.

Yo lo imité, pero mientras leía la sección de los platos de la cena, no podía evitar pensar que aquello se parecía demasiado a una cita. Peor aún, no podía dejar de imaginarme cómo sería en realidad si lo fuese; allí los dos, bajo la luz tenue y en una terraza interior en la que no había ningún otro cliente más hasta el momento. Era íntimo. Demasiado íntimo.

—¿Ya saben qué van a pedir? —El camarero volvió.

—Sí. Yo una langosta de la casa —dijo Evan.

—Lo mismo —añadí, porque había estado ocupada imaginándome tonterías como para prestarle verdadera atención a los platos del menú.

—¿Y para beber? —preguntó.

Evan me miró sonriente y alzó las cejas.

—¿Te apetece un poco de vino tinto?

—Vale. —Me encogí de hombros.

Ay, el vino. Maldito vino. Nunca os encojáis de hombros cuando alguien os pregunte si queréis vino, lo mejor es tener las ideas claras desde el principio, porque si sois de las dudosas que tienen mil pájaros en la cabeza, puede que os juegue una mala pasada. Aunque, a esas alturas de la noche, aún no era consciente de eso, claro.

Nos miramos en silencio durante unos segundos y por primera vez desde que conocía a Evan no me resultó cómodo, sino tenso. ¿Qué había cambiado? Se suponía que nada. Pero no podía dejar de mirarlo con otros ojos, de verlo desde otra perspectiva...

—¿Por qué me miras con cara de loca?

—¡Yo no hago eso! —Me reí.

—Estabas haciéndolo.

—No es verdad. Solo pensaba en que esta tarde, cuando hablabas con Caroline, me ha sorprendido descubrir que estudiaste en Juilliard. ¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Tú no preguntaste —contestó Evan.

—Pero porque no lo sabía.

—¿Y cómo ibas a saberlo sin preguntar?

—No lo sé. No se me pasó por la cabeza.

Aunque era completamente ilógico, no pude evitar tener la sensación de que Evan parecía un tanto desilusionado, quizá incluso decepcionado. ¿Conmigo? No estaba segura, pero me dirigió una mirada rara, un poquito punzante, como si hubiese algo de todo aquello que lo molestase. Yo, por supuesto, no tenía ni idea de qué le ocurría o de si tan solo era producto de mi imaginación, que aquel día parecía desbordarse más de lo habitual.

—Entonces estudiaste en Juilliard —insistí, porque la curiosidad me picaba demasiado como para dejarlo estar—. Debes de ser muy bueno si lograste entrar.

—Eso dicen —respondió con indiferencia.

—¿He dicho algo que te haya molestado?

—No. Claro que no. —Sacudió la cabeza antes de mostrarme una de sus sonrisas seductoras, borrando de un plumazo la incomodidad del momento. En ese instante, el camarero nos descorchó la botella de vino y nos sirvió en sendas copas. Evan cogió la suya, inspiró el aroma y luego se la llevó a los labios—. Está delicioso.

—Sí que es verdad. —Bebí un sorbito pequeño.

Mi móvil pitó y no pude evitar fruncir un poco el cejo al ver el nombre de mi jefa en la pantalla. ¿Cómo era posible que a las tantas de un viernes por la noche estuviese mandándome documentos que pretendía que revisase ese mismo fin de semana durante mis vacaciones anuales? Evan se recostó en el respaldo de la silla y se cruzó de brazos.

—¿Por qué no la mandas a la mierda?

—No puedo. Es mi jefa. —Era evidente.

—Es tu jefa explotadora —recalcó él.

—Ya. Pero algún día me ascenderán.

—¿Cómo estás tan segura de eso?

—Porque intento convencerme de ello, ya que de lo contrario está claro

que hubiese dejado este trabajo hace mucho tiempo. Quiero pensar que todo sacrificio tiene su recompensa. No me mires de esa forma, no soy una idealista. Esto es real.

No tardaron en servirnos la langosta. Eran enormes. Pero nunca había probado un plato tan exquisito; desde luego, no me sorprendía que Maine fuese conocido por ellas. Cada bocado era un pasaporte hacia el cielo y no podía dejar de decir *uhmmm*, y *dios mío...*

—Deja de gemir así —pidió él mientras servía las últimas gotas de la botella y le pedía al camarero que nos trajese otra más de la misma marca.

—¡No estoy gimiendo! —Me sonrojé.

—Sí lo haces. Parece que estés teniendo un orgasmo langostil.

—¿Orgasmo langostil? Ni siquiera es gracioso —repliqué.

—Pero existe. Lo has inventado tú. Será que la falta de sexo tiene este efecto secundario con la comida... —se burló cuando llegó la segunda botella.

—¿Sí? ¿Y qué efectos tiene lo contrario? Porque tampoco creo que sea sano practicar sexo día sí y día también —contraataqué, aunque no tuviese mucho sentido.

—Has bebido demasiado —bromeó—. Los efectos secundarios de tanto sexo, mi querida Laila, son mucha experiencia entre las sábanas. Te haría una demostración gratuita si no fueses tan poco... ya sabes. ¿Quieres que te rellene la copa o vas bien servida?

No respondí a lo segundo, me limité a alargar la copa hacia él para que me pusiese más vino. A esas alturas, ya había dejado a un lado mi langosta terminada y solo tenía ojos para él y para las palabras que estaban saliendo de su boca que, por cierto, mirándola detenidamente en esos momentos, me di cuenta de que debía de ser el pecado, porque nunca había visto unos labios tan apetecibles. ¿Qué me estaba ocurriendo? Respiré hondo.

—Tan poco... ¿qué? ¿Qué has querido decir?

—Tan poco atrevida —explicó sin tiento alguno.

—¡¿De qué vas?! Soy muy atrevida.

—¿En serio? Vale, retémonos.

—No sé qué quieres decir con eso.

—Es fácil. Yo te propongo algo y tú verás si eres capaz de hacerlo. Y lo mismo a la inversa. Veamos quién es más valiente de los dos. O... puedes retirarte ahora. Estás a tiempo.

A esas alturas ya estaba achispada, así que me faltó tiempo para asentir con la cabeza y asegurarle que pensaba machacarlo en aquel estúpido juego. Justo mientras terminaba de mascullar con rabia las últimas palabras, mi teléfono pitó de nuevo.

—Vale, empiezo —se lanzó él—. Mándala a la mierda.

Miré a mi alrededor, sin comprender. Allí no había nadie, solo estábamos nosotros dos en esa terraza interior acompañados por la pequeña vela a punto de consumirse.

—¿A quién? —pregunté confundida.

—A tu jefa. Es mi primer reto.

—¿Has perdido la cabeza?

—Lo sabía... Estaba claro...

—¡No puedo perder mi empleo!

—No te pido que hagas eso, tan solo que le mandes un mensaje educado diciéndole que estás de vacaciones pero que, en cuanto regreses y te incorpores, retomarás tus tareas.

Parpadeé un poquito alterada entre el vino y toda la situación. Demasiadas cosas en muy pocos días, me dije. De ahí no podía salir nada bueno, aunque debía admitir que una parte muy pequeña de mí tenía unas ganas terribles de hacer aquello, de plantarle cara de una vez por todas para que entendiese que lo que hacía era ilegal y que tenía un nombre que, en teoría, ya había dejado de utilizarse en el país desde hacía muchos años, pero que era, en concreto, *esclavitud*. Pero ¿y si me despedía?, ¿y si se enfadaba, aunque fuese injusto?

—Bien. Supongo que el juego termina aquí.

Evan se limpió con la servilleta y bebió más vino.

—Espera. Nada de eso.

Cogí mi teléfono móvil y sentí que me temblaban los dedos por la mezcla de nervios y alcohol mientras le daba a responder el último mensaje que me había mandado pidiéndome que preparase un caso ese mismo fin de semana. Escribí exactamente lo que él me había dictado minutos atrás: que eran mis días libres y que lo haría encantada cuando me incorporase nuevamente en la oficina. Luego, con un nudo en la garganta, le di a enviar.

—No me lo puedo creer... —jadeé.

—¡Joder, lo has hecho! —Me miró orgulloso.

—No es posible... Ha sido el subidón...

—Laila, cálmate. Respira hondo.

—¡Quiero recuperar ese mensaje!

—Me temo que ya está en su teléfono. Puede que a estas alturas incluso lo haya leído. —Se puso en pie y me tendió una mano para ayudarme también a hacerlo. No dijo nada antes de dejar en la mesa el dinero que ponía en la cuenta que el camarero había dejado y después cogió la botella de vino a medio acabar, dispuesto a llevársela—. Seguro que lo entenderá y, si no lo hace, solo tienes que presentar una queja en recursos humanos...

—Estoy completamente acabada.

—Venga, vámonos de aquí.

—¿Y no se suponía que tenía que pagar yo? Era uno de tus requisitos, ¿no? Que te invitase a langosta a cambio de hacerte pasar por mi novio...

Las palabras salieron un poco balbuceantes mientras nos alejábamos calle abajo por el pequeño paseo de la costa, pero él no contestó. Hacía frío y el agua golpeaba los barquitos de colores que estaban allí amarrados en el muelle. El cielo estaba lleno de estrellas brillantes. Me abracé a mí misma antes de que él se diese cuenta y volviese a darme su chaqueta.

No había nadie alrededor. Estábamos solos.

—Ahora te toca a ti. Rérame.

—Uhhmm... No sé...

—Vamos, échale imaginación.

Tenía la cabeza algo atontada entre el vino y toda aquella situación. Parecía mentira que hubiésemos llegado allí esa misma mañana, porque si me hubiesen preguntado habría respondido que hacía al menos una semana o más. Intenté pensar algo brillante...

—¡Baila a la pata coja!

—¿Qué? —Frunció el cejo.

—Eso. Baila... no sé... una canción de las Spice Girls.

—¡No me sé ninguna de sus canciones!

Evan se echó a reír mirándome alucinado.

—Está bien. Yo canto y tú bailas.

—No me lo puedo creer...

—Es mi reto —insistí, aunque en realidad no sabía de dónde había salido aquella idea tan tonta. Lo único que tenía claro en aquellos momentos era que acababa de desafiar a mi jefa por primera vez, que estaba borracha y sonriente y que el chico que me acompañaba era, definitivamente, el más guapo que había visto en mi vida. No sé cómo había conseguido ignorar todo su atractivo durante ese año; eso, o bien el vino le sentaba muy bien—. Vale, prepárate que allá voy. *If you wanna be my lover, you gotta get with my Friends...*

Riéndose, Evan intentó seguir el ritmo de la canción saltando a la pata coja. A mí me entró también la risa tonta, porque no recordaba la última vez que había estado en medio de una calle algo achispada sin la menor preocupación rondándome por la cabeza. Fue como viajar atrás en el tiempo, a esa época de la vida universitaria en la que era una chica muy diferente, mucho más arriesgada e impulsiva.

—Harás que me caiga —se quejó.

—*Make it last forever, friendship never ends...*

Evan paró de bailar cuando estaba a punto de perder el equilibrio y

respiró hondo un par de veces para retomar el aliento. Nos quedamos mirándonos sonrientes en el silencio de la noche y sentí un cosquilleo ascendiendo por mi espalda.

—Ahora me toca a mí —dijo sin apartar la vista.

—No sé si esto de los retos tiene algún sentido.

—El sentido de las cosas es lo de menos cuando sales a divertirte — contestó al mismo tiempo que daba algunos pasos hasta quedar delante de mí, muy cerca—. Un beso.

—¿Puedes repetirlo? —jadeé confundida.

—Lo has oído a la primera. Un beso, Laila. Era algo que deberíamos haber hecho hace días, en tu casa, pero sabía que te asustaría... —recalcó a propósito para desafiar a mi orgullo—. ¿Y si alguna de tus amigas empieza a sospechar al ver que no te atreves ni a rozarme...? —tanteó conforme su mano se deslizaba por mi brazo subiendo hasta mi hombro y de ahí a la barbilla, que sujetó entre sus dedos largos.

—Sí que me atrevo a rozarte —repliqué.

—No es verdad. Te encojes cada vez que te toco.

—Será porque tú eres demasiado directo.

—O porque finjo genial eso de ser novios.

—Yo también lo hago bien —contraataqué.

—Oh, sí, si fuésemos novios católicos que juraron ante Dios no entregarse el uno al otro hasta que consumasen matrimonio —se burló con una sonrisa.

—Eres idiota. Está bien, acepto el reto.

Intenté no pensar en nada antes de ponerme de puntillas para alcanzar sus labios, sobre todo porque él tenía razón y yo no quería dársela: estaba nerviosa como una quinceañera, cuando se suponía que era una mujer fuerte e independiente de veintinueve años para la que un beso tonto de nada no tendría que ser algo relevante.

—Espera, espera...

Evan me sujetó por las caderas para frenarme.

—¿Qué pasa ahora? —Me quejé.

—Me preguntaba... ¿Y si sufres un infarto al besarme?

Intenté darle un golpe en el hombro, pero él acogió mis manos entre las suyas antes de que pudiese hacerlo. No dejaba de sonreír, el muy cretino egocéntrico.

—Voy a besarte ya —concluí—. Y lo que debería preocuparte no es que a mí me dé un infarto, sino que tú no termines derritiéndote como un helado de chocolate.

—Así que te parezco tan sabroso como el chocolate.

—Cállate ya —me quejé.

Volví a ponerme de puntillas.

—Espera —repitió él alejándose.

—¡Maldito seas, Evan! Estás alargando el momento para que sea más complicado, me ponga nerviosa y me rinda, ¿verdad?, ¿es eso?, ¿lo he adivinado?

Él sacudió la cabeza y apoyó sus manos en mis hombros.

—No, solo he pensado que, ya que va a ser nuestro único beso, deberíamos hacerlo bien. ¿Qué pasa con el calentamiento? —preguntó acariciándome el cuello.

—¿Qué calentamiento?

—Ya sabes a que me refiero.

Quise contestar que no, pero en ese momento él agachó la cabeza y apoyó sus labios suaves en mi cuello, justo bajo la mandíbula, consiguiendo que soltase un gemido sorprendido de placer. Evan sonrió satisfecho. Es decir, que lo que quería era hacerme enloquecer o algo por el estilo, deduje. Pero ni siquiera me importaba, porque cuando subió lentamente por mi barbilla perdí toda capacidad de habla. De hecho, ni siquiera podía respirar. Cada vez estaba más y más cerca de mis labios...

Hasta que los rozó. Con delicadeza al principio, para luego pasar a

devorar mi boca de una manera salvaje e intensa, de una forma que me hizo jadear y rodearle el cuello con los brazos para evitar caerme al suelo cuando me temblaron tanto las rodillas que perdí el equilibrio. *Dios mío*, pensé, porque ni siquiera sabía que fuese posible besar así.

Una de sus manos estaba en mi nuca y la otra en mi mejilla. Su aliento era cálido y cada vez que hundía la lengua en mi boca sentía un escalofrío de placer. Evan besaba como si el mundo fuese a terminarse al día siguiente y yo entendí de repente por qué tantas chicas caían rendidas a sus pies y todo aquello de que tenía unos labios prodigiosos.

Inspiré profundamente cuando nos separamos.

Él me miraba con intensidad, con sus ojos más oscuros por el deseo clavados en los míos. Luego, cuando pensé que volvería a besarme, sonrió canalla.

—Y esta es una perfecta demostración de cómo debería hacerse.

—Ya. Buen ensayo —conseguí decir todavía confundida.

Me pareció que en aquel momento una tensión rara nos rodeaba. Evan sacudió la cabeza y después echó a caminar por el paseo del puerto hacia el lugar en el que nos hospedábamos. Yo lo seguí en silencio, pero con ese cosquilleo que se había desatado en mi cuerpo todavía acompañándome, no sabía si a causa del vino o de su beso, aunque estaba segura de que era por lo segundo, por mucho que me costase admitirlo.

Porque había sido uno de los besos más intensos de toda mi vida, lo que no tenía demasiado sentido cuando se suponía que Evan ni siquiera era un chico que me gustase o del que estuviese enamorada. Sin embargo, había notado una chispa, esa química que aparece cuando menos la buscas y se apodera de todos tus sentidos hasta hacerte enloquecer.

Cuando quise darme cuenta ya habíamos llegado a la recepción y subíamos las escaleras hasta la primera planta. Evan encajó la llave en la cerradura. Al entrar, seguí siendo consciente de esa tensión que se respiraba entre los dos desde el episodio del beso.

—No deberías haber pedido eso —dije.

—¿Por qué no?

Me quité su chaqueta.

—Porque es raro y ahora tenemos que dormir en la misma cama.

—¿Por un beso de nada ya estás cohibida?

Lo taladré con la mirada, porque no me había pasado desapercibido que también había habido un cambio en su actitud. Apenas habíamos hablado al regresar caminando.

—¿Lo estás tú? —repliqué—. Porque hace diez minutos estábamos jugando a esa chorrada de los retos y de repente todo parece haber cambiado.

Evan alzó las cejas y se dio cuenta de que tenía razón.

—Está bien, pues sigamos, te toca a ti.

—No. Ya basta de esta tontería.

—¿Ves? Por eso no había seguido jugando, porque sabía que harías esto.

—No le des la vuelta a la situación —me quejé.

—No lo hago. Tan solo muestro la realidad.

—De acuerdo. Te reto a que duermas en el sofá. Buenas noches, Evan.

—Ahí has estado graciosa —negó con la cabeza, sonriendo, mientras iba al minibar y se abría una cerveza a la que le dio un trago—. Yo te reto a algo mejor. Te reto a que me imites. —Y en ese momento dejó a un lado el botellín y se quitó la camiseta por la cabeza.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Prepararme para ponerme el pijama.

Nos desafiamos con la mirada. Me estaba poniendo a prueba, lo sabía. Yo sentía cómo luchaban dos partes de mí misma: la sensata, esa que solo quería coger su pijama, meterse en el cuarto de baño para cambiarse y esconder la cabeza bajo las sábanas hasta el siguiente día, y luego estaba la rebelde, que me gritaba que por una vez hiciese algo arriesgado o eso que nadie esperaría de mí, porque, además, aquella noche había sido divertida y no quería terminarla con un

sabor de boca diferente, sino vivirla al máximo.

—Está bien. Si ese es tu estúpido reto...

Me quité el vestido sin pensármelo más. Lo dejé caer hecho un revuelto en el suelo y luego Evan y yo nos miramos fijamente. Yo contemplé todos los músculos de su estómago que se contraían un poco cuando se movía. Él escaneó mi cuerpo de los pies a la cabeza, cubierto tan solo por las braguitas blancas y el sujetador del mismo color.

—Ahora te toca a ti —dijo.

¿Tiene la voz más ronca de lo habitual o solo es mi impresión?, me pregunté, pero en esos momentos estaba demasiado confundida por todo lo que estaba ocurriendo como para darle más importancia. Intenté pensar algo ocurrente, pero fallé en el último instante y dejé que la curiosidad que había sentido durante esos días se adueñase de mi cabeza.

—¿Cuál es la razón real por la que no tienes ninguna relación seria con alguna de todas esas chicas que desfilan por nuestro edificio? Quiero saberlo.

Evan no apartó los ojos de mí en ningún momento.

—Pues lo siento, pero no puedo decírtelo.

—¿Bromeas? ¿Te rindes por esto?

Vi que dudaba un segundo, pero al final asintió.

—Sí, me rindo. Tú ganas el juego.

Lo observé anonada, sin dar crédito, hasta que mi móvil pitó de nuevo y di un saltito asustada. Lo miré. Era un mensaje de mi jefa en el que decía que de acuerdo, que hablaríamos a la vuelta de las vacaciones. Así, sin amenazas ni nada de despidos, tan sencillo.

—¡No me lo puedo creer! ¡Mi jefa lo ha entendido!

Grité emocionada, dejándome llevar de nuevo por los restos del vino que llenaban mi estómago, y cuando quise darme cuenta estaba abrazando a Evan y dándole las gracias por haberme animado a escribirle esa noche y a plantarle cara...

Solo que no caí en un detalle importante.

En que apenas llevábamos ropa.

Un escalofrío de placer me atravesó al sentir su estómago duro contra el mío, nuestras pieles en contacto y sus manos grandes rodeándome la cintura y estrechándome con fuerza contra él. Evan estaba ardiendo. Todo su cuerpo era cálido. Me daba miedo abrir los ojos, porque de repente el silencio reinaba en la habitación, y cuando lo hice alzando la barbilla descubrí que él me estaba mirando con intensidad y que el azul de sus ojos se había oscurecido hasta ser casi negro. Me lamí los labios secos y él lanzó un gruñido.

—Laila... Maldita sea...

Me besó. Me sujetó el rostro entre sus manos y me besó casi con más ganas que la primera vez, como si no hubiese tenido suficiente entonces y ahora buscara todavía más. Le clavé las uñas en los hombros al tiempo que nos movíamos por la habitación torpemente, tropezando con muebles y, finalmente, con el borde de la cama en la que caímos.

Regla 9: déjate llevar.

Definitivamente, la boca de Evan era adictiva. Era la única razón que justificase el hecho de que no pudiese dejar de besarlo, a sabiendas de que hacerlo no era una idea brillante. Pero es que me sentía deseada como nunca, con sus manos recorriendo mi cuerpo solo cubierto por la ropa interior, y esa forma de ejercer la presión justa de sus labios sobre los míos para dejarme siempre con ganas de más, como si aún no lo hubiese probado del todo.

Al sentir entre mis piernas la dureza de su excitación todavía dentro de los pantalones, me estremecí de placer y de anhelo. Creo que hacía años o toda una vida que no me sentía tan excitada y sorprendida por las propias sensaciones que me atravesaban.

Sus manos encontraron rápidamente el cierre de mi sujetador. Cuando escuché el *clic* al desabrocharlo, fue como si ese *clic* también resonase con fuerza en mi cabeza.

Apoyé las manos en su pecho, frenándolo.

—Evan, no sé si deberíamos seguir.

—Debemos. Claro que debemos...

Me besó otra vez. Era tan delicioso.

—Pero esto lo complicará todo.

—No complicará nada, Laila. —Mi sujetador voló hasta el otro extremo de la habitación y sus manos acogieron mis pechos consiguiendo que soltase un gritito de placer contenido—. Solo somos dos adultos haciendo algo que desean.

—Y que fingen ser novios.

—Ahora olvídate de eso.

—Y que son vecinos —recordé—. Eso podría ser catastrófico. Oh, Dios mío, Evan, ah —jadeé cuando él acogió en su boca la punta de uno de mis pechos—. ¿Qué pasará cuando volvamos a casa, a la vida real? No estaría bien que las cosas cambiasen.

Paró durante unos segundos, como pensativo, pero luego sacudió la cabeza mientras volvía a acariciarme y una de sus manos bajaba hasta el borde de mis braguitas.

—No tiene por qué cambiar nada —dijo.

—Vale. Supongo que todo está claro...

—Deja ya de hablar —se quejó justo cuando sus dedos se internaban más allá de mi ropa interior hasta palpar mi humedad. Gemí profundamente.

—Oh, Evan. —Cerré los ojos.

—Eso. Relájate.

Y no sé qué hizo exactamente allí abajo, pero cuando su lengua me acarició entre las piernas, pensé que aquello debía de ser como estar en el cielo. Tenía la mente completamente en blanco y solo podía pensar en las sensaciones que me producía cada caricia que iba volviéndose más certera e intensa. Me aferré a las sábanas con los puños de las manos y cuando el placer me atravesó como un meteorito, grité su nombre entre jadeos.

No intenté ser sutil ni elegante ni nada de eso.

En una cosa Evan había tenido razón, todo era más fácil con él porque ya existía cierta confianza entre nosotros. Sí, incluso el sexo casual y sin compromiso incluido. No es que tuviese los mismos reparos al dejarme llevar con alguien que me había visto mil veces con mis peores pintas o en pijama tras un día largo y duro de trabajo.

—¿Ya te has relajado un poco? —preguntó con una sonrisa de idiota mientras subía por mi cuerpo dejando algunos besos en mi tripa.

—Ahora entiendo que tengas tantas citas.

Evan se echó a reír, pero dejó de hacerlo cuando mis manos se colaron por la cintura del pantalón vaquero y empezaron a desabrocharle el cinturón. Tenía la mirada encendida conforme iba quitándole la ropa. Cuando se quedó desnudo frente a mí, el deseo más primitivo me invadió. Acogí su erección con la mano. Puede que aún me durasen los restos del efecto del vino de la cena, porque nunca me había sentido tan cómoda y desinhibida con ningún lío

esporádico como con Evan. Tenía ganas no solo de acariciarlo, sino de lamerlo y probarlo, y de darle el mismo placer que él acababa de regalarme.

—En otra ocasión —dijo leyéndome el pensamiento cuando me moví para agacharme delante de él—. Porque ahora no puedo esperar más para follarte, Laila.

Volvió a besarme con esas ganas que parecían de película y cogió un preservativo de la cartera que se había caído del bolsillo del pantalón antes de colocarse entre mis piernas. Me sujetó las manos sobre la cabeza mientras nuestras bocas húmedas seguían bailando y él se iba internando lentamente en mí hasta que, de repente, me embistió con fuerza hasta el fondo. Gemí profundamente. Él cerró los ojos y luego se movió más rápido, casi de una manera salvaje, haciéndome gritar de placer y provocando que el cabecero de la cama golpease contra la pared al ritmo de sus fuertes embestidas.

—Joder, Laila... —Me mordió en el cuello justo mientras se corría gruñendo y respirando agitado. Yo estaba tan alucinada y con las emociones a flor de piel que, cuando acabamos, no me moví, sino que tan solo lo retuve contra mi cuerpo abrazándolo.

Entonces me di cuenta de que la situación podría ser rara. Más todavía que estar pasando aquel fin de semana con mi novio de pega y vecino. Más todavía que haberme acostado con él por un calentón rápido. Porque una cosa era todo eso y otra muy distinta que estuviese bien que nos quedásemos abrazados al terminar.

—Necesito... ir al lavabo... —Pude decir al final.

Evan se apartó y eché de menos momentáneamente el calor de su cuerpo pegado al mío de sus brazos rodeándome. Me puse en pie, cogí ropa interior de la maleta y mi pijama y me metí en el cuarto de baño como si todavía tuviese algo que esconder y necesitase cambiarme lejos de él. Una vez allí, nerviosa y con las piernas temblorosas tras aquel inesperado encuentro, me metí bajo el chorro de la ducha y cerré los ojos.

Creo que seguía conmocionada, porque no podía dejar de recordar lo

que acababa de ocurrir. Y es que había sido, probablemente, la experiencia más excitante de mi vida que podía recordar. No por el acto en sí, claro, sino por cómo había sucedido. Tan salvaje e intenso, como si mi cuerpo reclamase el suyo y viceversa. Un roce de su piel podía conseguir que los ojos me hiciesen chiribitas y que perdiese el control. Curiosamente, a mí *de normal* me costaba excitarme, era algo para lo que casi tenía que *prepararme*, cuando con Evan había sido al revés, un poco sintiendo el impulso de frenar antes de que se me fuese de las manos. O quizá era porque nadie antes me había embestido de esa forma, como si fuese el centro del universo en ese momento o la mujer más deseable del mundo.

Cerré el grifo de la ducha cuando acabé y me puse el pijama. Al salir, vi que Evan estaba apoyado en la ventana, mirando la noche con la cerveza que había abierto antes aún en la mano. Se había puesto por encima la ropa interior y los vaqueros, pero los llevaba sin abrochar, y los ojos se me fueron de inmediato allí y luego a su torso desnudo y brillante por el sudor tras lo que acabábamos de hacer. Noté que me sonrojaba. Y el silencio repentino no ayudaba a hacer que la situación fuese mucho más cómoda. Carraspeé.

—Esto... puedes pasar al baño si quieres...

—Ya lo veo. Gracias.

Le dio un trago a la cerveza y luego entró en el servicio. Escuché el grifo de la ducha al tiempo que apartaba las sábanas arrugadas de la cama y me metí bajo ellas. Hacía una temperatura perfecta para dormir, templada y agradable, aunque estaba segura de que me sentiría como si hubiese subido varios grados en cuanto Evan se tumbase a mi lado en la cama. ¿Cómo iba a dormir con él después de lo que habíamos hecho? Ahora solo era capaz de pensar en sus músculos flexionándose con cada embestida y en sus dientes dejándome una marca en el cuello mientras se dejaba ir con fuerza y pronunciaba mi nombre.

Cogí un libro que había traído en la maleta (que, por supuesto, estaba relacionado con el trabajo, dado que ya no tenía tiempo nunca de leer por

placer), e intenté concentrarme en vano en alguna página hasta que él salió de la ducha y se dirigió hacia la cama.

Llevaba unos pantalones cortos grises como pijama y nada más.

Se tumbó a mi lado y bostezó.

—¿Qué lees ahora?

—Un libro de leyes.

—¿Bromeas? Laila...

Me lo quitó de las manos.

—Es fin de semana, estás en la celebración de la boda de una de tus mejores amigas y esta noche acabas de salir a cenar, de beber vino y de follar conmigo. Creo que no pasará nada si dejas las cosas así sin añadir un poco de trabajo para finalizar la jornada.

—Devuélvemelo, Evan —me quejé, pero él me ignoró y lo dejó en su mesita de noche. Me abalancé hacia allí para intentar cogerlo, pero lo único que conseguí fue caer sobre su cuerpo duro y desnudo. Él me rodeó la cintura con un brazo.

Nos quedamos mirándonos llenos de tensión. En teoría debería estar resuelta después de lo que acababa de ocurrir entre nosotros hacía escasa media hora, pero no era así. Podía ver el deseo en sus ojos y sentirlo también en mi cuerpo. ¿Qué estaba pasando?

—Quiero mi libro —repetí como una niña pequeña.

—Cálmate, Laila. —Apagó la luz.

Luego se giró sin apartar su mano de mi cintura, abrazándome mientras apoyaba la cabeza en la almohada. En esos momentos yo era como una estalactita de hielo, totalmente inmóvil y congelada, intentando entender la extraña situación.

—No sé si esto es muy razonable —dije.

—¿Quieres tener ese tipo de charla ahora?

No parecía demasiado dado a ello, la verdad.

—Creo que deberíamos, Evan, antes de que nos termine estallando en la

cara. Esto que acabamos de hacer no está bien, nada bien...

—¿De verdad no ha estado bien? —bromeó.

—Sí, bien en ese sentido sí, tú me entiendes. Lo que quiero decir es que quiero que sepas que no soy una de esas chicas que pasan una noche en la cama y se enamoran de ti y luego te dejan notitas amenazantes en el buzón de casa.

—Vale, es bueno saberlo —se burló.

—Solo quería dejarlo claro.

—¿Algo más? —preguntó cansado.

—Mañana todo volverá a ser como siempre, ¿verdad?

—Sí, Laila —contestó con cierta irritación.

Volvimos a permanecer en silencio durante un par de minutos. Yo aún inmóvil con su cuerpo junto al mío y su brazo rodeándome con decisión. No podía evitar estar inquieta, porque lo lógico hubiese sido que se diese la vuelta y cada uno durmiese en su lado de la cama tras desearnos *buenas noches* y acordar ignorar lo que había pasado.

—¿No es raro que me abracés ahora?

—¿Sabes lo que me gustaría que no fuese raro? —Suspiró con cansancio, como si estuviese atacando su paciencia—. Que dejases de hablar y te durmieses —añadió.

—Es que hace mucho que no lo hago abrazada a alguien.

Creo que notó la nota de temor que escondía mi voz, porque aflojó un poco el agarre, pero no llegó a apartarse del todo. Se mantuvo pegado a mi cuerpo y entonces con su dedo pulgar empezó a dibujar formas en mi tripa, relajándome lentamente.

—Cierra los ojos y deja de pensar —me aconsejó.

—Vale. Buenas noches, Evan.

—Buenas noches.

Regla 10: no te pongas nerviosa cuando te toque.

La luz del sol penetraba en la habitación cuando abrí los ojos siendo muy consciente de que me dolía horrores la cabeza. Estaba a punto de quejarme cuando me percaté de que en esos momentos parecía un koala agarrado al cuerpo de Evan, que seguía dormido. Toda yo estaba abrazada a él. Para hacer tanto tiempo que no dormía junto a alguien, no me había costado mucho acostumbrarme e incluso tomarme ciertas licencias.

Me aparté como si quemase y Evan se despertó por el brusco movimiento. *Mierda*, pensé mientras me ponía en pie e intentaba arreglarme el pelo peinándomelo con las manos.

—Es tarde —dije sin mirarlo.

—¿A qué hora es la excursión?

—En veinte minutos, así que date prisa.

Cogí mi ropa y me metí en el cuarto de baño para cambiarme. Tenía gracia que después de lo que habíamos hecho la noche anterior ahora me diese vergüenza desnudarme delante de él, pero es que me resultaba todo demasiado tenso y raro. Me di una ducha y me vestí con unos pantalones cortos caquis y cómodos y una camiseta suelta. Se suponía que aquella mañana la familia y los amigos de los novios que habíamos ido antes a pasar con ellos el fin de semana, iríamos de excursión por la zona; en concreto, a una isla cercana en barco para visitar un pequeño faro y comer cerca de la costa.

Esa misma noche, se celebraría una fiesta en el hostel.

Y, al día siguiente, el domingo, llegarían los invitados y al medio día sería la esperada boda. Yo tenía unas ganas tremendas de que fuese esa mañana para poder acompañar a Susie mientras se vistiese. Ver a mis amigas enfundadas en su vestido de novia siempre era algo que me hacía llorar (al menos, así había sido en las bodas de Faith y Caroline).

Me miré en el espejo. Era curioso, pero en cambio no me imaginaba a

mí misma dentro de ningún vestido similar. Casi parecía una fantasía. Antes de que descubriese el engaño de Kevin había visitado alguna que otra tienda y me había probado varios modelos con una sonrisa inmensa en la cara y el corazón lleno de ilusión, pero ahora todo era distinto. Yo era una persona distinta, para empezar. Ya no tenía nada que ver con esa joven entusiasta e ilusa que soñaba con ser feliz y formar una familia, en esos momentos me bastaba con ascender en mi trabajo y lo máximo a lo que aspiraba, al parecer, era a algún que otro polvo esporádico. Por eso había querido dejárselo tan claro a Evan la noche anterior. Porque no quería que pensase que era una de esas chicas que se quedaban prendadas de él a la mínima. Me gustaba pensar que había superado esa fase en la que una está dispuesta a darlo todo por otra persona o a enamorarse en un pestañeo; ahora era mucho más práctica.

—¿Estás rezando ahí dentro o algo? Necesito mear.

Sonreí al escuchar a Evan. Sí, puede que me esforzase por ser inmune a sus encantados y que no pensase tropezar en lo concerniente a él, pero tenía que reconocer que me había hecho pasar una de las mejores noches de mi vida, que era un buen amigo, un novio de pega excepcional y, además, que me hacía reír como ningún otro chico que recordase.

—¡Ya salgo! Dame un minuto. O cinco.

—Es decir, que diez o quince, ¿no?

—Qué bien me conoces —bromeé.

Intenté arreglarme el pelo y lavarme la cara lo más rápido que pude. Apenas me puse maquillaje. Pensé que si Evan fuese un desconocido cualquiera con el que me hubiese cruzado la noche anterior, ya estaría haciendo lo imposible por salir del servicio con mi mejor cara. Pero dado que no tenía nada que esconder delante de él, no me molesté demasiado.

Cuando abrí la puerta, él estaba sentado en el sofá, bostezando. Se puso en pie. Yo tragué saliva al ver que seguía estando tal y como se había acostado la noche anterior: con los pantalones cortos de chándal y sin camiseta. Solo que al contrario que cualquier otro mortal, él estaba adorable e irresistible, aún con cara

de sueño.

Pasó por mi lado sin mirarme, como si lo de la noche anterior no hubiese ocurrido, y no sé por qué sentí un pellizco de decepción. ¿Qué me pasaba, acaso era tonta? Sacudí la cabeza. Luego lo esperé hasta que él también acabó de arreglarse y bajamos al comedor. Apenas pudimos coger un par de magdalenas para el camino antes de encontrarnos con los demás. Susie estaba tan entusiasmada como el día anterior, con la piel radiante.

—¡Me muero de ganas de ver ese faro!

—¿Por qué es tan especial? —pregunté.

—Oh, los padres de Richard se enamoraron allí.

—Qué bonito. —Suspiré, mordí mi magdalena y le eché de reojo un vistazo a Evan, que hablaba con John, el marido de Caroline. Vestía informal y ni siquiera se había molestado en peinarse y afeitarse antes de salir, pero no podía dejar de mirarlo.

—Quítale los ojos de encima que vas a desgastarlo —se burló Faith.

—Sí y, a propósito, ¿qué te pasa hoy en la cara? —preguntó Caroline mirándome con el cejo fruncido e inclinándose hacia mí mientras me metía otro buen bocado de la magdalena en la boca—. Pareces... no sé, distinta. No veo esta arruga que suele estar siempre aquí mismo —dijo señalando mi frente con su dedo índice—. ¿No opináis lo mismo, chicas?

—Habrá tenido una noche ajetreada. —Susie se echó a reír.

Me sonrojé, cuando en teoría no debería hacerlo. El problema era que la mentira inicial se estaba enredando demasiado. Lo había pensado aquella misma mañana, mientras esperaba a que Evan saliese del baño. Puesto que mis mejores amigas creían que él era mi novio, no podía contarles lo que había ocurrido la noche anterior como hubiese hecho en una situación normal. Probablemente, desde la universidad, nunca había tenido más ganas que en ese momento de compartir una anécdota referente a chicos y tenía que morderme la lengua porque no podía hacerlo. Me obligué a serenarme.

—¿Estáis todos listos? —preguntó Susie gritando.

—¡Sí! —respondimos varios al unísono.

Fuimos caminando con paso tranquilo hasta el puerto del pueblo donde nos esperaban una embarcación que los padres del novio habían alquilado para celebrar la ocasión. Evan se sentó a mi lado en el banco blanco que rodeaba uno de los dos laterales. El barco no tardó demasiado en zarpar y, aunque el movimiento mareaba un poco, resultaba tan diferente a cualquier otra experiencia que no pude evitar sonreír al contemplar las gaviotas que sobrevolaban el cielo y el mar azul que se extendía hasta el otro lado de la costa.

—Está siendo un fin de semana fantástico —musitó John.

—Ya lo creo que sí. —Caroline le guiñó un ojo a su marido, lo que me hizo sonreír. Imaginaba que hacía mucho tiempo que no se permitían los dos solos un fin de semana sin los niños cerca, así que esos dos días debían de estar siendo una especie de luna de miel.

—¿Lo pasasteis bien anoche en la cena? —preguntó Richard, con Susie abrazada a él como si fuese incapaz de soltarlo por miedo a que hiciese un *novio a la fuga* o algo así.

—Mucho —contestó Evan sonriendo. Luego apoyó la palma de su mano en mi rodilla y yo me sobresalté—. ¿No es verdad, cariño? La langosta estaba deliciosa.

—Os lo dije. Es exquisita. La mejor de la ciudad.

—Sí, Laila se puso las botas —bromeó Evan, sacándome de mis casillas, porque él sabía que todo mi cuerpo había temblado ante el roce de su mano y tenía la sensación de que me estaba poniendo a prueba a propósito. Así que me repetí una y otra vez: *no te pongas nerviosa cuando te toque, no te pongas nerviosa cuando te toque, no te pongas nervi...*

—¡Ay! —Salté cuando me dio un beso en la mejilla.

—¿Te encuentras bien? —Caroline me miró preocupada.

—Sí, ¡sí! ¡Estoy perfectamente! —contesté de un modo más efusivo de lo que pretendía para sonar normal. *Maldito Evan y su sentido de la diversión.*

—¡Mirad, ya estamos llegando a la isla!

Susie estaba emocionada. Giré la cabeza y, en efecto, vi que no faltaba demasiado para que alcanzásemos el otro lado de la costa. Eso era bueno, porque no estaba segura de poder seguir manteniéndome serena en un espacio tan reducido con Evan al lado. No sabía qué me pasaba, pero no dejaba de rememorar cada pequeño detalle de la noche anterior. Me hubiese gustado que fuese como en las películas en las que al despertarte no recuerdas apenas nada o solo unas cuantas escenas, pero para mi desgracia, lo había retenido todo nítidamente en mi traidor cerebro; desde lo alucinantes que eran sus besos hasta la sensación de placer mientras lo tenía dentro de mí, moviéndose de aquel modo tan salvaje y profundo.

Maldición.

Probablemente no olvidaría jamás el polvo de la noche anterior y me pasaría el resto de mi vida comparando a todos los hombres con los que estuviese con él. Porque además me había hecho sentir diferente, desinhibida, sin pudor, solo con ganas de recibir y dar placer, cuando a mí me costaba hasta que me viesen desnuda.

Me tendió la mano para ayudarme a bajar de la embarcación, pero intenté hacerlo sin necesitarlo, con lo que solo conseguí tropezarme en el último escalón que separaba el muelle y que tuviese que sostenerme de la cintura. Pegó sus labios a mi oreja.

—Espero que seas consciente de que te estás comportando como una niña pequeña de unos doce años. Como sigas así, empezarán a sospechar.

Me aparté de él y corrí detrás de mis amigas. No sabía qué me ocurría, sencillamente me resultaba difícil estar cerca de él, más que antes de saber cosas sobre su pasado o de acostarnos juntos, claro. Todo hubiese sido mucho más fácil de haber dejado las cosas tal y como estaban; cuando solo era ese vecino pasota que comía pizza y veía el fútbol.

Mientras dábamos un paseo por los alrededores, intenté quedarme cerca de mis amigas y evitar las punzantes miradas de Evan. Visitamos el faro poco después y Susie estuvo a punto de ponerse a llorar conforme sus suegros

relataban el día que se habían conocido allí mismo por mera casualidad. El sitio era encantador y tenía un aire mágico.

—Yo supe que era mi media naranja en cuanto la miré —dijo el padre de Richard mientras rodeaba a su esposa por los hombros—. Ella se hizo más de rogar.

—Papá, esa historia otra vez no... —protestó el futuro novio.

—Por eso estamos aquí, ¿no? Para celebrar el amor —insistió el hombre—. El caso es que trabajaba en el faro durante los veranos como ayudante y un día cualquiera ella apareció en la puerta pidiendo auxilio porque se había torcido un tobillo al saltar entre las rocas buscando un colgante que se le había perdido. Fue así de fácil. En cuanto la miré a los ojos, supe que sería especial para mí. Esas cosas sencillamente ocurren.

—No es que sea lo más normal —insistió Richard.

—Ya lo sé. Por eso tuve que conquistarla poco a poco —respondió su padre orgulloso mientras su mujer se sonrojaba y ponía los ojos en blanco.

Estuvimos un rato más viendo el viejo faro antes de salir de nuevo. El aire cerca de la costa era fresco, incluso un poco frío a pesar del sol radiante de aquel día. Yo llevaba sin mirar a Evan toda la mañana y lo peor de todo era que sabía que él tenía razón y que me estaba comportando como una niña, pero no podía evitarlo, incluso aunque con mi actitud tan solo hiciese más grande el problema. Lo único que deseaba era que llegase el momento de la boda, ver a Susie cumplir su sueño con el hombre que quería y después volver a la seguridad de mi hogar y de mi trabajo. Las cosas con Evan se calmarían pasado un tiempo, cuando volviese a ser testigo del desfile de chicas paseando por nuestro rellano; entonces, volveríamos a ser esos dos vecinos con una relación cordial de amistad y yo olvidaría lo que sus manos y sus labios eran capaces de hacer entre las sábanas.

—¿Qué hacemos ahora antes de comer? —preguntó Caroline—. A mí me apetece tomar un té bien frío, ¿hay alguna cafetería aquí cerca?

—Sí, está a medio kilómetro de aquí —explicó Richard—. Nosotros

tenemos que ir a ver a unos amigos que se unirán a la comida y que viven en la isla, pero podemos encontrarnos allí en... ¿una hora, aproximadamente? —Miró su reloj de pulsera.

—Por mí, perfecto. —Faith asintió.

Nos despedimos de Susie, Richard y sus respectivos padres antes de tomar direcciones distintas, pero, a medio camino, Evan me sorprendió cogiéndome del codo y digiriéndose al resto del grupo con una sonrisa tranquila y serena.

—Os alcanzamos en seguida, vamos a bajar a la costa un momento. Laila quería sacar unas fotografías del sitio —mintió con una facilidad pasmosa.

—Claro, ahora nos vemos. —Caroline nos despidió.

De modo que lo seguí porque era eso o tener que ponernos en evidencia delante de mis amigas discutiendo con él. Evan tiraba de mi mano con dirección hacia la zona de la costa. El olor del mar era inconfundible. Cuando paramos delante de la orilla, evité mirarlo y centré la vista en las olas furiosas que golpeaban al llegar a tierra.

Lo escuché resoplar a mi lado con indignación.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—¿Yo? —repliqué—. Nada. Eres tú...

—Laila, sé sincera. Acordamos que lo que pasó anoche no cambiaría nada y yo estoy cumpliendo con mi parte del trato, ¿no es verdad?

—Cumplir con tu parte del trato no debería incluir tocarme así...

—¿Cómo? —Frunció el cejo, cruzado de brazos.

—Pues ya sabes, así como en el barco. Me pones nerviosa.

—No sabía que ahora teníamos que fingir delante de tus amigas que acabábamos de romper, pero me lo anoto. Intentaré no mirarte siquiera, tal como tú haces.

Evan se dio la vuelta y empezó a caminar por la orilla. Lo miré de reojo. Estaba guapísimo sin peinar, con el viento revolviendo su pelo oscuro. Ojalá resultase menos atractivo, así sería todo mucho más fácil; pero allí en la playa,

casi parecía estar a punto de ponerse a rodar un anuncio de perfume de Hugo Boss. Maldito Evan.

Corrí tras él, porque sabía que llevaba razón.

—¡Lo siento! —admití—. Es que no es fácil para mí. Quiero decir, que no estoy acostumbrada a eso de acostarme con alguien y luego fingir que no pasa nada. Y no pienses algo raro, tan solo es porque me hace sentir incómoda, como cohibida.

Evan se dio la vuelta para mirarme.

El azul de sus ojos era igual que el del mar.

—Yo creía que éramos adultos —dijo.

—Y lo somos. Solo es que ha sido todo muy precipitado. Ya sabes, el anuncio de la boda de Susie, lo de llevar acompañante, lo que ocurrió ayer... Es como si mi cabeza no pudiese asimilar tantos cambios, pero te prometo que voy a intentar llevarlo mejor.

—Está bien. ¿Amigos? —Me tendió una mano.

—Amigos. —Se la estreché, pero no pude ignorar que, a diferencia de las otras veces en las que nos habíamos tocado meses atrás, en ese momento sí sentí un escalofrío atravesarme y ponerme la piel de gallina.

Luego, sin mediar palabra, dimos un paseo por la costa. Nos quitamos los zapatos y cerré los ojos con satisfacción al sentir el agua fría bañándome los pies en la orilla. Volví a sentirme cómoda al lado de Evan, relajada. Cuando nos sentamos en la arena un rato más tarde, me concentré en las piedrecitas de colores que había alrededor, tocándolas con el dedo.

—Este lugar es precioso —dije.

—Sí que lo es. ¿Habías estado antes aquí?

—No. Pero ahora creo que volveré algún verano, quizá de vacaciones.

—Moví la cabeza para mirarlo. Evan tenía la vista fija en el mar y el viento le sacudía el pelo—. ¿Y tú?

—¿Si he estado aquí? —Yo asentí—. Sí, hace años.

—No lo sabía. ¿Viniste por turismo?

—Sí. Con ella. Una escapada rápida.

—Ah. —Eso fue todo lo que dije.

Vi entonces un poco de nostalgia en sus ojos y entendí que quizá Evan no había aceptado tan solo ser mi acompañante en aquel viaje por diversión, sino porque puede que el lugar fuese especial para él y se tratase de una excusa que se decía a sí mismo para permitirse recordar aquello. Y al pensarlo, un sentimiento horrible me invadió, porque una parte oscura de mí sintió envidia. Envidia porque si hubiese sido la novia de Evan, hubiese intentado hacer las cosas distintas. Si hubiese encontrado un hombre que lo quisiese todo conmigo (una familia, un futuro, una vida juntos...), habría luchado para intentar seguir adelante con él. Sobre todo, cuando era más que evidente que él aún seguía queriéndola.

—No la has olvidado del todo, ¿verdad?

Evan me miró sorprendido, luego molesto.

—¿Has olvidado tú a Kevin?

—Sí. Me costó, pero lo hice.

—Lo mismo te digo.

—Es solo que en tu caso es diferente —insistí—. En el mío fue más fácil, por mal que suene. Me decepcionó tanto que tan solo era cuestión de tiempo desear eliminarlo de mi vida definitivamente. Pero tú en cambio... vosotros os queríais.

—Quererse no lo es todo a veces —contestó.

—¿Pero aún lo haces?, ¿la echas de menos?

Evan se pensó las palabras durante unos segundos. Había algo que me gustaba de él y que nunca me había parado a pensar antes y era el hecho de que podía ser de muchas maneras cuando lo tenía cerca; podía mantener una conversación profunda o más intensa con él y también divertirme o bromar, o sencillamente permanecer callada.

—Sí, siempre la querré, pero no como crees, tan solo porque fue una persona importante para mí y me quedo con su recuerdo —contestó—. Pero no

la echo de menos. Lo único que a veces echo de menos... —Noté que le costaba más hablar—. Es lo que teníamos. Esa vida. También al bebé que estaba por llegar. Y cómo me sentía entonces.

—¿La idea de ser padre? —adiviné.

—Sí. Lo deseaba de verdad. Y cuando lo perdimos, no solo sufrió ella, pero tenía la sensación de que no podía permitirme llorar o flaquear cuando en realidad era lo único que deseaba hacer. Pero no importa. Ya todo quedó atrás.

—¿Y ahora has renunciado a ese tipo de vida?

—Algo así, no exactamente. Ya veremos.

No le insistí más, pero cuando su mano encontró la mía tampoco me aparté. Así que nos quedamos un buen rato en silencio contemplando el mar y cogidos de la mano. Curiosamente, no fue incómodo, sino al revés, casi deseé que aquel momento durase mucho más y que no tuviésemos que ir a la comida que habían preparado ni levantarnos de allí.

Pero cuando lo hicimos, Evan volvió a mostrarse como siempre, sonriente y animado, con esa máscara que solía llevar a todas horas. Me rodeó por los hombros.

—Entonces, ¿preparada para volver a fingir?

—Creo que sí —admití sonrojándome.

—¿No saltarás como una langosta si te toco?

—¡Yo no salto como una langosta!

—No, cierto, lo haces como una gamba.

—¡Evan! —Le di un codazo entre risas.

Fuimos caminando hasta la cafetería en la que ya estaban todos reunidos y, de ahí, pusimos rumbo al restaurante. Durante toda la comida, permanecí absorta intentando no mirar embobada a Evan, que estaba enfrente de mí, pero cada vez que él hablaba me encontraba pendiente de sus palabras, a la espera de poder descubrir algo más que aún no conociese sobre su pasado o sus gustos o sus planes de futuro...

Definitivamente, estaba jugando con fuego.

Regla 11: sigue el instinto de tus amigas.

Para esa noche, decidí ponerme una minifalda que en otra ocasión no me hubiese atrevido a usar y una blusa blanca que dejaba a la vista un escote con forma de corazón. Había cogido un poco de color y algunas pecas resaltaban en mis hombros, así que no me maquillé demasiado, tan solo lo justo para ocultar las ojeras por lo poco que había dormido el día anterior (sí, volví a sonrojarme al recordar el qué —o con quién— había estado tan ocupada), y metí en un bolsito de mano un poco de bálsamo labial antes de salir.

Había quedado con mis amigas un rato antes de la cena, mientras Evan se había ido con los hombres a jugar unas partidas al billar o algo por el estilo en un local del centro.

—¿Dónde has comprado esa falda? —me preguntó Faith.

—Las rebajas pasadas. Imposible encontrarla ya —dije.

Y desde entonces, no la había estrenado hasta esa noche, lo que reflejaba bien lo básica y aburrida que era mi vida. Aquellos días lejos del trabajo, de mi jefa y de mi pequeño apartamento me habían hecho darme cuenta de que puede que me estuviese cerrando demasiado y quizá había llegado la hora de reinventarme de nuevo. Además, había descubierto que con mi jefa lo que necesitaba era mostrarme dura y segura, en lugar de flexible y conformista a la mínima de cambio. Y todo eso gracias a cierto chico...

—Cuatro mojitos para empezar —pidió Susie al camarero.

—*Para empezar*, dice la que mañana se casa —bromeó Faith.

—Por eso mismo, hoy mando yo. Y exijo que, como no tengo despedida de soltera oficial, al menos esta noche nos divirtamos todo lo posible. No me importa aparecer en la boda con alguna que otra ojera de más, ¡me sacrificaré por el grupo!

Todas nos reímos mientras nos servían los mojitos.

Caroline alzó su copa en alto y sonrió.

—¡Por nosotras! —gritó.

—¡Por las mejores amigas!

—¡En lo bueno y en lo malo!

Yo permanecí callada mientras entrechocábamos nuestras copas, pensando en que en realidad la amistad era eso, pero que les había fallado tan solo por mi tonto orgullo. Vale que llevar a Evan conmigo me había librado de tener que escucharlas a todas horas quejándose de que no salía lo suficiente, o de que debía relacionarme más, o de que ahí fuera estaría esperándome mi príncipe azul, pero ni siquiera eso justificaba mi mentira.

—Por cierto, Laila, Evan es fantástico. —Caroline miró a las demás—. ¿Verdad, chicas? —Ellas asintieron—. No sé qué esperábamos cuando nos dijiste que habías conocido a alguien, pero creo que ninguna imaginábamos que sería un tipo como él.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté.

—Pues... que pensamos que sería más estilo Kevin.

—Es decir, estilo *tío aburrido y trajeado que se las da de listo a todas horas* —añadió Susie.

—No recuerdo que Kevin os pareciese exactamente así.

No sé por qué me sentí violenta en ese momento, como si tuviese que defender al hombre que me había roto el corazón y había lanzado mi futuro por los aires. Nos sirvieron un segundo mojito cuando nos terminamos la ronda del primero. Las chicas se miraron entre ellas mientras el camarero iba recogiendo las copas y dejando las siguientes.

—Nunca nos gustó demasiado —admitió Faith en susurros—. Pero lo aceptábamos porque tú lo querías, estabas enamorada de él...

—Sí, pero a veces era insoportable. Sobre todo, cuando se ponía a presumir constantemente de su trabajo como si fuese lo único importante del mundo o el futuro presidente del país. Mira Evan, estudió en Juilliard y no necesita ir restregándose a todos cada cinco minutos como si eso lo definiese —explicó Caroline.

—Yo no lo recuerdo así —me quejé bajito, aunque un poco de razón quizá sí que tenían, porque Kevin era en general presumido. Sin embargo, cuando salía con él, estaba tan cegada por las mariposas que me hacía sentir en el estómago, que hasta ese pequeño defecto suyo me resultaba adorable a ratos. En realidad, nunca le saqué pegos a nada.

—Tienes que admitir que era algo pedante.

—Puede ser... —Sorbí por mi pajita.

—Y en cambio Evan es divertido, humilde y me derrito cada vez que veo cómo te mira con esos ojitos azules. —Susie dejó escapar un suspiro soñador.

—¿Qué?

Se me escapó sin querer.

Desde luego, sí que debía actuar bien Evan si hasta mis amigas pensaban que me miraba de *un modo especial*. Sacudí la cabeza, con un nudo incómodo en la tripa por toda esa situación. Las mentiras, lo insegura que me sentía hablando con ellas de él...

—Quiero decir —me aclaré la garganta—, que no me mira de ninguna forma especial. Solo hace poco más de dos meses que nos conocemos. Queremos ir despacio.

—¿Despacio? —Caroline arqueó una ceja—. Ese chico estaría dispuesto a pedirte matrimonio mañana mismo si tú no estuvieses diciendo tonterías. ¡Venga, ya, Laila! Si es incapaz de quitarte los ojos de encima; siempre está pendiente de ti, incluso cuando está hablando con mi marido o alguna otra persona, te observa de reojo.

—Y se le cae la baba —corroboró Faith.

—A mí me parece adorable. —Susie sonrió.

Era oficial: o estaban hablando de otro Evan o tenía como vecino al próximo ganador de un premio de la academia del cine. Por suerte, Caroline cambió de tema cuando empezó a relatarnos los últimos avances de sus hijos y el rato prosiguió entre risas, pero no podía quitarme la culpa de encima mientras

nos poníamos al día, rememorando anécdotas de la universidad y dejando atrás un mojito tras otro. En algún momento, estábamos tan hambrientas por culpa de la bebida, que pedimos algunas hamburguesas y patatas fritas para picar sin esperar a que llegasen los demás, así que nos pusimos las botas y seguimos riéndonos entre copas.

No sé cómo ocurrió, pero acabamos subiéndonos al escenario en el que al día siguiente tocaría la orquesta de la boda y en el hotel nos pusieron un karaoke lleno de canciones de los ochenta y los noventa, entre otras. Íbamos tan achispadas que a todas nos pareció una idea fabulosa. Así que cantamos sin parar haciendo el tonto hasta que aparecieron los demás y se quedaron mirándonos alucinados. Evan me sonrió desde abajo.

Sonaba *Mamma mia*, de *Abba*, y yo estaba dándolo todo.

Allí en el escenario junto a mis amigas en un pueblo perdido en la costa de Maine, pensé que ojalá la vida fuese siempre igual de fácil, sencilla y divertida.

Cuando bajamos de allí, subió el padre del novio junto a unos amigos dispuestos a sustituirnos en nuestra gran hazaña. Yo dejé que Evan me envolviese entre sus brazos, porque en esos momentos el calor de los mojitos me animaba a buscar aquello que deseaba y porque, a fin de cuentas, me dije, era su misión hacer de novio modelo.

—¿Quieres picar algo? ¿Ya has cenado?

—Sí, pero no diría que no a más patatas.

—Pues vamos —dijo cogiendo mi mano.

Entramos en la zona del restaurante del hotel y Evan pidió una hamburguesa con la excusa de que pudiese quitarle las patatas de guarnición. Él cenó como un rey mientras me miraba de reojo y yo me chupaba la sal de los dedos sin molestarme en disimular. De fondo, se escuchaban los cánticos que seguían fuera, en el jardín donde mañana sería la boda.

—¿Te lo estás pasando bien? —me preguntó.

—Sí. Mucho. Ha sido divertido... Estar con las chicas siempre lo es.

—¿Entonces por qué dijeron que llevabas dos meses sin quedar con ellas antes de lo de la boda de Susie? —preguntó mientras se limpiaba con una servilleta y se preparaba para comerse el mousse de chocolate de postre que le habían servido.

—Porque estaba ocupada. Ya sabes, el trabajo.

—¿No podías ausentarte dos horas al mes?

Me encogí de hombros. Sí, hubiese podido hacerlo de haber ordenado mis prioridades, pero en ese momento estaba cegada y no veía nada más allá.

—La cuestión es que ahora estoy aquí.

—¿Quieres un poco de chocolate?

—Mmmm, sí. —Me relamí.

—Por Dios, no hagas eso.

—¿Pedir mi ración de chocolate?

—No, el gesto porno.

—¡Yo no hago gestos porno!

Me reí como una histérica, pero estaba feliz, contenta allí con Evan cenando sabiendo que las personas que más quería estaban cerca, al otro lado de la puerta. Y cuando me quedé mirándolo como una tonta fijamente, me di cuenta de que en el fondo sí deseaba que aquello que fingíamos fuese real. Pero también supe entonces que Evan nunca sería mío, porque una parte de él pertenecería siempre a la chica que le rompió el corazón y al bebé que perdió. Ahora era otra persona diferente; alguien que no buscaba ataduras, que no quería nada más. Yo también era distinta después de lo de Kevin: había dejado de creer en ese amor puro y romántico que te retuerce y ya no estaba cegada como antes, cuando ni siquiera era capaz de darme cuenta de los defectos de la otra persona.

—¿Y ahora por qué me miras así?

—No te miro de ninguna manera.

—Sí, lo haces como si fuese ese mousse.

—Te lo tienes demasiado creído, Evan.

Él me sonrió mientras me levantaba con dificultad.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—Al servicio. Pis —dije.

Lo bueno de saber que nunca existiría nada serio entre él y yo era que podía ser todo lo sincera que no me permitía con otro hombre al que quisiese impresionar; como, por ejemplo, decirle eso mismo, que iba a hacer pis. Si fuese una cita normal, habría comentado que *me disculpase un momento, que volvía enseguida*. Me reí al pensarlo al tiempo que entraba en el baño y me miraba al espejo. Tenía el maquillaje un poco mal y el cabello algo alborotado, pero tampoco me importaba demasiado. Me metí en uno de los cubículos y me bajé la falda.

El problema vino después.

Cuando intenté subirla.

¡Maldita sea!, mascullé tirando sin éxito al descubrir que la cremallera se había atascado. Pero no, no había manera de conseguir que subiese de nuevo. *Mierda*. Lo intenté de todas las maneras posibles, pero nada. Pasados cinco o diez minutos, llamaron a la puerta exterior del baño y la voz de Evan se coló dentro de los servicios.

—¿Todo va bien, Laila? —preguntó.

—¡Sí! Quiero decir... ¡no! No va bien.

—Vale... Voy a entrar —contestó.

Abrí la puerta de mi cubículo cuando él entró y puso el pestillo a la principal del servicio. Tenía los extremos de la corta falda sujetos entre los dedos y estaba a punto de echarme a llorar de frustración. Puede que los mojitos ayudaran a que dramatizase un poco, pero él no pudo evitar sonreír al ver mi cara de lástima.

—Creo que he roto la cremallera.

—A ver, déjame echarle un vistazo.

—No sé... Quizá deberíamos llamar a una de las chicas...

—Laila, te recuerdo que anoche te vi desnuda.

Y con ese razonamiento cesó toda discusión al respecto. El se agachó a

mi lado y cogió la cremallera cuando solté la tela. Intentó subirla sin mucho más éxito del que yo había tenido. Mientras lo hacía, sus dedos rozaron la piel de mi costado y no logré contener un estremecimiento leve que él notó. Se quedó quieto unos segundos, aún de cuclillas delante de mí y, entonces, apoyó su otra mano en mi muslo y yo me sujeté al lavabo para no caerme al suelo ante el temblor que me sacudió. Sabía que no estaba siendo casual. No podía ser casual esa manera de tocarme tan intensa que casi quemaba. Se puso en pie lentamente, dejando un rastro en mi piel desde la rodilla hasta más arriba con sus manos, que ahora seguían en mi cintura sin ejercer presión, como si fuese un gesto más, uno amistoso.

—Me temo que la cremallera ha muerto.

—Eso suponía —contesté mirándolo.

—Así que... deberíamos salir de aquí...

—Sí. Eso tenemos que hacer —asentí.

Pero entonces se me cruzaron los dos cables que tenía sueltos aquel fin de semana en mi cabeza y sin ser consciente ni de lo que estaba haciendo, me puse de puntillas, le rodeé la nuca con una mano y lo besé con firmeza, nada de un contacto dudoso, sino directo y sensual. Evan se quedó parado unos segundos antes de responder con la misma vehemencia. Sus manos me palparon sobre la ropa como si fuese una rehén de la policía.

—Dios mío, Evan —gemí alterada.

—Shh, no hagas ruido.

—¿Por qué...?

Pero entonces lo entendí. Evan se colocó a mi espalda, me levantó la falda que había ocasionado aquel peligroso encuentro y me miró desde atrás a través del enorme espejo que estaba sobre los lavabos. Lo siguiente que sentí fueron sus dedos entrando en mí y, poco después, él mismo se hundió con fuerza entre mis piernas, rodeándome la cintura con las manos y embistiéndome contra el mármol del mueble del baño.

Era sin duda la escena más erótica que había vivido en toda mi vida.

Podía ver nuestros rostros llenos de placer y deseo a través del espejo mientras él se movía cada vez más deprisa, casi con urgencia. Me temblaron las piernas cuando el orgasmo se precipitó y Evan me tapó la boca con una mano para evitar que gritase. Creo que le mordí mientras me dejaba ir sin pensar en nada, solo viviendo aquel instante lleno de lujuria, tan primitivo e intenso que era incapaz de ser consciente de que estábamos haciéndolo en el baño del restaurante y que en cualquier momento alguien podría llamar a la puerta.

Evan hundió el rostro en mi cuello y se dejó ir poco después.

Nos quedamos en silencio un minuto intentando recuperar el aliento hasta que él se apartó y tiró a la papelera el preservativo antes de subirse los pantalones sin dejar de mirarme todavía con las pupilas dilatadas y el rostro contraído en una mueca indescifrable. Se quitó la camisa blanca que llevaba y me la tendió tras bajarme la falda.

—Átatela alrededor mientras subimos a la habitación.

—Vale. —Apenas me salía la voz.

¿Qué acababa de ocurrir? No estaba segura. Solo sabía que había sido como una fuerza imparable y tentadora, exactamente igual que la noche anterior, porque cuando su cuerpo rozaba el mío sentía que saltaban chispas y que cualquier atisbo de sentido común volaba por los aires de repente. Me convertía en una chica distinta.

Regla 12: recuerda que no todo es lo que parece.

Conseguimos esquivar a mis amigas antes de colarnos por la escalera que conducía hacia las habitaciones. Evan tiraba de mí cogiéndome de la mano y era una sensación deliciosa. Cuando logramos entrar en la suite y cerrar la puerta, nos miramos en silencio y, un minuto después, volvíamos a estar el uno en los brazos del otro, devorándonos y besándonos como si fuese la primera vez que lo hacíamos.

Le quité la ropa a tirones y él hizo lo mismo conmigo. Terminamos en la ducha, los dos dentro de la bañera. Él encendió el agua, que arrastró el sudor del momento que acabábamos de vivir en los baños de abajo. Pero era como si aún no tuviésemos suficiente. Palpé con las manos su cuerpo duro y musculoso, fijándome en lo perfecto que era ante mis ojos justo antes de alzar la barbilla para mirarlo.

—Dime qué es lo que deseas —dije.

—Laila... —Gimió cuando acaricié su erección con la mano, que volvía a estar dura contra su estómago, como si no hubiésemos terminado de follar como salvajes hacía tan solo diez minutos. Ya no recordaba lo que era desear así a otra persona.

—Pero quiero que me lo digas.

—Ponte de rodillas —susurró con los ojos brillantes.

Me encantó escuchárselo decir y que hundiese los dedos en mi pelo mientras me agachaba delante de él y acogía su erección con la boca. Él respiró profundamente cuando lo acaricié con la lengua y mis movimientos se volvieron más profundos y rápidos. Nunca había sentido tanto deseo al darle placer a otra persona, pero ver cómo me miraba con la mandíbula tensa era más de lo podía soportar. Me levantó por los hombros cuando dijo que no podría aguantar mucho más y, alzándome una pierna en alto, se hundió en mí con fuerza.

Cuando terminamos cinco minutos más tarde, agitados y temblorosos,

nos dejamos caer en la bañera. Evan puso el tapón mientras el grifo la iba llenando. Me abrazó, acogiéndome entre sus brazos y contra su pecho, y me dio un beso en la cabeza.

—Es una locura lo que me haces —dijo.

—Esta vez... la última... —Giré la cabeza para mirarlo de reojo un poco nerviosa al recordarlo—. Lo hemos hecho sin preservativo.

—Lo sé. He perdido el control.

—Pero terminaste fuera.

—Sí. Y nunca... no he estado con nadie así. Siempre uso protección, te lo prometo. Desde, bueno, ya sabes, desde ella —aclaró con la voz ronca.

El agua ya nos cubría casi todo el cuerpo, así que apagué el grifo y nos quedamos allí tumbados tan solo disfrutando del silencio de aquel momento. Aunque pronto perdí la concentración y empecé a pensar y a darle vueltas a la cabeza, lo que tratándose de mí nunca solía traer nada bueno. No podía parar de rememorar ese *desde ella*, porque tenía la sensación de que él aún seguía pensando en esa chica a menudo y, sin tener razones, eso me molestaba un poco. Era como un leve pinchacito incómodo que sentía de vez en cuando.

Y por otra parte me había prometido que no sería otra muesca más del cabecero de Evan, pero ¿qué tenía de malo disfrutar de un fin de semana de sexo y desenfreno? A fin de cuentas, ya habíamos roto el pacto la noche anterior. ¿Qué más daba un poco más? Él estaba acostumbrado a eso y yo podría llevarlo bien cuando regresásemos.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó.

—En nada. Mis cosas. La falda rota —mentí.

—Venga, que ya nos conocemos, Laila.

Me incorporé despacio para girarme y mirarlo cubriéndome los pechos con las manos. Él estaba relajado, tumbado y apoyado en la pared de la bañera. Guapísimo. Maldita sea, ¿por qué tenía que ser tan irresistible? Con esos hoyuelos perfectos...

—Hemos vuelto a meter la pata —dije.

—¿A qué te refieres? —Frunció el cejo.

—A esto. Prometimos que sería solo una noche y lo hemos incumplido, pero no importa. Empezaremos desde cero. Podemos hacerlo. A partir de mañana, volveremos a ser amigos y vecinos. —Sonreí felizmente—. Esto no significa nada.

Una mueca surcó su rostro y luego se puso en pie y salió de la bañera. Vi cómo cogía una toalla blanca y se la anudaba alrededor de la cintura.

—¿Evan? ¿A dónde vas? —pregunté confusa.

—Necesito... un poco de aire... —musitó.

Parpadeé sorprendida mientras él salía del baño y me dejaba allí sola con mis pensamientos e inquietudes más alterados que nunca. Sin comprender a qué se debía esa actitud rara, aproveché el momento de soledad para calmarme después del deseo ardiente que nos había consumido a los dos abajo y al llegar a la habitación. Me enjaboné el cuerpo y me lavé el pelo antes de quitar el tapón y que el agua empezase a irse por el desagüe.

Al igual que él, me cubrí con una toalla y salí.

Evan estaba apoyado en el alfeizar de la ventana mirando el exterior. El cielo era completamente negro a esas horas de la noche, pero se veían estrellas y la luna redonda.

Me acerqué despacio, pero dejando una distancia entre nosotros. Puede que fuese instintivo o que notaba que él necesitase que no me aproximase más.

—¿Qué te pasa, Evan? —pregunté dudosa.

—¿De verdad quieres saberlo? —replicó.

—Claro que sí. Puedo ayudarte... sea lo que sea...

Parpadeó y lanzó un suspiro antes de girarse hacia mí.

—¿Cómo puedes estar tan ciega, Laila?

—No sé de qué estás hablando... —dudé.

El rostro de Evan reflejaba un montón de emociones intrincadas. Tenía la mandíbula tensa, sus seductores labios estaban apretados y en sus ojos podía leerse una decepción que no alcanzaba a comprender, porque en esos momentos

me sentía como si me encontrase delante de uno de esos crucigramas que no sabes resolver.

—No puedo seguir con esto, lo siento.

—¿Qué quieres decir? —Lo seguí.

Evan empezó a vestirse. Se puso primero los pantalones y luego revolvió en su maleta en busca de una camiseta con la que cubrirse el pecho. Yo lo observaba anonadada, sin dar crédito a qué era lo que había dicho o hecho mal. Hacía tan solo unos minutos estábamos en la bañera disfrutando de un rato delicioso juntos y ahora él parecía enfadado por algo de lo que ni siquiera era remotamente consciente. Así que decidí plantarle cara. Me paré delante de él con los brazos cruzados antes de que pudiese seguir buscando una camiseta que ponerse en el armario de la habitación. Lo miré a los ojos.

—¿Qué te pasa, Evan? Porque no entiendo nada.

—Eso es más que evidente, Laila —resopló.

Se pasó una mano por el pelo húmedo, despeinándose. Incluso pese al enfado y la confusión, en ese momento me pareció terriblemente irresistible, con la mirada encendida.

—Me pasa que ya no soy capaz de fingir más.

—Pero, Evan... —Sacudí la cabeza, confusa.

—Me pasa que esto se me ha ido de las manos.

—Ya hemos acordado que no significa nada.

—Y me pasa que estoy enamorado de ti. Que llevo meses enamorado de ti —aclaró, mirándome fijamente a los ojos—. Que no puedo soportar seguir escuchando eso que acabas de decir sobre que *no significa nada*; pensaba que podría llevarlo mejor, pero... no.

Parpadeé alucinada. Podrían haberme dicho que la luna era cuadrada como un dado que en ese momento me hubiese sorprendido mucho menos. Ni siquiera me salían las palabras. Evan sacudió la cabeza y pasó por mi lado rozándome el hombro para ir a coger la camiseta del armario que terminó poniéndose por la cabeza en un segundo.

Reuní todas mis neuronas para decir lo siguiente:

—¿Te estás quedando conmigo? ¿Es eso?

—¿Es todo lo que tienes que decir, Laila?

Evan no se reía. Yo estaba esperando que en cualquier momento lanzase purpurina al aire y gritase: *¡has picado, tonta!* Pero, conforme los segundos iban pasando, tuve la sensación de que no iba a ocurrir. Entonces, ¿qué?, ¿qué significaba todo aquello? Estaba tan desconcertada que lo único que conseguí fue seguir empeñada en lo mismo...

—Si es una broma, no tiene gracia —insistí.

—Joder, Laila. ¿Tengo pinta de estar gastándote una broma? —gruñó enfadado mientras recogía sus cosas en la maleta de malas maneras. Yo nunca había visto a Evan así, tan serio y con tanta tensión en sus hombros cada vez que movía los brazos.

Resoplé, sujetándome con fuerza la toalla a mi alrededor.

—Pues perdona que me cueste creer algo así, pero te recuerdo que eres el vecino que se pasea cada semana con una chica diferente por mi rellano. ¿Y encima te ofendes porque dé por hecho que te estás quedando conmigo? No me hagas reír.

Evan se frotó la cara con cansancio y terminó de cerrar la cremallera de la maleta antes de erguirse en toda su altura y mirarme desde arriba. Estábamos muy cerca.

—Voy a ser muy claro, así que escúchame bien porque no suelo repetir las cosas que me cuesta decir en voz alta. —Cogió aire sin dejar de mirarme—. Me gustaste desde la primera vez que te vi. Recuerdo que el día que nos presentamos estabas llena de pintura porque acababas de mudarte y habías decidido pintar el salón tú sola. Me pareciste irresistible con ese peto de cerezas que llevabas puesto y la cara manchada...

—Evan. —Él me silenció con la mano.

—Y me esforcé por conocerte durante los siguientes meses, tontear contigo... ese tipo de cosas que hace un chico cuando se ha quedado pillado por

una chica. Hasta que entendí que no ibas a fijarte en mí, porque estabas demasiado ocupada con tu trabajo y tus ideas preconcebidas sobre las personas. Así que intenté olvidarte. Y sí, reconozco que lo intenté con muchas mujeres, pero ¿qué más daba? A ti no parecía importarte.

—No es posible... —gemí.

—Ya te lo dije hace unos días: *a veces el corazón es testarudo*. Pero me conformé con limitarme a ser tu amigo y ya está. Solo que cuando surgió esto... lo de acompañarte a la boda y fingir que era tu novio, pensé que podría ser una buena idea. Me la sudaba el fin de semana de vacaciones y la langosta, Laila —dijo cansado y entonces recordé que, en realidad, la noche que fuimos a cenar langosta había pagado él, algo que ni siquiera entendí en su momento—. Lo único que quería era tener la oportunidad de estar contigo, de algo más... Y pasó. Pero pareces empeñada en quitarle importancia. Creí que podría seguirte la corriente y darte un poco de espacio hasta que te dieras cuenta de que en realidad hay algo entre nosotros, algo real, pero soy incapaz de fingir durante más tiempo... Lo siento.

Vi cómo cogía su maleta. Me miró una vez más, como esperando a que dijese algo, pero tenía la garganta completamente cerrada y el cerebro entumecido. Era incapaz de pensar en nada. En esos momentos, ni siquiera sabía cuánto eran dos más dos. Cuando Evan contempló mi nula reacción ante sus palabras, se dirigió hacia la puerta.

Balbuocé entonces algo sin mucho sentido.

—Evan... no sé... no sé qué decir...

—Ya. Mejor no digas nada.

—Es que, ha sido tan imprevisto...

Abrió la puerta, pero se giró una última vez antes de marcharse. El azul de sus ojos estaba brillante cuando los clavó en los míos, dejándome paralizada.

—Y a propósito, tengo el puto canal por cable. Tan solo utilizaba como excusa lo de ver los partidos de fútbol en tu casa para poder pasar un rato contigo de vez en cuando.

Luego salió de la habitación y de mi vida.

Regla 12: la cobardía no sirve para nada.

No sé cuánto tiempo me quedé parada como una tonta en medio de la habitación con la toalla en torno a la cintura mientras seguía con la mirada clavada en la puerta que él había cerrado con un golpe antes de marcharse. Era como si tuviese la mente en blanco, pero, al mismo tiempo, llena de caos. Me senté en la cama al notar que me temblaban un poco las piernas ante todas las emociones vividas en esa semana tan intensa de mi vida.

Mi madre siempre solía decir que la percepción del tiempo era muy relativa según qué estuviese ocurriendo a tu alrededor, y tenía toda la razón. Porque sentía que hacía mucho tiempo desde que todo aquello había comenzado, pero el problema era justo ese, que no era cierto, tan solo una ilusión, y no estaba preparada para asumir de golpe tantas cosas en tan pocos días; sobre todo cuando, normalmente, mi vida era plana y sin contratiempos. Una sucesión de semanas similares que se resumían en ir y volver del trabajo, seguir adelantando cosas en casa, hacer la compra y adquirir algún capricho online o quedar de vez en cuando con mi vecino de enfrente para una noche de pizza y televisión...

Noté que se me humedecían los ojos al pensar en Evan.

No podía creer lo que había dicho.

Que estaba enamorado de mí.

¿Cómo era posible? No lo hubiese imaginado ni en un millón de años. Incluso después de escuchar sus palabras seguía existiendo esa pequeña duda dentro de mí.

Estaba paralizada. Una parte de mí quería correr tras Evan como en las películas y gritarle que en el fondo también era consciente de que lo que había ocurrido durante esos días entre nosotros era *algo más* que un simple revolcón, porque era innegable que mi piel reaccionaba ante el contacto de la suya y que un montón de mariposas se agitaban en mi estómago cuando cruzaba una mirada con él. Pero otra parte, tenía miedo. Sobre todo, porque desde la primera vez que

me encontré con él, lo taché de mi lista de *posibles candidatos* y porque aún me costaba creerme de veras que Evan pudiese llevar meses enamorado de mí. Y luego estaba Kevin, todo lo que había pasado años atrás con él seguía siendo una mancha oscura y fea que a menudo me hacía desconfiar y ver lo peor de las personas que tenía a mi alrededor. Ya sabía que no era justo compararlos, pero el temor seguía ahí, porque la idea de que volviese a ocurrirme algo similar me aterraba como pocas cosas y era innegable que Evan atraía las miradas de las chicas allá donde íbamos. Aún recordaba cómo la dependienta de esa tienda de ropa se le había echado encima cuando fuimos a comprar el traje la semana anterior para asistir a esa boda a la que ya no me acompañaría.

Me enjuagué los ojos y busqué algo de ropa limpia cuando empecé a enfriarme. Luego miré de reojo mi móvil, pensando en si mandarle un mensaje, pero ni siquiera sabía qué escribirle y el miedo seguía pesándome en el estómago. *Si esto le hubiese ocurrido a Susie, pensé, seguro que ya se hubiese lanzado de cabeza y sin frenos, a lo loco, dispuesta a vivir la vida al máximo.*

Al acordarme de ella, cogí el teléfono.

Espero que estés feliz. Mañana es tu gran día.

Descansa, seguro que todo irá bien.

Besos, Laila.

Me acurruqué en la cama con el pelo aún húmedo e incapaz de dejar de pensar en él, en sus palabras. Abracé la almohada, aunque no tenía nada que ver con la sensación de la noche anterior, cuando había dormido pegada a su cuerpo, con sus manos rodeándome la cintura. *Es demasiado bueno para ser real*, me repetí intentando convencerme de que no estaba dejando escapar al amor de mi vida. Lo malo es que acto seguido recordé los días que habíamos pasado juntos, lo divertido que era todo a su lado, lo mucho que me contagiaba su buen humor y optimismo a pesar del doloroso pasado que él arrastraba, mucho peor que el mío. Lo cómodo que era estar con él y lo bien que me sentía pudiendo

mostrarme tal como era, en pijama, despeinada y sin maquillar, sencillamente relajada.

Y cómo me hacía el amor... Ni siquiera sabía hasta ese momento que el sexo podía ser tan alucinante e intenso. No podía ni imaginar cómo sería tener eso siempre, a diario. Probablemente alguien tendría que arrancarme de la cama para obligarme a trabajar.

Pero ¿qué más daba? Lo había dejado marchar.

Mi teléfono pitó y lo cogí.

No puedo dormir, ¡estoy tan nerviosa!

¿Nos vemos en el jardín de atrás en cinco minutos?

Sonreí entre lágrimas y le contesté que sí antes de levantarme para limpiarme con un pañuelo. Luego cogí una cazadora y me la puse por encima antes de salir de la habitación. Hasta ese momento, ni siquiera me había planteado que tendría que confesarles a mis amigas toda la verdad sobre Evan. Estaba la opción de seguir con la farsa y decirles que habíamos roto por una discusión y que no podría acompañarme al día siguiente... pero era incapaz de continuar adelante con eso. Así que me preparé para afrontar ese momento.

Susie ya estaba sentada en un banco de piedra cuando llegué a los jardines. Me sonrió antes de apartarse para dejarme un hueco a su lado, donde me refugié.

—Siento haberte hecho venir —dijo—, pero necesitaba algún tipo de distracción. No dejo de pensar en la boda y en todo lo que podría salir mal.

—Todo irá genial, Susie.

Le sonreí, pero en lugar de devolverme la sonrisa, ella arrugó la frente y me miró fijamente antes de sacudir la cabeza. Por desgracia, conocía bien ese gesto. El mismo que hacía cada vez que se percataba de algo o se fijaba en algún detalle concreto.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

—Yo... —Me froté las manos.

—Vamos, Laila, no me preocupes.

—Es sobre Evan. Tengo algo que contarte.

—Oh, no me digas que habéis discutido... —Se llevó una mano al pecho—. Peor aún, ¿habéis roto? —Abrió mucho los ojos—. Dime qué ha pasado.

—No es nada de eso. No exactamente. Verás, es una historia un poco rocambolesca, pero, en resumen, Evan no es mi novio. Nunca lo ha sido.

—¿Qué quieres decir?

—Que es mi vecino. Solo que le pedí que me acompañase a la boda porque no quería aparecer sola y no, no hubo ningún chico misterioso que conociese dos meses atrás. No hubo nada, porque teníais razón, estoy tan centrada en el trabajo que no tengo tiempo para conocer a nadie y estos días lejos de mi jefa casi me siento como si me faltase un brazo o algo así.

Susie parpadeó confundida sin dejar de mirarme.

—¿Puedes empezar desde el principio?

Entonces lo hice. Se lo conté todo con pelos y señales. Mi propósito de encontrar un hombre que pudiese pasar conmigo el fin de semana, que Evan se ofreciese a asumir ese papel, lo que fui descubriendo sobre él durante los últimos días y la noche del viernes, cuando fuimos a cenar juntos y por un tonto juego acabamos besándonos y haciéndolo salvajemente en la habitación. También todo lo que vino después. Mi insistencia a la hora de recalcar que *aquello no significaba nada* y su actitud cada vez más rara y tensa antes de que todo saltase por los aires hacía tan solo unas horas, cuando hizo su maleta y se marchó.

Susie me miraba alucinada, con los ojos muy abiertos.

—Dios mío, sí que estás siendo una distracción, sí...

—Siento haberos mentido. Me he sentido horrible. Pero la idea de ser la única que apareciese sola también me hacía sentir igual, aunque sé que no debería.

—Puedo entender eso, Laila.

—Es solo que tras lo de Kevin tengo la sensación de que el mundo ha seguido avanzando mientras me he quedado atascada en ese punto. No he vuelto a tener ninguna relación seria y larga. Además... —Me mordí el labio inferior, indecisa.

—Di lo que sea que estés pensando —insistió Susie.

—Se suponía que mi vida iba a ser así, como lo que ahora tienen Faith o Caroline. Lo que tú también estás construyendo junto a Richard. En teoría, fui la que antes se asentó en pareja e iba a ser la primera en casarme, lo tenía todo planeado, tan idílico...

Susie me miró con compasión antes de rodearme por los hombros con un brazo y acariciarme la espalda de arriba abajo con dulzura. No se escuchaba nada más alrededor.

—Cielo, es que la vida por desgracia no se puede planear siempre. Ya sabes, surgen contratiempos y desvíos, pero en ocasiones son para mejor. Sinceramente, me alegra que te librases de Kevin, por mucho que tú pensases que todo era perfecto, porque no era cierto. Kevin no te miraba como lo hace Evan. Y era egoísta e idiota...

Evan. Evan. Evan. Sacudí la cabeza para intentar dejar de pensar en él y en sus ojos azules, así que volví atrás con la esperanza de cambiar de tema y evitarlo un poco más.

—Os he mentido —repetí.

—No importa. Las chicas lo entenderán cuando se lo cuentes mañana —se adelantó antes de que pudiese explicarle mi preocupación—. Nosotras tampoco deberíamos haberte presionado para que te relacionases más, es solo que queremos verte feliz. Como lo estabas este fin de semana. Mira, puede que todo empezase como una farsa, pero es evidente que Evan siente algo por ti. La pregunta es, ¿qué sientes tú?

Me miré las palmas de las manos. El estómago me dio una sacudida. El corazón se me aceleró de golpe. Noté que me faltaba un poco el aliento. Eso solo al pensar en él.

—El problema no es solo lo que siento...

—¿Entonces cuál es, Laila? —preguntó.

—Lo que podría llegar a sentir con el tiempo.

—No te sigo. —Sacudió la cabeza.

—Porque Evan es perfecto y llevo mucho tiempo esforzándome por ser inmune a sus encantos, pero si bajo la guardia tengo el presentimiento de que acabaría loca y profundamente enamorada de él. Y eso me da miedo, porque entonces podría hacerme daño.

Susie me miró aguantando una sonrisa.

—¿Y? Richard también podría hacerme daño a mí. O yo a él. O tú a Evan. De hecho, es evidente que ya se lo has hecho. Él se ha arriesgado y ha salido perdiendo...

—No, no es lo mismo.

—Sí que lo es. Puede que a ti Kevin te engañase, pero eso es algo que puede ocurrirnos a todos cuando decidimos abrirnos a otra persona. Y cada uno de nosotros tiene sentimientos e inseguridades, no solo tú, Laila.

Pensé en ello. Recordé el rostro tenso de Evan mientras se marchaba de la habitación tras decirme que en realidad tenía televisión por cable y que todo aquel año había estado fingiendo que no tan solo para pasar un rato conmigo algún fin de semana. Recordé lo que le había ocurrido años atrás: una vida idílica también truncada de la noche a la mañana por el azar del destino. Y sin embargo había vuelto a poner en riesgo su corazón a cambio de intentar conquistar el mío. Yo, por el contrario, había sido una tonta, quedándome mirándolo en silencio, balbuceando, incapaz de retenerlo antes de que se fuese...

Sí, puede que lo intentásemos y saliese mal.

Pero ¿y si salía bien? ¿Y si podíamos ser felices?

Lo único que tenía que decidir era si estaba dispuesta a descubrirlo, aunque eso supusiese darle mi corazón en bandeja o si prefería mantenerlo a buen recaudo y seguir viviendo días grises y preguntándome qué hubiese ocurrido de no ser tan cobarde.

—Creo que he cometido un error.

—Desde luego que sí —corroboró ella.

—Y creo que Evan me gusta mucho...

—Eso no hace falta que lo jures. Llevas todo el fin de semana con cara de tonta mirándolo sin parar. —Susie se echó a reír—. Por cierto, se me han ido los nervios.

—Me los habrás pasado todos a mí.

—Eso parece. —Nos sonreímos.

Regla 13: en el amor hay que arriesgar.

Diez minutos antes de que diese comienzo la boda, todas estábamos de los nervios. Susie estaba empeñada en que llevaba demasiado colorete, Caroline le sujetaba el velo, Faith se comía un bollito de nata (le entraba hambre por la ansiedad) y yo intentaba mantenerme serena a pesar de que, después de confesarle anoche toda la verdad a Susie y más tarde aquella mañana a mis amigas, no podía dejar de pensar en Evan y en qué me depararía el destino cuando la celebración de aquel día llegase a su fin a última hora de la tarde.

Aunque apenas había pegado ojo, hice un esfuerzo por mostrar mi mejor cara cuando la música dio comienzo y la novia se dirigió hacia el altar acompañada por nosotras, sus tres damas de honor, y una niña encantadora sobrina de Richard que iba lanzando pétalos rojos y blancos de rosas. Todos los invitarnos prorrumpieron en *ohhh* y *está preciosa* mientras íbamos atravesando el pasillo en el jardín entre las dos hileras de sillas blancas.

Richard estaba esperándola con una sonrisa en la boca tan grande que parecía iluminar todo el lugar. Cuando el recorrido terminó y Susie se colocó a su lado, vi por el rabillo del ojo que él le limpiaba con el pulgar algunas lágrimas que se le habían escapado y que amenazaban con arruinar su maquillaje, pero que, en ese momento, ya daba igual.

La ceremonia dio comienzo. Leyeron sus votos, se cogieron de las manos, se colocaron los anillos, se sonrieron y se prometieron que estarían siempre juntos en lo bueno y en lo malo. Y en ese momento mientras los contemplaba emocionada con Caroline agarrada a mi brazo, me reafirmé en que Susie había tenido razón durante la conversación que mantuvimos la noche anterior. El amor de verdad suponía arriesgar. No había otra alternativa y, para hacerlo a medias, casi era mejor no intentarlo siquiera.

Con eso en la cabeza, disfruté del resto del banquete junto a mis amigas. La comida estaba deliciosa, la música era alegre y divertida, y los novios se lo

pasaron en grande.

—¿Qué haces todavía aquí? —me preguntó Susie cuando paró de bailar un rato después de llevar toda la tarde dando vueltas por el jardín de un lado a otro.

—Es tu boda, ¿dónde iba a estar?

—Pues en tu coche, de camino a la ciudad.

—En busca de ese chico al que has dejado escapar —añadió Caroline, como si fuese algo de lo más evidente—. Y, por cierto, al final de todo, la realidad es que nosotras teníamos razón. Te miraba como un tonto enamorado y se le caía la baba en cuanto te veía.

Me sonrojé, para disfrute de mis amigas que se echaron a reír.

—Venga, va, márchate ya —insistió Susie—. Pero más te vale que nos mantengas al tanto de todo lo que ocurra.

—Y ni se te ocurra faltar a la comida del próximo mes —amenazó Faith.

—No lo haré, lo prometo. Venid aquí. —Las abracé a las tres como cuando éramos jóvenes en la universidad y luego nos separamos mirándonos sonrientes en aquel día tan especial. Susie estaba radiante de alegría y yo di las gracias por tener unas amigas tan increíbles que ni siquiera se habían molestado conmigo por haberles mentido.

Media hora más tarde, todavía con el vestido rojo que había llevado a la boda y que había propiciado varios piropos, monté en mi coche y puse rumbo a Boston de nuevo, esta vez sola. Eché en falta la presencia de Evan a mi lado, con su permanente buen humor, seguramente poniéndome a prueba intentando cambiar la emisora de radio.

Eso me hizo recordar la conversación que habíamos mantenido antes de emprender el viaje, en el sofá de mi apartamento mientras comíamos pizza.

—¿Qué podemos tener tú y yo en común?

Evan frunció entonces el cejo y chasqueó la lengua antes de alargar la

mano hacia mí y colocarme tras la oreja un mechón de cabello. No sé por qué tonta razón ese gesto hizo que me estremeciese, pero noté una pequeña sacudida en respuesta.

—¿Acaso hacen falta? El amor no es así. La química. El sexo. A veces es más importante una sencilla mirada que un montón de teoría vacía. —Lo dijo con la voz ronca, sin apartar sus ojos de los míos.

Y había tenido toda la razón.

No se trataba de que nos gustase la misma música o que trabajásemos en el mismo sector o que coincidiésemos siempre en la película que escoger al ir al cine, sino que era algo mucho más complejo y a la vez sencillo que todo eso: lo bien y seguro que uno se sintiese junto a la otra persona, con independencia de todo lo demás.

Pensé en todas las señales que Evan había ido dejando y me reproché de nuevo haber estado tan ciega, tan perdida en mi mundo y en mis miedos como para darme cuenta.

—Entonces, ¿después de ella no has vuelto a tener ninguna relación seria?

—No.

—¿Por eso? ¿Porque te rompió el corazón?

Evan resopló negando con la cabeza, burlón.

—O porque no he encontrado a la indicada.

—Me cuesta creerlo.

—¿Por qué?

—Porque dado el historial de conquistas que pasan por tu casa cada mes, cualquiera pensaría que es una cuestión de probabilidad.

—Supongo. Pero a veces el corazón es testarudo.

—¿Qué has querido decir con eso?

—Nada. —Miró su reloj—. Deberíamos irnos ya.

Y ahora no podía dejar de ver todos esos detalles.

Como en esa ocasión en la que no quiso mentirme, porque, al parecer, la verdadera razón por la que no había tenido una relación seria con ninguna de esas chicas, era por mí:

—¿Cuál es la razón real por la que no tienes ninguna relación seria con alguna de todas esas chicas que desfilan por nuestro edificio? Quiero saberlo.

Evan no apartó los ojos de mí en ningún momento.

—Pues lo siento, pero no puedo decírtelo.

—¿Bromeas? ¿Te rindes por esto?

Vi que dudaba un segundo, pero al final asintió.

—Sí, me rindo. Tú ganas el juego.

O después, mientras seguía empeñada en poner barreras...

Luego se giró sin apartar su mano de mi cintura, abrazándome mientras apoyaba la cabeza en la almohada. En esos momentos yo era como una estalactita de hielo, totalmente inmóvil y congelada, intentando entender la extraña situación.

—No sé si esto es muy razonable —dije.

—¿Quieres tener ese tipo de charla ahora?

No parecía demasiado dado a ello, la verdad.

—Creo que deberíamos, Evan, antes de que nos termine estallando en la cara. Esto que acabamos de hacer no está bien, nada bien...

—¿De verdad no ha estado bien? —bromeó.

—Sí, bien en ese sentido sí, tú me entiendes. Lo que quiero decir es que quiero que sepas que no soy una de esas chicas que pasan una noche en la cama y se enamoran de ti y luego te dejan notitas amenazantes en el buzón de casa.

—Vale, es bueno saberlo —se burló.

—Solo quería dejarlo claro.

—¿Algo más? —preguntó cansado.

—Mañana todo volverá a ser como siempre, ¿verdad?

—Sí, Laila —contestó con cierta irritación.

Cuando llegué a casa, tenía la sensación de que por fin todas las piezas habían encajado en mi cabeza y de que tenía sentido. No era una ilusión. Evan realmente sentía algo por mí y yo me moría de ganas por empezar a tener una nueva vida junto a él y darnos a los dos esa segunda oportunidad que nos merecíamos. Porque de repente la idea de poder llegar a casa después del trabajo y saludarlo con un beso antes de dejarme caer en el sofá a su lado, me parecía lo más apetecible del universo, por sencillo que pudiese parecer algo tan cotidiano.

Sin embargo, al llamar a su puerta nadie respondió. Tampoco cuando toqué el timbre por segunda ni por tercera vez. Pero, cuando entré en mi casa, descubrí que la luz de su cocina estaba encendida y entendí que Evan ya no quería verme.

Regla 14: todo vale, da igual lo ridículo que sea.

Ni siquiera había tenido la oportunidad de arriesgarme antes de llevarme de pleno un bofetón en la cara. Hacía casi una semana desde que había regresado tras la boda y todavía no había podido ver a Evan, por irónico que fuese teniendo en cuenta que vivía apenas a unos metros de distancia, ya que su puerta estaba enfrente de la mía.

Pero no. Ni rastro de él. ¿La mala noticia? Que sabía que estaba en casa, porque a veces veía el reflejo de la luz encendida de su cocina desde mi salón. ¿La buena noticia? Que tampoco había visto a ninguna chica desfilando por nuestro rellano y debía admitir que había estado pendiente, encontrándome a mí misma mirando por la mirilla de la puerta como una pirada de manual. Cosa que no habría hecho si él hubiese sido razonable.

Pero al parecer apenas había encendido el móvil esos días y, si lo había hecho, había ignorado los mensajes que le mandé pidiéndole que hablásemos y preguntándole si podíamos vernos. Nada. Ninguna respuesta. Y yo me había consolado comiendo helado de avellana durante toda la semana, entristeciéndome al pedir pizza para mí sola en lugar de la doble ración habitual y viendo la televisión con la esperanza de que las horas pasasen más rápido y para no cometer la misma ridiculez de dejarle una chocolatina delante de la puerta de casa, tal como había terminado haciendo el día anterior (aunque ya no había rastro de ella).

Susie estaba en su luna de miel, pero Caroline y Faith me llamaban a menudo para interesarse por *La misión*, como habíamos decidido llamar al acto de espiar a Evan. No había tardado demasiado en suponer que él salía de casa o bien muy temprano o bien cuando yo me marchaba a comprar o hacer algún recado. Me sentía como una niña pequeña que había tenido un caramelo a su alcance y lo había dejado escapar tontamente.

Y no podía dejar de pensar en él y en cómo era estar a su lado, sentir su

cuerpo cálido junto al mío o anhelar el siguiente comentario divertido que me sacaría una sonrisa.

Cuando el teléfono sonó, me abalancé hacia el aparato.

—¿Diga? —pregunté alterada.

—Soy yo —contestó Caroline—. Solo quería saber qué tal iba *La misión* y, sobre todo, cómo estabas tú. Mira, he estado pensando y es cierto que Evan es genial, pero si al final permite que le pierda su orgullo y te deja escapar, ya se arrepentirá, ya...

—No sé hasta cuándo piensa estar evitándome.

—Es lo que más les pierde a los hombres —siguió Caroline con su diatriba mientras yo me ponía en pie y me acercaba hacia la ventana del salón—, el dichoso orgullo. Se abrió del todo en un segundo y, probablemente, luego se cerró como una ostra. Ellos son así, muy de blancos y negros. Nosotras somos todo lo contrario, le damos vueltas a las cosas...

Entrecerré los ojos cuando vi a un chico saliendo del portal con una guitarra colgada del brazo. Era inconfundible, con su pelo oscuro revuelto, la barba de un par de días, los vaqueros desgastados y una mano metida en el bolsillo con despreocupación.

—Caroline, tengo que dejarte.

—Pero, cielo, escúchame...

—¡Creo que lo he visto!

Y sin más, colgué, cogí las llaves y bajé corriendo las escaleras. Solo cuando salí de casa y me fijé en las miradas de la gente que me rodeaba, caí en la cuenta de varias cosas:

1. Llevaba un pijama de unicornios.
2. Mi pelo era como una fregona.
3. Calzaba zapatillas de andar por casa.
4. Había restos de helado en mi pijama.

Pero, lo más curioso de todo eso, es que no me importó. En otro momento de mi vida, habría dado media vuelta para regresar a mi apartamento

avergonzada y, sin embargo, en ese instante solo tenía ojos para la espalda del chico que se alejaba calle abajo, ajeno a mi ridículo. Sin perder ni un minuto más, corrí tras él atrayendo más miradas.

—¡Evan! ¡Evan, espera! ¡EVAN!

Se giró a la tercera, aunque estaba segura de que me había oído desde el principio. Tardó una eternidad en frenar y casi más en darse la vuelta. Cuando me miró, levantó las cejas sorprendido, recorriéndome con la vista de la cabeza a los pies.

—¿Qué estás haciendo, loca? —Parpadeó.

—¡Yo... tenía... que... alcanzarte! —resoplé.

—Laila, vas en pijama —recalcó, como si no fuese evidente teniendo en cuenta que tenía un montón de unicornios estampados y una capucha a juego con cuerno incluido.

—Ya lo sé, ¡pero es que me evitabas todo el rato! —Me quejé alterada, sin ser consciente de que algunas personas habían dejado de caminar y nos observaban con curiosidad. Gesticulé con las manos, intentando hacerme entender, porque de repente estaba más nerviosa que un flan agitado y las palabras se me trababan—. Necesitaba hablar contigo.

—Y yo preferiría no hacerlo.

—¿Por qué? —pregunté con un hilo de voz.

Creo que hasta en ese momento nunca me había fijado en el azul de sus ojos bien y era el color más luminoso y asombroso que había visto en mi vida. Estaba demasiado guapo aquella mañana y yo parecía una boba prendada esperando que dijese algo más...

—Porque ya sé lo que vas a decirme y no hace falta, Laila, de verdad. Entiendo que no soy exactamente tu tipo, creo que lo has dejado bien claro durante todo este tiempo y si vas a proponerme lo de que *seamos amigos*, me temo que ahora mismo no es el momento, quizá podamos intentarlo más adelante, ¿de acuerdo?

Lo miré sorprendida porque siguiese pensando que no sentía nada por

él. Aunque, por otra parte, tenía lógica teniendo en cuenta que lo único que había hecho ante su declaración esa noche en la habitación de hotel había sido balbucear o repetir *no sé* hasta la saciedad como si ese fuese todo mi vocabulario. Había dado por hecho que Evan estaría al tanto de mis sentimientos sin caer en que me había esforzado por fingir delante de él todo lo contrario. ¿Por qué iba a pensarlo siquiera? Agité la cabeza, presa de los nervios mientras aquel grupito de gente me miraba desde la acera de enfrente, y decidí lanzarme al vacío del todo, sin pensar en las consecuencias. Arriesgar a lo loco y sin frenos.

—No lo estás entendiendo, Evan. Siento algo por ti.

Él se quedó parado, sin apartar sus ojos de los míos.

—La semana que pasamos juntos fue la mejor que puedo recordar desde hace mucho tiempo y nunca... nunca me había sentido con un hombre como contigo cuando me tocabas... —Me sonrojé, consciente de que se alzaron algunos murmullos entre el público que teníamos a esas alturas—. Eres divertido y bueno e inteligente. Me da igual que no te guste la música pop, ni que prefieras la pizza con pepperoni ni que siempre sepas cómo sacarme de quicio cuando quieres retarme, porque lo importante es que cuando estoy cerca de ti me siento feliz. Sigue dándome un poco de miedo que me hagas daño, no voy a mentirte, pero quiero intentarlo. Dame una oportunidad, Evan. ¿Qué me dices?

—Laila... —Inspiró profundamente.

¡Dile que sí!, gritó de repente una mujer desde la otra acera. *¡Hazlo, aunque sea por las pintas que lleva!*, añadió otra voz con sorna. *¡Vamos, bésala!*, insistió una mujer.

Evan me miraba fijamente de un modo intenso.

—Si eso es un no, creo que debería irme... —dije, porque empezaba a ser consciente del sentido del ridículo estando en plena calle con el pijama de unicornios y el pelo revuelto. Y porque de repente tenía unas ganas terribles de ponerme a llorar.

—Ven aquí —gruñó él antes de posar su mano en mi nuca y que sus

labios chocasen con los míos con fuerza. Gemí sorprendida, sujetándome de sus hombros. Se escucharon vítores de aquellos que habían sido testigos de, probablemente, la declaración más patosa del mundo. Pero lo importante era que había cumplido su propósito y allí estábamos, besándonos en mitad de una acera ajenos a todo lo demás que nos rodeaba.

Comprendí que hay cosas por las que vale la pena tanto arriesgar como ponerse en ridículo; sobre todo, si esa *cosa* tenía los labios más seductores que había visto en mi vida, un sentido del humor fascinante y una mirada que me hacía perder el sentido.

EPÍLOGO

—¿Lo tienes todo preparado?

—Creo que sí, ¿has cogido el chupete?

—No, ¡demonios! Espera aquí, ahora vengo.

—¡Y de paso pillas otra muda de ropa por si acaso!

—¡Vale! —contestó Evan mientras desaparecía dentro del apartamento antes de salir poco después con una bolsa grande de viaje, a pesar de que tan solo íbamos a pasar algunas horas fuera. En concreto, en un pequeño trocito de bosque que habíamos decidido que fuese testigo de aquel momento tan especial que llevábamos años posponiendo.

Y la razón de tantos retrasos en lo referente a nuestra boda, era la niña de un año y medio que él colocó en la sillita del coche diez minutos más tarde, antes de sentarse frente al volante. Ash, nuestra hija, que había llegado casi por sorpresa y había cambiado nuestras vidas completamente, pero que era lo mejor que teníamos y que habíamos hecho juntos.

—¿Preparada? —Evan me sonrió antes de darme un apretón en la rodilla.

—Sí. ¿Y tú? Nada de huir cinco minutos antes de la boda eh —bromeé.

—Intentaré no hacerlo. —Me guiñó un ojo y le di un manotazo.

Luego avanzamos por la carretera entre canciones infantiles. Ni pop ni rock, al final todo había sido mucho más sencillo: Ash llevaba el mando en cuanto a las decisiones.

Cuando Evan me pidió matrimonio ocho meses después de que nos diésemos una segunda oportunidad en esa calle llena de gente (aún me reconocían algunos vecinos por lo de ese día y me llamaban *Miss Unicornio*), le dije que sí entre gritos histéricos y luego hicimos el amor como locos encima de la alfombra de mi salón. El anillo que me regaló era perfecto, sencillo y pequeño, como a mí me gustaban, con un aire *vintage* que le daba personalidad.

El caso es que durante la velada estuve tan ocupada admirando mi sortija y dándome un revolcón tras otro con él mientras nos terminábamos la botella de vino que habíamos abierto para cenar, que olvidé que no me había tomado la píldora y, el resultado, fue Ash.

De modo que cuando unas semanas más tarde me desperté vomitando y me hice la prueba de embarazo que dio positivo, supe que íbamos a posponer la boda. Pero no me importó, porque estaba feliz y, cuando le conté a Evan la noticia, estuvo a punto de ponerse a llorar antes de besarme y abrazarme con tanta fuerza que tuve que pedirle que me soltase. Y eso que el plato fuerte llegó cuando Ash nació. Todavía recuerdo el rostro emocionado de Evan mientras sujetaba a su hija en brazos y me miraba lleno de amor y gratitud.

Luego el siguiente año y medio había pasado volando.

Yo había dejado mi trabajo después de que me exigiesen sin muchos rodeos prescindir de mi baja maternal y, por suerte, terminé encontrando un puesto en otro bufete de prestigio que sí trataba bien y valoraba a sus empleados.

Evan seguía dando clases particulares y, gracias a la flexibilidad de su horario, nos organizábamos bien para no tener que llevar a Ash a la guardería hasta que fuese más mayor.

—Creo que somos los últimos en llegar a nuestra propia boda —dijo mientras aparcábamos a un lado de una caseta de madera de aquella zona de bosque protegida.

—Probablemente —admití.

En efecto, casi todos los invitados estaban allí cuando aparecimos. No eran muchos, solo los más cercanos; mis padres y los suyos, la hermana de Evan, nuestros amigos y algunos conocidos con los que queríamos compartir aquel momento tan especial.

—¿Preparada? —Evan me tendió una mano.

—Sí, siempre tú también lo estés.

—Entonces vamos.

Avanzamos juntos hasta la pequeña capilla rodeada por una enredadera

que había al final del prado, dejando atrás a los invitados. Evan llevaba a nuestra hija en brazos, que no dejaba de balbucear y de soltar grititos, haciéndonos reír. Y así es como nos casamos, los tres juntos entre las personas que más queríamos. Sonreí al ver a mis amigas Caroline, Susie y Faith al lado de mis padres y Evan chasqueó los dedos delante de mi cara.

—¿Qué pasa? —pregunté aturdida.

—Ahora es cuando se supone que tenemos que besarnos.

Se escucharon algunas risitas de fondo, lo que me recordó a ese día en el que me declaré ante él en medio de la calle. Me puse de puntillas y me incliné hacia Evan hasta rozar sus labios, momento que mi hija aprovechó para intentar arrancarme del pelo la pequeña diadema de flores que me había puesto esa mañana antes de salir, a juego con un vestido sencillo y vaporoso de color crema. No me importó. Seguí besándolo...

El párroco que oficiaba la ceremonia también se rio.

—Yo os declaro marido y mujer.

Oí aplausos de fondo y le rodeé a Evan el cuello con los brazos mientras sonreía feliz, porque así era como me sentía a su lado cada día, y porque me di cuenta de que la única regla que vale en cuestiones del corazón es que... no hay reglas.

FIN.

NOTA DE LA AUTORA:

Me preguntáis a menudo cómo podéis enteraros de las fechas de salida y estar al tanto de todas las novedades.

Podéis encontrarme en Facebook o Instagram con mi nombre, allí os aviso de todos los proyectos que voy haciendo y anuncio portadas y sinopsis. Muchas gracias por leerme.

Serie Seduciendo...



Todas las de la serie Magazine...

*La chica que
soñaba con
un anillo*



Olivia Kiss

*La chica
de los
deportes*



Olivia Kiss

*La chica
y la
bestia*



Olivia Kiss

*La chica
que perdió
su zapato*



Olivia Kiss

*La chica
que quería
ser princesa*



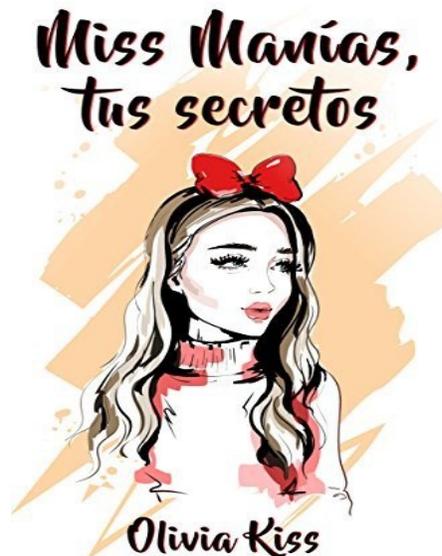
Olivia Kiss

Miss Manías, tus secretos

Tricia está harta de los reportajes poco serios que le mandan hacer en la cadena de televisión donde trabaja: desde ir vestida de animadora hasta terminar cubierta de tarta en las fiestas locales. Quiere sentirse valorada y comunicar noticias importantes. O al menos en eso piensa cuando conoce a Dexter en un bar, tras uno de los últimos encargos de su jefa. Claro que, en ese momento, todavía no sabe que Dexter no es un hombre más, sino el futuro protagonista de todos los informativos del país.

Cuando sale a la luz que la empresa dirigida por Dexter está metida en un buen lío a causa de un desvío de fondos, a Tricia le ofrecen al fin la oportunidad que tanto estaba esperando: cubrir la noticia. El problema es que Dexter es irresistible y no parece en absoluto culpable y... a ella cada vez le gusta más. Pero dejarse llevar por la tentación es una locura cuando todo su trabajo está en juego. Y aún más importante, ¿puede confiar en Dexter?

«Una comedia chispeante y divertida, protagonizada por una chica con demasiadas manías y un chico con muchos secretos, que se cruzan en el momento menos apropiado».



Ya a la venta...

“La promesa de un beso” (ya a la venta)

Katie Wilson, la chica bonita de Sound River, se marchó del pueblo que la había visto crecer sin despedirse de sus dos mejores amigas y dejándole a su novio, James Faith, una corta nota pidiéndole perdón y el corazón destrozado.

Ahora, ocho años después y sin ningún otro lugar al que poder ir, ha regresado con los bolsillos vacíos. Las habladurías en el pueblo se han desatado y a pesar de que nadie sabe por qué se fue de allí, todos la juzgan. Especialmente James, que ahora es el dueño del rancho de los Faith, y que lo único que parece sentir por ella es rencor y ganas de vengarse. ¿Conseguirá Katie que las personas que amaba vuelvan a confiar en ella? ¿Logrará conquistar de nuevo el duro corazón de James?



“La distancia entre dos besos” (ya a la venta)

Amber Faith trabaja como administrativa en el rancho de su familia y siempre ha sido una chica protectora, leal y con mucho carácter. Un carácter que se vuelve explosivo cada vez que se cruza con Ezra, el dueño del único taller mecánico del pueblo. Él tiene un humor de perros y parece odiarla desde que, meses atrás, ella tropezó y le tiró encima un café.

Sin embargo, a pesar de tener que aguantar sus caras largas, Amber necesita que le arregle el coche. Lo que no sabe es que Ezra esconde mucho más de lo que muestra y que, si no protege bien su corazón, puede que termine entregárselo. ¿Será capaz de resistir la tentación?



“Solo un beso para encontrarte”

Cuando Hollie Stinger era una niña, tuvo que soportar las burlas constantes de sus compañeros de clase porque era tímida, además de llevar gafas y aparato. Logan Quinn era uno de los cabecillas del grupo que siempre se metía con ella y, por desgracia, ha decidido volver a Sound River, el pequeño pueblo donde ambos crecieron.

Logan, el chico malo por excelencia, está de vuelta. Y una de las últimas cosas que esperaba al pisar de nuevo aquel lugar era descubrir que, durante su ausencia, Hollie había dejado de ser un patito feo para convertirse en un cisne. Broma del destino o no, sus caminos parecen cruzarse. ¿Conseguirá Logan conquistar el corazón de Hollie? ¿Puede ella fiarse de él...?



“El amor está en el aire”

“¿Puede un flechazo en las alturas cambiar el destino de dos personas?”

El día que Lauren descubre que su novio le es infiel, decide tomarse un descanso e irse de vacaciones junto a su mejor amiga. Está cansada de ser una kamikaze emocional en el amor, pero, cuando se toma dos mojitos de más en el avión para calmar su miedo a volar, su lado más impulsivo vuelve a salir a flote. Y, sin ser consciente de lo que hace, termina metida en la cabina del piloto, el guapo Allan Parker, que, desconcertado, no puede dar crédito a lo que está ocurriendo en pleno vuelo... ni tampoco apartar los ojos de ella.



“Alguien que no esperas”

Patrick y Maya son amigos desde niños, a pesar de sus muchas diferencias. Él está acostumbrado a la popularidad en el instituto y a ser el centro de todas las miradas. Ella, por el contrario, es poco dada a ir a fiestas y está muy centrada en sus estudios. Pero, cuando están a solas, encajan de un modo perfecto.

Sin embargo, años después los dos han cambiado y cuando se reencuentran de nuevo al terminar la universidad en el pueblo donde crecieron juntos, Patrick descubre que Maya va a casarse. En teoría la noticia debería haberlo hecho feliz, pero no es así, ¿qué es lo que está ocurriendo?, ¿siguen siendo solo amigos...?

